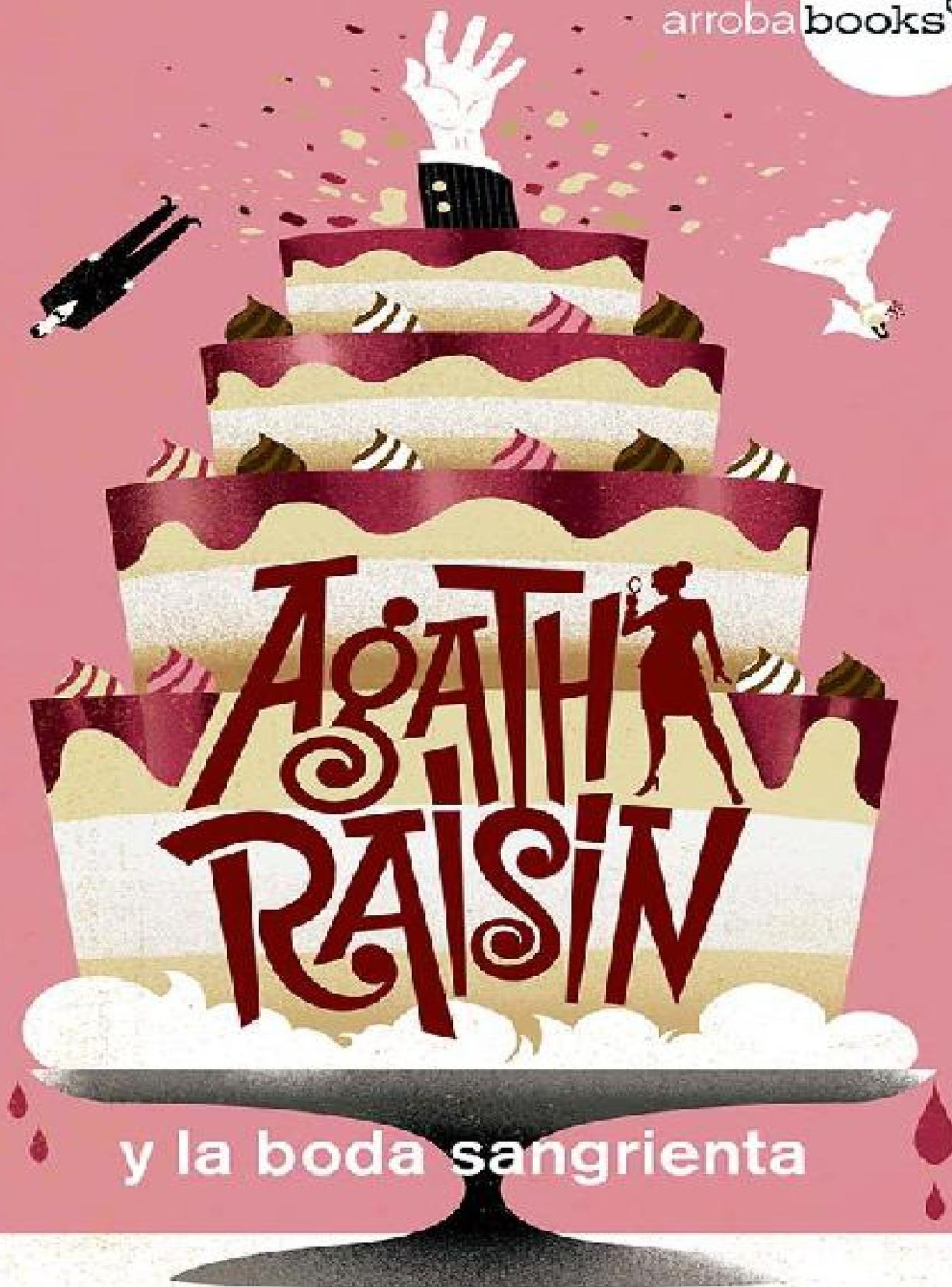


M.C. BEATON

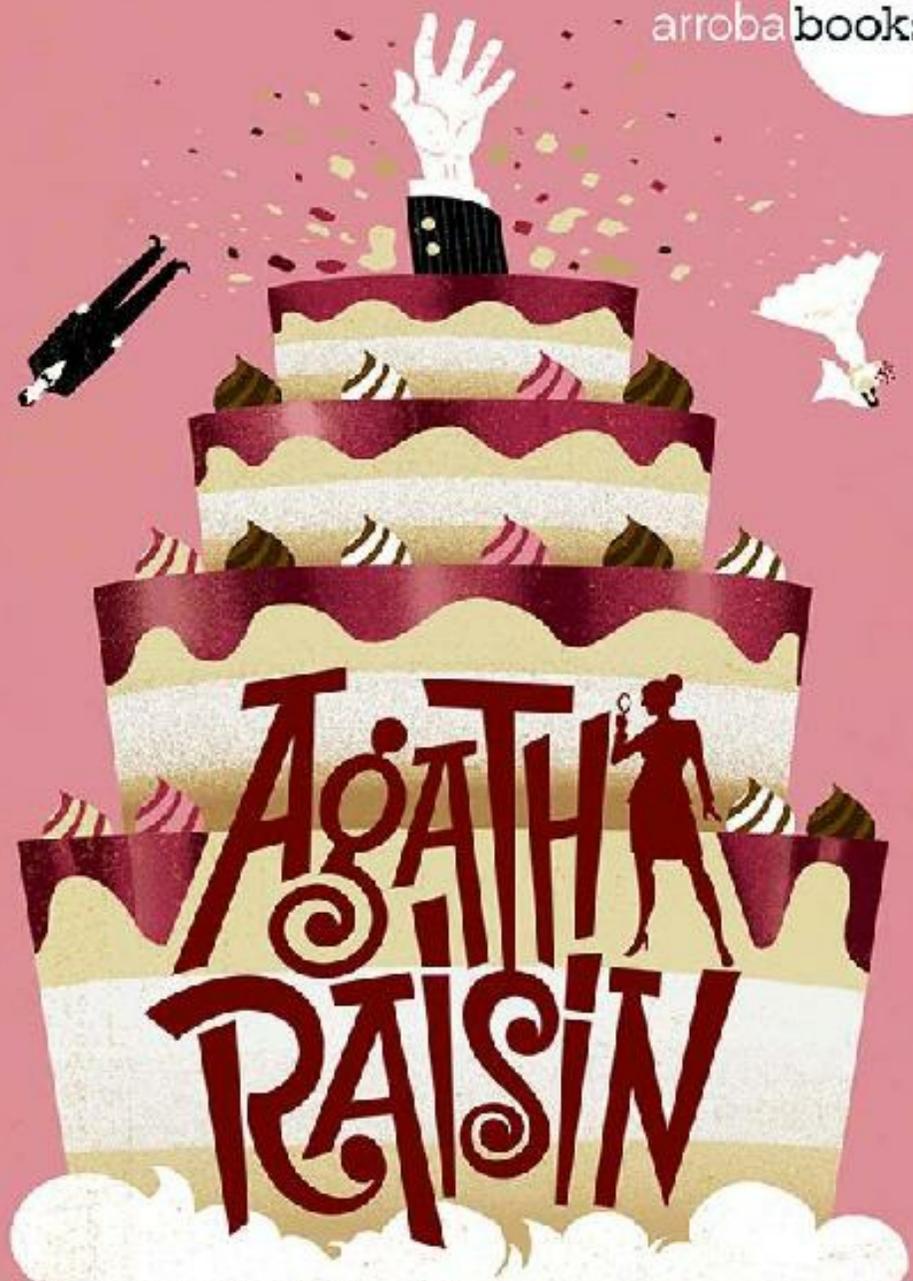
arroba books®



y la boda sangrienta

M.C. BEATON

arrobabooks®



y la boda sangrienta

Índice

PORTADA
DEDICATORIA
NOTA
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
NOTAS
CRÉDITOS

*Para mi hermana y mi cuñado, Matilda y Laurent Greiner,
de la ciudad de Quebec, con cariño*

Todos los personajes de este libro y el pueblo de Carsely son fruto de la imaginación de la autora, como también lo es el destino de Borís Yeltsin.

UNO

Sucedió una semana antes de la boda de Agatha Raisin y James Lacey. Los vecinos de Carsely, en los Cotswolds ingleses, estaban decepcionados porque Agatha no iba a casarse en la iglesia del pueblo sino en la oficina del registro civil de Mircester, y la señora Bloxby, la esposa del vicario, se sentía desconcertada y dolida.

Sólo Agatha sabía que no tenía ninguna prueba de que su marido hubiera muerto. Sólo Agatha sabía que podía estar a punto de incurrir en un delito de bigamia. Pero estaba obsesionada con su apuesto y atractivo vecino, James Lacey, y le aterraba la posibilidad de perderlo si posponía la boda hasta encontrar esa prueba. Hacía años que no veía a su marido alcohólico, Jimmy Raisin. Así que *debía* estar muerto.

Había elegido la oficina del registro civil de Mircester porque la funcionaria encargada era vieja y sorda y carecía de la menor curiosidad, así que simplemente tendría que hacer las declaraciones y rellenar los formularios pertinentes sin aportar ninguna prueba documental, salvo su pasaporte, en el que todavía constaba su nombre de soltera, Agatha Styles. El banquete de bodas se celebraría en el ayuntamiento y había invitado a casi todos los vecinos de Carsely.

Pero, sin que Agatha lo supiera, algunas fuerzas se estaban confabulando en su contra. Su joven amigo de otros tiempos, Roy Silver, en un ataque de malicioso resentimiento porque sentía que Agatha le había desairado en lo que él consideraba un buen negocio de relaciones públicas – en el pasado Roy había trabajado para la empresa de relaciones públicas de Agatha y luego había pasado a la nómina de la compañía que se la había comprado cuando ésta se había jubilado a una edad temprana–, había contratado a una detective para intentar dar con el marido de Agatha. Probablemente, Roy no le tenía más ojeriza a Agatha que a cualquier otra

persona, pero cuando ésta había resuelto su último caso de asesinato y él había esperado conseguir algo de publicidad gratuita por su participación, Agatha lo había despreciado y eso, a juicio de Roy, requería cumplida venganza.

Dichosamente ajena a todo eso, Agatha había puesto su *cottage* en venta, dispuesta a mudarse a la casa de James tras la boda. De vez en cuando, esporádicas punzadas de angustia aguaban su felicidad. Aunque James le hacía el amor, aunque disfrutaban a menudo de su mutua compañía, ella sentía que en realidad no le conocía. Era un coronel del ejército retirado, que vivía en ese pueblo de los Cotswolds para escribir sobre historia militar. Pero seguía pareciéndole un hombre distante y reservado. Hablaban de los casos de asesinatos que habían resuelto juntos, hablaban de política, de la gente del pueblo, pero nunca de sus sentimientos por el otro, y James era un amante silencioso.

Agatha, por su parte, era una mujer de mediana edad, franca, a veces un poco tosca, que había dejado atrás una infancia en la pobreza hasta convertirse en una acaudalada mujer de negocios. Hasta que se retiró a Carsely ya jubilada, no había tenido auténticos amigos porque su trabajo era, pensaba por entonces, el único amigo que necesitaba. Así que, pese a su buena dosis de sentido común y a que no era en absoluto dada a engañarse, cuando se trataba de James se cegaba, no sólo por el amor sino porque, como nunca había sido capaz de permitir que nadie perturbara su intimidad, la llamativa falta de comunicación de James le parecía casi normal.

De atuendo para la boda, había elegido un traje chaqueta blanco de lana. Como complementos optó por un sombrero de paja de ala ancha, una blusa de seda verde, zapatos negros de tacón alto y un ramillete de flores en la solapa en lugar de un ramo de novia. Ojalá pudiera ser joven de nuevo para poder casarse de blanco. ¡Cuánto deseaba no haberse casado con Jimmy Raisin para poder hacerlo en la iglesia! Volvió a probarse el traje chaqueta blanco y se miró la cara más de cerca en el espejo. Sus diminutos ojos eran demasiado pequeños, pero cuando llegara el gran día podían parecer más grandes con una aplicación sensata y controlada de rímel y sombra de ojos. Estaban también esas inoportunas arrugas alrededor de la boca y, para su espanto, descubrió un largo pelo blanco que brotaba de su labio superior, así

que echó mano de las pinzas y lo arrancó. Se quitó el precioso traje, se puso una blusa y pantalones y luego, con vigorosas palmadas, se extendió la crema antiarrugas por toda la cara. Se había puesto a dieta y parecía haber conseguido eliminar su antigua papada. Su cabello castaño cortado con flequillo resplandecía saludable.

Llamaron al timbre. Soltó un taco por lo bajo, se quitó la crema antiarrugas y fue a abrir. La señora Bloxby, la esposa del vicario, estaba en la puerta.

–Oh, pase –dijo Agatha con reticencia.

La señora Bloxby le caía bien, pero la simple visión de aquella buena mujer con sus ojos amables y su expresión despistada hizo que sintiera una punzada de culpabilidad. La señora Bloxby le había preguntado qué le había pasado a su marido y ella había respondido que Jimmy estaba muerto, pero cada vez que veía a la esposa del vicario, tenía la incómoda sensación de que el desdichado Jimmy, pese a su alcoholismo incontrolable ya desde joven, había sobrevivido.

Roy Silver estaba frente a la detective que había contratado. Era una joven de treinta y tantos años llamada Iris Harris. La señora Harris –nada de señorita, muérdete la lengua– era una acérrima feminista y Roy había empezado a cuestionarse si era buena en su profesión o si se había especializado en soltar arengas sobre los derechos de las mujeres a sus clientes. Así que se quedó de piedra cuando dijo:

–He encontrado a Jimmy Raisin.

–¿Dónde?

–Bajo los arcos de Waterloo.

–Será mejor que vaya a verle –dijo Roy–. ¿Está allí ahora?

–No creo que se mueva mucho, salvo para ir a comprar otra botella de metanol.

–¿Está segura de que es él?

Iris le miró con desprecio.

–Sólo porque soy una mujer cree que no sé hacer mi trabajo. Sólo porque...

–¡Ahórreme el rollo! –exclamó Roy–. Iré a verlo en persona. Usted ha cumplido su parte; envíeme los honorarios. –Y salió del despacho antes de que ella pudiera seguir sermoneándole.

La luz se desvanecía en el cielo cuando Roy pagó el taxi en Waterloo Station y luego fue caminando hasta los arcos. Sólo entonces se dio cuenta de la tontería que había cometido al no llevar a Iris con él. Al menos tendría que haberle pedido una descripción. Vio a un tipo joven sentado fuera de su caja de cartón. Parecía sobrio, aunque los brazos tatuados y la cabeza rapada asustaron un tanto a Roy.

–¿Conoces a un tal Jimmy Raisin? –se arriesgó a preguntar, cohibido de repente. Apenas había luz y ése era un Londres que prefería evitar: el de los sin techo, los borrachos, los drogadictos.

Si el joven hubiera dicho que no sabía de quién le hablaba, Roy habría optado por dejarlo correr y olvidarlo todo. De repente, se avergonzaba de su propio comportamiento. Pero la estrella de Agatha estaba definitivamente de capa caída, pues el joven respondió en tono lacónico:

–Allí, tío.

Roy miró a la oscuridad.

–¿Dónde?

–La tercera caja de la izquierda.

Roy se acercó lentamente a la caja de cartón que le había indicado. Al principio creyó que estaba vacía, pero entonces se inclinó, miró en la penumbra interior y captó el destello de un par de ojos.

–¿Jimmy Raisin?

–Sí, ¿qué quiere? ¿Es de los Servicios Sociales?

–Soy un amigo de Agatha..., Agatha Raisin.

Siguió un largo silencio y luego una risa casi sin resuello.

–¿De Aggie? Creía que había muerto.

–Bueno, pues no. Va a casarse el próximo miércoles. Vive en Carsely, en los Cotswolds. Ella cree que es *usted* el que ha muerto.

Se oyeron unos arañazos y el arrastrar de pies dentro de la inmensa caja de cartón, de la que Jimmy Raisin salió a gatas antes de ponerse en pie tambaleándose. Incluso bajo aquella poca luz, Roy vio los estragos que la

bebida había causado en aquel individuo. Estaba muy sucio y despedía un hedor insoportable. Tenía la cara cubierta de pústulas irritadas y llevaba el pelo largo, enmarañado y descuidado.

–¿Lleva dinero? –le preguntó.

Roy rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó la cartera, extrajo un billete de veinte de libras y se lo dio. Ahora sí que estaba avergonzado de sí mismo. Agatha no se merecía aquello. Nadie se lo merecía, ni siquiera una zorra diabólica como ella.

–Mire, olvide lo que le he dicho. Era una broma.

Roy se dio la vuelta y se alejó corriendo.

Agatha se despertó la mañana siguiente en casa de James, en su cama, se desperezó y bostezó. Se dio la vuelta sobre el colchón, se incorporó apoyándose en un codo y se quedó mirando a su prometido. Su tupido cabello negro con mechones grises estaba despeinado. Su atractivo rostro era firme y estaba bronceado, y, una vez más, Agatha sintió aquella punzada de inquietud. Los hombres como James Lacey eran para otras mujeres, mujeres de provincias con arraigadas tradiciones provincianas, mujeres que vestían trajes de tweed, tenían perros y sabían preparar tartas y mermelada para los actos benéficos de la iglesia con una mano atada a la espalda. Los hombres como James Lacey no eran para las Agatha Raisin de este mundo.

Le habría apetecido despertarle y hacer el amor de nuevo. Pero James nunca hacía el amor por las mañanas, al menos no desde los esplendorosos primeros días de su relación. La vida de James era perfectamente ordenada y pulcra, como sus emociones, pensó Agatha. Fue al baño, se lavó, se vistió, bajó a la planta principal y se quedó de pie, indecisa. Ahí era donde viviría, entre los libros de la biblioteca de James, entre sus viejas fotografías escolares y militares, y ahí, en esa cocina immaculada sin una miga que mancillase sus prístinas encimeras, guisaría. ¿Seguro? James siempre se había encargado de cocinar cuando estaban juntos. Ella se sentía como una intrusa.

Los padres de James habían muerto, pero Agatha había conocido a su elegante hermana y a su marido, un agente de bolsa muy alto. Y si bien no parecían aprobar ni desaprobador a Agatha, ella había oído comentar a su futura cuñada: «Bueno, si es lo que James quiere, no es asunto nuestro. Podría haber sido peor, podría haberse casado con una rubia con la cabeza hueca». A lo que su marido había replicado: «Una rubia con la cabeza hueca habría sido más comprensible». Algo que no podía considerarse precisamente un elogio, pensó Agatha.

Decidió ir al que aún era su *cottage*, volver a la seguridad de su propio hogar. Al entrar, recibió la entusiasta bienvenida de sus dos gatos, *Hodge* y *Boswell*, y miró a su alrededor con melancolía. Ya había hecho los preparativos para almacenar sus muebles y demás trastos porque no quería atestar la ordenada casa de James con ellos, sobre todo después de que él aceptara acoger a sus gatos. Ahora habría deseado sugerirle que entre los dos compraran una casa más grande donde ella hubiera podido conservar algunas de sus cosas. De algún modo, vivir con James sería como estar de visita permanente.

Dio de comer a los gatos y les abrió la puerta de atrás para que salieran al jardín. Era un día espléndido, con un cielo despejado que se desplegaba sobre los montes Costwolds y una brisa muy suave.

Volvió a la cocina y se preparó una taza de café mirando con afecto el desorden que reinaba a su alrededor, un desorden que James jamás permitiría. En ese momento llamaron al timbre.

El sargento Bill Wong estaba en el peldaño del umbral, con una caja grande.

–Al final he podido comprarte el regalo de bodas –dijo.

–Pasa, Bill. Acabo de preparar café.

Él la siguió hasta la cocina y dejó la caja en la mesa.

–¿Qué es? –preguntó Agatha.

Bill sonrió y sus ojos almendrados se arrugaron.

–Ábrelo y verás.

Agatha desgarró el papel de envolver.

–Con cuidado –la advirtió Bill–. Es frágil.

El objeto era muy pesado. Ella lo levantó con un gruñido y luego desgarró el papel de seda con el que estaba envuelto. Se trataba de un inmenso elefante de porcelana dorada y verde, chillón y estridente, y con un gran agujero en el lomo.

Agatha lo contempló aturdida.

–¿Para qué es el agujero?

–Para meter paraguas –respondió un triunfal Bill.

Lo primero que pensó Agatha fue que James lo detestaría.

–¿Y bien? –oyó que le preguntaba Bill.

Agatha recordó haber oído que en una ocasión Noel Coward había asistido a una obra de teatro espantosa, y cuando el actor principal le preguntó qué le había parecido, Coward respondió: «Chico, no tengo palabras».

–No tendrías que haberlo hecho, Bill –dijo Agatha con toda sinceridad–. Parece muy caro.

–Es una antigüedad –explicó Bill con orgullo–. Victoriana. Para ti, sólo lo mejor.

De repente, los ojos de Agatha se anegaron de lágrimas. Bill había sido el primer amigo que había tenido en su vida, una amistad que había nacido poco después de que ella se instalara en Carsely.

–Lo conservaré con cariño –dijo ella, decidida–. Pero de momento vamos a guardarlo, mañana vienen los de la mudanza para llevarse mis cosas a un almacén.

–Pero esto no tienes que empaquetarlo –señaló Bill–. Llévatelo a tu nueva casa.

Agatha esbozó una débil sonrisa.

–Vaya, qué tonta. En qué estaría pensando.

Sirvió una taza de café a Bill.

–¿Todo preparado para el gran día? –preguntó él.

–Todo listo.

De repente, una mirada perspicaz asomó a los ojos de Bill.

–¿Sin dudas ni miedos?

Ella negó con la cabeza.

–Nunca te lo he preguntado: ¿de qué murió aquel marido tuyo?

Agatha se dio la vuelta y alisó un paño de cocina.

–Intoxicación alcohólica.

–¿Dónde está enterrado?

–Bill, no tuve un matrimonio feliz, de todo aquello hace un siglo y prefiero olvidarlo, ¿vale?

–Muy bien. Llaman al timbre.

Agatha abrió la puerta a la señora Bloxby. Bill se levantó para marcharse.

–Tengo que irme, Agatha. Se supone que estoy de servicio.

–¿Algo interesante entre manos?

–Ningún asesinato jugoso para ti, mi querida Miss Marple. Nada de nada, salvo unos allanamientos de morada. Adiós, señora Bloxby. ¿Será la madrina de bodas de Agatha?

–Ese honor me cabe –repuso la señora Bloxby.

Cuando Bill se hubo marchado, Agatha le enseñó el elefante a la mujer del vicario.

–Ay, Dios –dijo la señora Bloxby–. Hacía años que no veía uno de éstos.

–A James le va a dar algo –comentó Agatha en un tono lúgubre.

–Pues tendrá que acostumbrarse. Bill es un buen amigo. Si yo fuera usted, lo usaría para cultivar alguna planta, no sé, una de esas con ramas que caen y grandes hojas. Así la mayor parte quedaría oculta, y a Bill le encantará que le dé un uso tan artístico.

–Buena idea –dijo Agatha, animándose.

–Así que se van de luna de miel al norte de Chipre. ¿A un hotel? Recuerdo que Alf y yo estuvimos en el Dome, en Kyrenia.

–No, hemos alquilado una villa. James había estado destinado allí y escribió a su antiguo asistente, el hombre que se encargaba de sus asuntos, y éste le mandó fotografías de una villa preciosa en las afueras de Kyrenia, no muy lejos de la carretera de Nicosia. Tendría que ser el paraíso.

–En realidad, he venido a ayudarla a empaquetar –dijo la esposa del vicario.

–No hace falta –repuso Agatha–, pero gracias de todos modos. He contratado a una de esas empresas de mudanzas superpijas. Se encargan de todo.

–En ese caso, no me quedaré a tomar el café. Tengo que visitar a la señora Boggle. Su artritis va a peor.

–Esa anciana está pidiendo a gritos la eutanasia –dijo Agatha con mordacidad. La señora Bloxby le dedicó una apacible mirada de reprobación y Agatha se ruborizó por la vergüenza y añadió–: Incluso usted tiene que aceptar que es un incordio.

A la señora Bloxby se le escapó un leve suspiro.

–Sí, debo reconocer que pone a prueba la paciencia de cualquiera. Agatha, no quiero presionarla sobre el particular, pero me ha desconcertado que no quiera casarse en nuestra iglesia.

–Se me hizo un mundo montar una boda en la iglesia, y no soy demasiado religiosa, ya lo sabe.

–Ya, bueno, habría sido bonito. Aun así, todo el mundo está esperando el banquete. Todas le habríamos echado una mano, ya lo sabe. No tenía necesidad de gastarse el dinero contratando una empresa de catering.

–Simplemente, no quiero ningún jaleo –dijo Agatha.

–No se preocupe, es su boda. ¿Le ha explicado James por qué no se había casado antes?

–No, porque no se lo he preguntado.

–Era una curiosidad. ¿Necesita algo de la tienda?

–No, gracias. Creo que tengo de todo.

Cuando la señora Bloxby se marchó, Agatha se planteó si debía volver a la casa contigua y preparar el desayuno como haría una esposa cualquiera. Pero James siempre se hacía su propio desayuno. Ella le adoraba, anhelaba estar con él cada minuto del día, pero temía hacer o decir algo que impidiera que se casaran.

El buen tiempo acabó al día siguiente y la lluvia empezó a gotear del tejado de paja de la casa de Agatha, que se pasó el día atareada supervisando cómo lo empaquetaban todo. Luego, avanzada la tarde, Doris Simpson, su mujer de la limpieza, se acercó para ayudar a recoger el caos en el que había quedado sumida la casa. El elefante de Bill estaba detrás de la puerta de la cocina.

–Vaya, eso sí que es bonito –dijo Doris mientras lo admiraba–. ¿Quién te lo ha regalado?

–Bill Wong.

–Tiene buen gusto, eso se lo concedo. Así que por fin se nos casa con nuestro señor Lacey, y nosotros que pensábamos que era un soltero empedernido. Pero es lo que yo digo: «Si Agatha lo quiere, Agatha lo consigue».

–Vamos a salir a cenar, así que dejo esto en tus manos –repuso Agatha, a la que no le hizo ninguna gracia la insinuación de que había forzado a James a casarse.

Esa noche, cenaron en un nuevo restaurante en Chipping Campden. Resultó ser uno de esos restaurantes que habían malgastado todas sus energías y esfuerzos en la redacción del menú, y muy pocas en la cocina, porque los platos eran insustanciales e insípidos. Agatha había pedido «Pato crujiente con salsa de brandy y naranja, en un lecho de ensalada de rúcula tibia con guarnición de patatas salteadas crepitantes, succulentos guisantes y zanahorias nuevas crujientes».

James cenó un «Solomillo de ternera Angus de primera, de ganado alimentado en las exuberantes colinas verdes de Escocia, servido con *pommes duchesse* y verduras orgánicas recogidas en nuestro propio huerto».

El pato de Agatha tenía la piel dura y muy poca carne. El solomillo de James estaba lleno de ternilla y él comentó con amargura que era asombroso que el huerto del restaurante hubiera sido capaz de producir unos guisantes congelados de un verde tan brillante.

El vino, un Chardonnay, era aguado y ácido.

–Tendríamos que dejar de comer fuera –comentó James en un tono lúgubre.

–Mañana prepararé algo bueno –dijo Agatha.

–¿El qué? ¿Otra de tus comidas de microondas?

Agatha miró con rabia su plato. Ingenuamente, seguía pensando que si metía en el microondas una comida congelada y escondía el envoltorio, James pensaría que la había preparado ella. De repente, le miró por encima de

la mesa mientras él apartaba malhumoradamente la comida de su plato y le dijo:

–¿Tú me amas, James?

–Voy a casarme contigo, ¿no?

–Sí, eso ya lo sé, James, pero nunca hablamos de nuestros sentimientos hacia el otro. Creo que tendríamos que comunicarnos más.

–Otra vez has estado viendo a Oprah Winfrey. Gracias por compartirlo conmigo, Agatha. No soy de esas personas que hablan de sus sentimientos, ni siquiera creo que sea necesario. ¿Qué te parece si pido la cuenta y nos vamos a casa a cenar un sándwich?

Agatha se sentía tan defraudada que ni siquiera tuvo fuerzas para quejarse de la cena. Él permaneció en silencio mientras conducía de vuelta a casa y Agatha sintió que se le formaba un grumo de hielo en el estómago. ¿Y si había dejado de quererla?

Pero esa noche, él le hizo el amor con su acostumbrada pasión silenciosa y ella se tranquilizó. Uno no podía cambiar a las personas. James se iba a casar con ella, y eso era lo único que importaba.

Las nubes de lluvia se retiraron el día de la boda de Agatha. La luz del sol centelleaba en los charcos. Las rosas del jardín de Agatha, maltrechas por la lluvia, despedían un aroma denso. Doris Simpson cuidaría de los gatos de Agatha mientras ésta estuviera de viaje de luna de miel. Su casa ya estaba vacía. Sólo el elefante y su ropa se habían trasladado a la casa de James.

Agatha, sentada para maquillarse para el gran día, se quitó la generosa aplicación de una crema antiarrugas nueva y entonces se miró la cara, horrorizada. Le había salido un sarpullido rojizo y la piel le ardía. Corrió a lavarse con agua fría, pero la rojez persistió.

Cuando llegó la señora Bloxby se la encontró casi llorando.

–¡Míreme! –se lamentó Agatha–. He probado esa nueva crema antiarrugas, Instant Youth, y fíjese lo que me ha hecho.

–Se acerca la hora, Agatha –dijo la señora Bloxby–. ¿No tiene una base de maquillaje espesa que pueda aplicarse?

Agatha encontró un viejo tubo de base de maquillaje compacto y se puso una densa capa por la cara. Dejaba una línea visible allí donde acababa la barbilla y empezaba el cuello, así que se aplicó base también por el cuello y una capa de polvos por encima. A continuación, se puso sombra de ojos, colorete y rímel. Agatha gruñó al ver el efecto final: era como si se hubiera colocado una máscara. Pero la señora Bloxby, que miraba por la ventana, anunció que había llegado la limusina que venía a recogerla para llevarla a Mircester.

«Pues menudo va a ser el día más importante de mi vida», pensó Agatha con tristeza.

Hacía buen día pero mucho viento, que le arrancó el sombrero de la cabeza cuando estaba a punto de subir a la limusina y lo mandó volando por Lilac Lane hasta que fue a caer en un charco embarrado.

–Ay, Dios –se lamentó la señora Bloxby–, ¿tiene otro sombrero?

–Iré sin –decidió Agatha, conteniendo el repentino impulso de echarse a llorar. Sentía que todos los elementos se volvían en su contra, y no se atrevía a llorar porque las lágrimas formarían arroyuelos en su máscara de maquillaje.

La señora Bloxby renunció a entablar conversación durante el trayecto a Mircester. La futura esposa permanecía sumida en un silencio nada habitual en ella.

Pero el ánimo de Agatha pareció mejorar cuando tuvieron la oficina del registro civil a la vista y atisbó a James hablando con su hermana y Bill Wong. También estaba Roy Silver, que se sentía un santo varón una vez había decidido no hacer nada para destrozarse el matrimonio de Agatha, o eso se repetía a sí mismo. Si Jimmy Raisin no había muerto, lo cierto es que tampoco tardaría mucho en hacerlo. Era posible que le hubiera mencionado a Jimmy que Agatha estaba viva y a punto de casarse en Carsely, pero el hombre estaba tan borracho, tan cargado de alcohol, que Roy estaba convencido de que no se había enterado ni de una palabra de lo que le había dicho.

Y así entraron todos en la oficina del registro: los parientes de James y, al lado de Agatha, las miembros de la Carsely Ladies' Society.

La señora Bloxby sacó un ramillete de flores de la caja del florista y lo sujetó a la solapa del traje chaqueta blanco de Agatha. Se fijó en que parte del maquillaje de ésta había manchado el cuello blanco del traje, pero prefirió no comentarlo, pensando que Agatha ya se sentía bastante agobiada por su aspecto.

Fred Griggs, el policía municipal de Carsely, tenía una costumbre muy particular: prefería caminar por el pueblo en lugar de patrullar en coche. Miró con desagrado a un desconocido de pinta desastrada que entró en el pueblo por la carretera del norte.

–¿Cómo se llama y qué le trae por aquí? –preguntó Fred.

–Jimmy Raisin –dijo el desconocido.

Jimmy estaba sobrio por primera vez desde hacía semanas. Se había bañado y afeitado en un hostel del Ejército de Salvación, y luego había conseguido el dinero suficiente para pagar el billete de autobús a los Cotswolds. El Ejército de Salvación también le había proporcionado un traje decente y un par de zapatos.

–¿Es usted pariente de la señora Raisin? –preguntó Fred mientras su gruesa cara se arrugaba al esbozar una sonrisa amigable.

–Soy su marido –declaró Jimmy.

Miró alrededor, al pueblo silencioso, las casas bien cuidadas, y dejó escapar un pequeño suspiro de satisfacción. La única razón por la que había ido a buscar a su mujer era encontrar un hogar cómodo en el que beber tranquilamente hasta morir.

–No puede ser –dijo Fred, al que se le borró la sonrisa de la cara–. Nuestra señora Raisin se casa hoy.

Jimmy sacó un trozo de papel sucio y plegado de su bolsillo, su certificado de matrimonio, que de algún modo había conservado a lo largo de los años, y se lo tendió en silencio al policía.

Fred exclamó, horrorizado:

–Más vale que detenga esa boda. ¡Ay, Dios! Espere aquí. Iré a por el coche.

El registrador ni siquiera llegó a declarar a James y Agatha marido y mujer. Oyeron un alboroto en el fondo de la sala y luego una voz que gritaba:

–¡Alto!

Agatha se dio la vuelta despacio. Vio a Fred Griggs, acompañado de un hombre al que no creía conocer. Aunque Jimmy fuera un alcohólico cuando ella le dejó hacía ya tantos años, había sido un joven apuesto con un pelo negro tupido y rizado. El hombre que se encontraba junto a Fred tenía el cabello grisáceo y grasiento, una cara hinchada con una nariz dilatada, y sus estrechos hombros se le habían encorvado. A decir verdad, aquel cuerpo tan frágil parecía incapaz de cargar con el peso de la inmensa y abultada barriga que le colgaba por encima del cinturón de los pantalones.

Fred se dirigió rápidamente hacia ella. En un primer momento había pensado en llevarla aparte y comunicarle la noticia con mucho tacto, pero la expresión horrorizada de Agatha, cuya cara parecía una máscara, le desconcertó tanto que soltó delante de todos los presentes:

–Su marido está aquí, Agatha. Éste es Jimmy Raisin.

Agatha miró a su alrededor con perplejidad.

–Está muerto. Jimmy está muerto. ¿Que está diciendo Fred?

–Soy yo, Aggie, tu marido –anunció Jimmy, y agitó el certificado de matrimonio delante de sus narices.

Agatha se percató de la conmoción y rigidez de James Lacey a su lado.

Ella miró de nuevo a Jimmy Raisin y reconoció, bajo los estragos de los años, una leve semejanza con el hombre que había sido su marido.

–¿Cómo me has encontrado? –preguntó con un hilillo de voz.

Jimmy se dio la vuelta.

–Él –dijo, señalando con el pulgar hacia Roy–. Se presentó en la caja de cartón donde vivía y me lo dijo.

A Roy se le escapó un chillido de pánico, se dio la vuelta y echó a correr.

Una de las tías de James, una mujer flaca como un espárrago que tenía una voz potente y arrastraba las palabras, dijo con tono claro:

–De verdad, James, tantos años evitando casarte para acabar metido en un lío como éste.

Entonces fue Agatha la que estalló. Miró a su marido con odio puro refulgiendo en sus ojos diminutos.

–Te mataré, maldito cabrón –aulló, e intentó echarle las manos al cuello, pero Bill Wong la apartó.

La voz de James Lacey se impuso sobre las exclamaciones conmocionadas de los invitados y los parientes. Le dijo al registrador, que aún estaba boquiabierto ante aquella escena:

–Llévenos a otra sala.

Luego colocó la mano bajo el brazo de Agatha y la empujó para que siguiera al registrador. Bill Wong llevó a Jimmy Raisin tras ellos. Cuando todos estuvieron sentados en una antesala polvorienta, James dijo con voz cansada:

–Naturalmente, el matrimonio no puede celebrarse.

–Por descontado que no –coincidió Bill Wong–. No hasta que Agatha se divorcie.

–Agatha puede divorciarse si le da la gana –repuso James cruelmente–, pero eso no significa que vaya a casarse conmigo. Me mentiste, Agatha. Me has deshonrado y nunca te lo perdonaré. ¡Nunca! –Se volvió hacia Bill–. Resuelve este follón como mejor puedas. Yo me voy. Aquí yo ya no pinto nada.

–Tenía miedo de perderte –murmuró Agatha, pero el portazo de James al salir fue la única respuesta que obtuvo.

–Parece que todavía te quedo yo –dijo maliciosamente Jimmy.

–Usted no tiene nada que reclamarle –le espetó Bill Wong–. Agatha, te aconsejo que contrates a un abogado y que pidas una orden de alejamiento para este individuo.

–Veo que ha ido bien por tu cuenta, Aggie –gimoteó Jimmy–. ¿Qué me dices de un poco de pasta para que me vaya?

Agatha abrió los cierres de su bolso Gucci, sacó el monedero, extrajo un puñado de billetes y se los tiró.

–¡Desaparece de mi vista! –gritó.

Jimmy sonrió y se metió el dinero en un bolsillo.

–En ese caso, démonos un beso de despedida –dijo.

Bill lo empujó hasta la puerta, lo echó fuera y luego volvió junto a Agatha.

–Hablo en serio, oficial –dijo el registrador–. Debo insistir en que lo traiga de vuelta como testigo. A mi parecer, la señora Raisin aquí presente debe ser acusada de tentativa de bigamia.

–El malentendido se produjo como sigue –explicó Bill–: Yo estaba presente hace un año cuando la señora Raisin recibió una carta de un viejo amigo de Londres informándole de la muerte de Jimmy Raisin. ¿No es así, Agatha?

A pesar de la desdicha que la abrumaba, Agatha fue lo bastante astuta para ver el salvavidas que Bill le estaba tendiendo y asintió aturdida.

–Así que, como puede ver –continuó Bill–, no hubo intención de cometer bigamia. La señora Raisin ha recibido un tremendo golpe. Sugiero que todos nos vayamos a casa.

–Bien, teniendo en cuenta que sé que es usted un respetado oficial de la ley en Mircester –aceptó el registrador–, no tengo nada más que añadir al respecto.

Agatha volvió a su propia casa. Allí ya no quedaba nada, salvo el elefante de porcelana de Bill y las maletas con su ropa. James tenía una llave de la casa: debía de haber traído las maletas y las había dejado ahí. Ella le había pedido a la señora Bloxby que les dijera a los vecinos que celebraran una fiesta en lugar de un convite de boda. Llamó a la empresa de mudanzas y pidió que volvieran a traerle los muebles y demás pertenencias. Le dijeron que no podría ser ese mismo día, pero ella les replicó con tal ferocidad y se ofreció a pagar un precio tan elevado por el servicio, que finalmente aceptaron llevárselo todo cuanto antes.

Agatha se sentó en el suelo de la cocina vacía, abrazó el elefante de porcelana y por fin dejó que fluyeran las lágrimas, que abrieron surcos a través del maquillaje. Vagamente se dio cuenta de que el tiempo había empeorado y que caían gotas del tejado de paja. Sus gatos se habían sentado uno al lado del otro y la miraban con curiosidad.

Llamaron al timbre. No quería contestar, pero cuando oyó la voz preocupada de la mujer del vicario –«¿Se encuentra bien, Agatha? ¿Agatha?»–, se sacó una pañuelo, se frotó la cara y fue a abrir la puerta.

–¿Dónde está James? –preguntó Agatha.

–Se ha ido. Su coche no está y le ha dejado las llaves de su casa a Fred Griggs.

–¿Que se ha ido? ¿Adónde?

–Le comentó algo a Fred de que se iba al extranjero y que no sabía cuándo volvería.

–Oh, Dios –dijo Agatha con la voz entrecortada por un sollozo–. Sería capaz de matarle.

–¿A James?

–No. A Jimmy Raisin. Puerco borracho. Lo mejor que he hecho en mi vida fue abandonarle.

–Creo que si yo fuera usted, tendría más ganas aún de matar a Roy Silver –señaló la señora Bloxby con tristeza–. Aunque pensándolo bien, si todo hubiera salido a la luz cuando ya se hubiera casado, habría sido un desastre todavía mayor.

–No lo sé –repuso Agatha, más triste aún–. Tal vez a esas alturas, James me habría amado lo bastante para seguir a mi lado.

La señora Bloxby guardó silencio. Pensaba que Agatha había obrado mal, pero comprendía sus motivos. Y James Lacey *debería* haberse quedado con ella. Los solteros de mediana edad son siempre criaturas complicadas. Pobre Agatha.

La señora Bloxby y Agatha se sentaron en el suelo al lado del elefante. En ese momento llamaron de nuevo al timbre.

–Sea quien sea, dígame que se vaya, por favor –pidió Agatha.

La señora Bloxby se levantó. Agatha oyó el murmullo de voces y luego cómo se cerraba la puerta principal.

–Era Alf –dijo la señora Bloxby, refiriéndose a su marido, el vicario–. Quería ofrecerle un poco de consuelo espiritual, pero le he dicho que no era el momento. ¿Qué va a hacer ahora?

–No lo sé –contestó Agatha con tono cansino–. De momento, no vender la casa, reorganizar mis cosas e irme a algún sitio hasta que me crea capaz de enfrentarme de nuevo al pueblo.

–No hay ninguna necesidad de escapar, Agatha. Sus amigos siguen todos aquí.

–Me hará llorar como siga por ahí. Creo que preferiría estar sola por un tiempo. ¿Será tan amable de decir a los demás que no me visiten?

La señora Bloxby le dio un abrazo rápido y se fue. Agatha se quedó sentada en el suelo junto al elefante, mirando al vacío. Tres horas más tarde, cuando llegaron los de la empresa de mudanzas, se espabiló y los hizo pasar. Firmó un cheque por una suma desorbitada, dio una generosa propina a los trabajadores y luego fue en coche hasta la estación de servicio abierta toda la noche de la Fosse Way, en las afueras de Moreton-in-Marsh y compró un poco de comida.

Pensó en pasarse por Thresher's, en Moreton, comprar una botella de algo y emborracharse, pero de repente se sintió exhausta por la desdicha y la emoción, así que volvió a casa, se dio un baño, se acostó y se sumió en un sueño plagado de pesadillas.

Se despertó a las cinco de la mañana, sabiendo que no volvería a dormirse, y se sintió como el personaje de la ópera cómica *La maldición de la bruja* que se alegra de que la espantosa noche haya llegado a su fin. Decidió dar un largo paseo y ver si se agotaba lo bastante para volver a acostarse y pasar dormida unas cuantas horas más de desdicha.

Carsely estaba en silencio bajo la luz grisácea de un alba húmeda. La lluvia había cesado y el aire era frío. El pueblo se limitaba a una calle principal con algunas callejas serpenteantes que nacían en ella, como Lilac Lane, donde vivía Agatha. Sin coches por las calles, Carsely tenía un aspecto muy similar al que habría tenido hacía un siglo, con los *cottages* de tejado de paja arracimados bajo la sombra de la torre normanda cuadrada de la iglesia. Agatha aceleró el paso y subió por la colina. Todavía no podía pensar en James Lacey ni preguntarse qué estaría haciendo. Su cabeza se encogía ante cualquier indicio que apuntara a él. Mientras caminaba, empezó a sentir que se alejaba paso a paso de su infortunio y dolor.

Pero al parecer la pesadilla no tenía visos de terminar pronto, porque vio a Jimmy Raisin acercarse por la carretera. Estaba completamente borracho, se tambaleaba y farfullaba para sí; de su bolsillo sobresalía una botella de whisky de malta caro.

Agatha se dio la vuelta y empezó a bajar la colina alejándose de él. Jimmy corrió tras ella, en una carrera torpe y renqueante.

–Vamos, Aggie –gritó–. Soy tu marido.

Ella se paró en seco y se dio la vuelta para encararle. Una bruma rojiza pareció alzarse ante sus ojos. Ni siquiera vio a Harry Symes, uno de los trabajadores de las granjas que subía por la colina en su tractor.

Cuando Jimmy la alcanzó, ella le dio una bofetada tan fuerte que el diamante del anillo de compromiso le cortó el labio, y entonces, con todas sus fuerzas, lo empujó a la cuneta.

Agatha se quedó de pie sobre él, con las manos en las caderas.

–¿Por qué no te *mueres*? –gritó resollando. Y se fue corriendo colina abajo.

Una hora más tarde, la policía estaba en la puerta de su casa y la acusaba del asesinato de Jimmy Raisin.

DOS

Siguieron a Agatha hasta el salón: el inspector jefe Wilkes, el sargento Bill Wong y la agente Maddie Hurd.

Agatha se alegró de la presencia de Bill. A Wilkes ya lo conocía, pero Maddie Hurd, una joven de rasgos duros con unos ojos grises y fríos, era nueva.

–Debemos rogarle que nos acompañe a comisaría –indicó el inspector Wilkes después de que le leyeran la acusación.

Agatha recuperó la voz que había perdido por un momento.

–Jimmy no puede estar muerto. Le di una bofetada y lo empujé a la cuneta. Oh, Dios mío, ¿se golpeó con algo al caer y se rompió el cuello?

Un destello de sorpresa asomó en los ojos oscuros de Wilkes, pero dijo:

–Vamos a comisaría y lo repasaremos todo allí.

De repente, Agatha deseó con todas sus ganas que James Lacey apareciese de la nada, no porque todavía le amase sino porque él se habría hecho cargo de todo con su habitual y brusco sentido común. Nunca en su vida se había sentido tan sola.

–Vamos, Agatha –dijo Bill.

–No creo que el sargento Wong deba intervenir en este caso, dado que obviamente es amigo de la acusada –señaló Maddie Hurd.

Agatha clavó en ella una mirada de odio.

–De eso ya nos ocuparemos más tarde –le espetó Wilkes.

Un pequeño grupo de vecinos se había congregado delante de la casa de Agatha. Ella no pudo evitar preguntarse con desolación si todavía le quedaba algo por hacer para avergonzarla aún más a ojos del pueblo: primero tentativa de bigamia y ahora, asesinato.

En la comisaría de Mircester la llevaron a una sala de interrogatorios, pusieron en marcha una grabadora y Wilkes empezó a hacerle preguntas, flanqueado por otro sargento después de que Bill Wong desapareciera.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Agatha explicó que había salido a pasear muy temprano porque no podía dormir. Había visto a Jimmy Raisin, que se le acercó. Estaba borracho. Él había corrido tras ella. Ella había perdido los nervios y le había abofeteado, le había empujado a la cuneta y le había gritado algo. Sí, se temía que le había dicho algo así como que esperaba que se muriera. Si él se había dado un golpe en la cabeza contra algo, lo sentía, no había sido su intención matarlo.

Y a Agatha le pareció sinceramente que eso era todo lo que tenía que contar, pero los policías le dieron vueltas a la historia una y otra vez. Recuperando parte de su valor, ella solicitó un abogado y entonces la metieron en una celda hasta que llegara.

El abogado era un caballero de edad a quien Agatha había contratado unos meses antes para que la ayudara a redactar su testamento, en el que le dejaba todo a James Lacey. En aquel momento, el abogado se había comportado de un modo amable y paternalista, el arquetipo de un abogado familiar, con el tupido pelo de color grisáceo, gafas de montura gruesa y un traje gris marengo. Ahora daba la impresión de preferir estar en cualquier otro sitio del ancho mundo antes que sentado en una sala de interrogatorios junto a Agatha Raisin.

Las preguntas se reanudaron.

–¿Qué más voy a contarles? –gritó Agatha, enfurecida de repente–. No pueden hacer nada para confundirme y que diga más de lo que ya he dicho, porque les he contado la verdad y nada más que la verdad.

–Tranquilícese, mi estimada señora –le aconsejó el abogado, el señor Times.

–Y respecto a usted –replicó Agatha–, se ha estado tocando las narices desde que ha llegado, pero me mira como si fuera una especie de lady Macbeth.

Llamaron a la puerta y Wilkes dijo secamente:

–Pase.

Bill Wong asomó la cabeza.

–Tengo que hablar con usted, señor. Es muy urgente.

Wilkes apagó la grabadora y salió.

Dentro de la sala, el estallido de rabia de Agatha se había apagado, dejándola débil y temblorosa. Todo se confabulaba contra ella. Había intentado agredir a Jimmy delante de todos en la oficina del registro civil y Harry Symes la había visto pegándole esa misma mañana. No tenía libertad para descubrir quién lo había hecho en realidad, siempre y cuando no se tratase de un accidente, claro. ¿De quién más podía sospecharse? ¿Quién más podría querer matar a un borracho cuyo último domicilio conocido era una caja de cartón en Waterloo? Sólo ella, Agatha Raisin.

Wilkes volvió a la sala con el rostro ensombrecido. Se sentó de nuevo, pero no encendió la grabadora.

–¿Dónde está James Lacey? –preguntó.

–No lo sé –respondió Agatha–. ¿Por qué?

–¿No le dijo adónde iba?

–No. ¿Por qué?

–Señora Raisin, voy a retirar la acusación contra usted debido a la ausencia de pruebas, pero aun así debo pedirle que no abandone el país.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Agatha poniéndose en pie–. Y ¿para qué busca a James?

Wilkes removió los papeles que tenía delante.

–Eso será todo por el momento, señora Raisin.

–Que les den a todos –soltó Agatha, furiosa de nuevo.

Su abogado salió detrás de ella.

–Si vuelve a necesitar mis servicios... –empezó a decir el señor Times.

–En ese caso, ya me buscaré un abogado decente –gruñó Agatha, que salió dando grandes zancadas de la comisaría.

Ni siquiera se habían ofrecido a llevarla de vuelta a casa en coche. ¿Qué se suponía que tenía que hacer, volver andando?

–Necesitas una copa –le dijo una voz al oído. Se dio la vuelta y vio a Bill Wong–. Vamos, Agatha –la apremió–, no dispongo de mucho tiempo.

Cruzaron la plaza mayor bajo la sombra que proyectaba la abadía y entraron en The George. Bill pidió un gin-tonic para Agatha y media pinta de *bitter* para él. Se sentaron a una mesa del rincón.

–Lo que ha pasado es lo siguiente –dijo Bill Wong, yendo rápidamente al grano–: El examen forense preliminar ha determinado que Jimmy Raisin fue estrangulado con una corbata de seda masculina. Lo asfixiaron en el campo, muy cerca de donde tú te lo encontraste en la carretera. Se han descubierto otras huellas aparte de las tuyas cerca del cuerpo; huellas que pertenecen a un hombre. Así que han emprendido la búsqueda de James Lacey.

–¡Qué! –Agatha le miró con furia–. Sabían desde el principio que Jimmy había sido estrangulado, y aun así me hicieron creer que yo podría haberle causado la muerte al golpearse la cabeza contra una piedra o algo así. Tengo unas ganas que ni te imaginas de demandarlos. ¿Y lo de James? ¿Que James mató a mi marido? ¿James? Créeme, todo esto que ha pasado ha sido tan vulgar, tan de mal gusto para mi examante que lo único que querría hacer sería poner tantas millas de por medio como le fuera posible. Así que no iba a quedarse merodeando por el pueblo para asesinar a Jimmy. Eso requiere rabia y pasión, y para sentir esa cantidad de rabia y pasión, ¡tendría que haber estado enamorado de mí!

–Vamos, Agatha. Ese hombre ha sufrido un golpe terrible.

–Si me hubiera amado, me habría apoyado –repuso ella–. Y ¿sabes lo que siento por él ahora? Nada. A la mierda todo.

–O todavía estás conmocionada o tú tampoco lo amabas tanto –dijo Bill.

–¿Y tú qué sabrás? Eres demasiado joven. –Bill todavía no había cumplido los treinta.

–Sé más de lo que imaginas –dijo Bill con tristeza–. Creo que también me he enamorado.

–Vamos, suelta –le pidió Agatha, distraída por un momento de sus propios problemas–, ¿de quién?

–De Maddie Hurd.

–Esa criatura con cara de amargada.

–Por favor, no hables así de ella, Agatha. Maddie es inteligente y lista y... y... creo que está encariñada conmigo.

–Oh, bueno, para gustos colores, como decíamos en el barrio. O cada oveja con su pareja. Pero si creen que James lo hizo, están perdiendo el tiempo miserablemente. Mira, Harry Symes me vio. ¿No vio a nadie más por

la carretera?

Bill negó con la cabeza.

–Tengo que volver. Iré a verte en cuanto me entere de algo más.

Agatha pensó en pedirle que la acercara en coche a Carsely, pero le pareció que ya había soportado bastante a la policía por un día y fue a buscar un taxi en la parada de la plaza. Bill volvió a la comisaría. Maddie lo estaba esperando.

–¿Le has sacado algo sobre Lacey? –preguntó con impaciencia.

Bill le contó lo que Agatha le había dicho. Se sentía poco menos que un traidor porque Maddie lo había enviado para sonsacarle lo que pudiera.

–Agatha confía en ti –señaló Maddie–. Mantente cerca de ella.

–¿Vas a hacer algo esta noche? –preguntó Bill con seriedad–. A lo mejor podríamos ir al cine.

–Esta noche no, Bill –contestó Maddie–. Tengo un montón de trabajo pendiente. Y ¿no quieres estar por aquí cuando traigan a Lacey?

–Claro –dijo Bill, borrando de su cabeza las imágenes románticas de la última fila del cine con su brazo alrededor de los hombros de Maddie.

Aquella situación sólo tenía un lado bueno, pensó Agatha con cansancio mientras pagaba el taxi delante de su casa: ese día ya no podía pasar nada peor. Eso fue hasta que se dio la vuelta y vio a una mujer corpulenta y envarada junto a la puerta.

–¿Se ha olvidado de mí, señora Raisin? –preguntó la mujer–. Soy la señora Hardy, a quien le vendió este *cottage*, y me horroriza ver que sus cosas siguen aquí.

–Sí, ya sé que firmamos los documentos y todo lo demás, pero les he dicho a los de la inmobiliaria que ya no estaba en venta –explicó Agatha, angustiada.

–Usted aceptó mi dinero. ¡Esta casa es mía!

–Señora Hardy –suplicó Agatha–, ¿no podemos llegar a un acuerdo? Se la recompraré e incluso obtendrá algún beneficio.

–No, este sitio se ajusta a lo que quiero. Me instalaré mañana por la tarde. Saque sus cosas de aquí o la demandaré.

Agatha pasó por delante de la mujer, metió la llave en la cerradura, entró y se dirigió a la cocina, agotada. Ella, que tanto se enorgullecía de su capacidad para los negocios, ¿cómo había podido imaginar que con sólo decirles a los de la inmobiliaria que la casa ya no estaba en venta lo único que tendría que hacer sería devolverle el dinero por transferencia a la señora Hardy?

Miró la hora. Llamó a la empresa de mudanzas y les dijo que se pasaran a la mañana siguiente para llevarse sus cosas de nuevo al almacén. Luego fue al Red Lion, donde sabía que a veces alquilaban habitaciones a turistas. Pero el dueño, John Fletcher, farfulló que no le quedaba ninguna y se esforzó en no mirarla a los ojos. En el pub, nadie parecía querer hablar con ella.

Agatha dejó su bebida intacta en la barra y salió. Ya no quedaba nada para ella en Carsely. Lo único que podía hacer era regresar al anonimato de Londres con sus gatos y esperar a la muerte. Estaba consolando su alma maltrecha con pensamientos igual de tétricos cuando giró en Lilac Lane y el corazón se le disparó.

James Lacey estaba apeándose de su coche. Lo rodeó hasta el maletero, lo abrió y sacó dos grandes maletas. Entonces, como si se diera cuenta de que lo estaban observando, se le envararon los hombros. Dejó las maletas en el suelo y se dio la vuelta.

Una agotada Agatha se acercó a él. La erupción cutánea había desaparecido de su cara, dejándola extremadamente blanca, y tenía manchas moradas bajo los ojos.

—¿Dónde te encontraron? —preguntó Agatha.

—No me había ido muy lejos —dijo él—. Pasé la noche en el Wolf Hotel de Mircester y casi había llegado a Oxford cuando un coche de la policía me hizo parar. No podían detenerme. Había demasiados testigos de que me encontraba lejos de Carsely en el momento del crimen. ¿Cómo está la señora Bloxby?

—Bien, supongo. —Agatha pareció sorprendida por aquella pregunta—. ¿Por qué?

—Bueno, fue ella la que encontró el cadáver.

—¿Qué?

—¿No te lo dijeron?

–No me dijeron nada de nada. Me acusaron del asesinato y luego me acribillaron a preguntas, las mismas una y otra vez, pero no me explicaron ni cómo lo mataron ni quién lo encontró. Los muy cerdos me dejaron creer que todo había sido culpa mía, que yo le había empujado y que se había roto el cuello o algo por el estilo. Luego me comunicaron que retiraban los cargos porque Jimmy había sido estrangulado con una corbata de seda masculina y que se habían encontrado huellas de un hombre cerca del cuerpo.

Siguió un momento de silencio y luego James preguntó:

–¿Te ha estado molestando la prensa?

–Milagrosamente, no.

–Supongo que mañana ya andarán por el pueblo.

–No me afectará –suspiró Agatha–. Tengo que irme. Vendí mi casa a una tal señora Hardy y, como una tonta, creí que podría anular la venta. Pero va a instalarse mañana, así que me toca largarme. Fui al Red Lion a preguntar si podía alquilar una habitación allí, pero parece que en el pueblo sigo siendo la principal sospechosa. John Fletcher dijo que no tenía ninguna habitación y ni siquiera se atrevió a mirarme a los ojos; ni él ni ninguno de los demás.

–Pero, Agatha, ya me habías contado lo de esa Hardy, y que no te caía bien pero que te había ofrecido un buen precio. ¿Cómo se te ocurre esperar que vaya a cambiar de opinión?

–Una no se ve deshonrada en una oficina del registro civil y luego acusada de asesinato cada día. No podía pensar con lucidez. Simplemente quiero irme lejos, alejarme de ti, de todos.

James cogió las maletas pero volvió a dejarlas en el suelo.

–La verdad, no creo que ésa sea la respuesta, Agatha.

–¿Y cuál es?

–Asumo que los dos seguimos queriendo quedarnos aquí.

Agatha negó con la cabeza.

–Bien, haz lo que quieras –repuso James–, pero hasta que averigüe quién asesinó a tu marido, pese a todas las pruebas que lo refuten, a ambos se nos va a considerar sospechosos de su asesinato.

–No sé –dijo Agatha, desconsolada–. Ahora tengo que volver a llevar al almacén todas mis cosas y luego plantearme dónde voy a vivir.

–Siempre puedes alojarte en mi cuarto de invitados, si quieres.

–¿Qué? Pensaba que no te apetecía volver a verme en tu vida.

–La situación ha cambiado de algún modo. Creo que siempre estaré demasiado resentido contigo como para casarme. Pero la cruda realidad es que, en el pasado, hemos trabajado bien juntos, y juntos podríamos aclarar también esto.

Agatha lo miró asombrada.

–No creo que haya llegado a conocerte de verdad.

Pensó que si él hubiese sentido algo por ella, no le pediría ahora que se instalase en su casa con ese argumento tan funcional, más propio de negocios. Habría sido más humano que la desdeñara y la rechazara por completo.

Pero, por su parte, sentía que ya no lo amaba y lo que le estaba ofreciendo era una solución muy práctica.

–Muy bien. Gracias –dijo–. Creo que ahora iré a ver a la señora Bloxby. Debe de sentirse muy mal.

–Buena idea. Espera un momento que meta estas maletas dentro y te acompañaré.

Mientras caminaban juntos al anochecer, Agatha pensó que las revistas femeninas donde se publicaba toda esa basura acerca de la baja autoestima tal vez tuvieran algo de razón. Iba caminando al lado de un hombre con el que había compartido su pasión y le escuchaba quejarse de los baches de la carretera y sugerir que los dos asistieran a la siguiente reunión del consejo municipal para protestar al respecto. Recientemente, había leído que las mujeres con una baja autoestima solían amar a hombres incapaces de devolver amor y afecto.

–¿Crees que tengo la autoestima baja? –le preguntó bruscamente a James, interrumpiendo su discurso sobre los baches.

–¿Qué significa eso?

–Sentirse menos que una mierda de vaca.

–Creo que te sientes desdichada porque intentaste cometer bigamia y te descubrieron, y luego te acusaron del asesinato de tu marido. En estos tiempos abunda la palabrería psicológica. Y eso lleva a dramatizarlo todo de una forma egoísta.

–¿Te ha pegado alguna vez una mujer, James?

–Ni se te pase por la cabeza, Agatha.

La señora Bloxby parpadeó sorprendida al abrirles la puerta de la casa del vicario.

–¿Los dos juntos? Qué bien. Pasen. Qué horror.

La siguieron hasta el salón de la casa, que, como siempre, los acogió con su atmósfera de paz. Al ver a Agatha, el vicario se apresuró a dejar el periódico que estaba leyendo, murmuró algo sobre un sermón que tenía que escribir y se escabulló a su estudio.

–Siéntense –dijo la señora Bloxby–. Prepararé un poco de té.

«Siempre parece una dama –pensó Agatha con melancolía–. Incluso con ese viejo vestido Liberty y sin una gota de maquillaje, parece una auténtica dama.»

James se recostó en un cómodo sillón de cuero y cerró los ojos. Agatha se dio cuenta al mirarle de que no se había parado a pensar ni por un momento cómo se habría sentido él ante la boda abortada y el desgraciado asesinato. Se le veía cansado y envejecido. Las arrugas que le nacían en las comisuras de la boca estaban más marcadas.

La señora Bloxby volvió con la bandeja del té.

–Tengo una magnífica tarta de frutas, un regalo de la Mircester Ladies’ Society. Y unos sándwiches de jamón. Supongo que ninguno de los dos ha tenido mucho tiempo para comer.

James abrió los ojos y dijo en un tono cansino:

–A los dos nos consideran sospechosos de este asesinato, ha sido un día muy largo y sí, me encantarían unos sándwiches. Según Agatha, en el pueblo todavía nos consideran sospechosos.

–¿Está segura de eso, Agatha? –preguntó la señora Bloxby.

Agatha le contó lo que había pasado al intentar alquilar una habitación en el Red Lion.

–Oh, qué pena. Podríamos acogerla aquí. Podríamos...

Se oyó una tos de advertencia desde el umbral de la puerta. El vicario estaba allí y los ojos le centelleaban con una luz no muy cristiana.

–No será necesario –se apresuró a aclarar James–. Agatha se instalará en mi casa.

–¿Qué decías, Alf? –preguntó la señora Bloxby a su marido.

–Esto..., nada, nada –respondió él, y volvió a desaparecer.

–Usted encontró el cuerpo, ¿me equivoco? –dijo James–. Cuéntenos todo lo que pueda, si no le resulta muy doloroso revivir ese momento.

–Fue una verdadera conmoción, se lo aseguro. No le reconocí –dijo la señora Bloxby a la vez que servía el té en tazas de porcelana–. Los muertos tienen un aspecto muy diferente en cuanto los abandona el espíritu. Además, lo habían estrangulado, así que no tenía muy buen aspecto. Yo había salido a dar un paseo. Estaba preocupada por usted, Agatha, y no podía dormir.

Los ojos de Agatha se llenaron repentinamente de lágrimas de emoción. La idea de que alguien pudiera dejar de dormir por ella era una auténtica novedad.

–A principio, creí que era un fardo de ropa vieja tirado en la cuneta, pero luego, cuando miré bien, lo vi. Le busqué el pulso, pero no tenía, así que corrí a la casa más cercana y llamé a la policía.

–¿Había alguien más por allí? –preguntó Agatha.

–No. Y debió de ocurrir después de que usted llegara a su casa, Agatha, porque si no nos habríamos cruzado en la carretera o yo habría visto al que lo mató. Aunque, claro, el asesino podría haber atajado por los campos.

–Tendremos que descubrirlo por nuestra cuenta –dijo Agatha.

–Oh, han sufrido ya tanto... ¿Por qué no lo dejan en manos de la policía?

–Porque queremos saber quién lo hizo –repuso James–. He estado pensando... ¿qué se hace, según el protocolo, con los regalos de boda? Supongo que se devuelven.

–Yo me los quedaría –dijo la mujer del vicario–, así, cuando se casen, nadie tendrá que molestarse en regalar otra cosa.

–No vamos a casarnos –dijo James con voz inexpresiva.

Se hizo un silencio espeso. Entonces, la señora Bloxby preguntó distraídamente:

–¿Más té?

Roy Silver se había pasado la noche en vela. Poco acostumbrado a padecer problemas de conciencia, descubrió que estaba sufriendo de verdad. La historia de la boda que no se consumó, aderezada por si fuera poco con el asesinato del marido de Agatha, se había publicado en todos los periódicos, y algún avisado reportero había descubierto que él, Roy Silver, había sido quien había avisado a Jimmy Raisin de que su mujer pretendía casarse con otro. Nada más llegar a su oficina, llamó a Iris Harris, la detective, y le pidió que fuera a verle en cuanto pudiera.

Estuvo inquieto y nervioso hasta que llegó. La señora Harris había leído los periódicos y escuchó con calma mientras Roy le pedía que tenía que descubrir más cosas sobre Jimmy Raisin. Si Agatha no lo había matado, otra persona lo hizo, y esa persona podía tener algo que ver con su vida en Londres. No podía haberse pasado todos esos años bebiendo alcohol metílico y seguir vivo.

Sólo cuando Iris Harris hubo aceptado trabajar para él de nuevo y se marchó, Roy se sintió un poco mejor consigo mismo.

Agatha y James se pasaron la mayor parte de la semana siguiente dentro de casa, aventurándose sólo a salir por las noches para cenar fuera. La prensa asediaba el *cottage* de James a todas horas. Agatha pensó que lo normal hubiera sido que hablaran de su relación, que abordaran lo que había ocurrido, pero James sólo hablaba del asesinato, de política y del tiempo. Trabajaba sin tregua en su libro de historia militar mientras Agatha jugaba con sus gatos en el jardín y se sumía en la lectura.

Por la noche, ella dormía en el cuarto de invitados sin que, por raro que pudiera parecer, la asaltase ningún deseo por el cuerpo que dormía al otro lado del estrecho pasillo. La conmoción producida por la boda y el asesinato le había quitado la pasión de la cabeza. Se moría de ganas de emprender la investigación del asesinato. Bill Wong no había ido a verla y estaba desesperada por saber algo más. Pero los de la prensa no tardarían en aburrirse, se marcharían en busca de nuevos pastos y crímenes, y los dejarían en paz.

La mañana que el timbre por fin dejó de sonar y el teléfono se quedó en silencio, Agatha decidió acercarse a Mircester e intentar ver a Bill Wong. James dijo que se quedaría trabajando en su libro.

Al llegar a la comisaría, Agatha se enteró de que era el día libre de Bill. Se planteó pasarse por su casa, pero finalmente optó por no hacerlo. Vivía con sus padres, que a Agatha la intimidaban un tanto. Así que se fue a comprar un vestido, aunque no lo necesitaba, y un nuevo lápiz de labios que añadir a los aproximadamente veinte que ya atestaban el estante del baño de James. El nuevo lápiz prometía «unos labios carnosos y seductores como nunca los ha tenido». Agatha, que no se creía ni media palabra de los anuncios, se tragaba como una boba todas las promociones de cosmética. La esperanza siempre se le disparaba y se creía cuanto le vendían... hasta que probaba el cosmético en cuestión. Decidió regalarse una comida en The George, pero antes decidió ponerse el lápiz de labios.

Entró en los servicios del pub, leyó la información de la barrita como quien lee el horóscopo, la desenroscó y se dispuso a aplicársela.

Casi la tenía ya en los labios cuando oyó una voz familiar decir:

–Pero Agatha es mi amiga. Eso hace que sea difícil.

Agatha se dio la vuelta, desconcertada. Entonces recordó la extraña acústica de The George. Había un montante encima de la puerta, por lo general abierto, como ese día, de modo que a cualquier cliente que comiera en una mesa al otro lado de la puerta se le oía como si estuviera dentro del mismo lavabo.

Y ése era Bill Wong, pensó con una sonrisa. Se guardó la barra de labios en el bolso, sin habérsela aplicado, y se encaminó a la puerta.

Entonces oyó una voz femenina que decía:

–Por lo que a mí respecta, Bill, Agatha Raisin sigue siendo una sospechosa de asesinato. No le hubiera costado nada calzarse un par de zapatos masculinos para confundir a los forenses, y es lo bastante fuerte para estrangular a un hombre. Es un poco marimacho.

Agatha se quedó petrificada, con la boca entreabierta y la mano tendida hacia el pomo de la puerta.

–Mira, Maddie. –La voz de Bill de nuevo–. Conozco a Agatha, y sé que no mataría a nadie. Es una dama.

–Oh, no fastidies, Bill, por la forma que tienes de hablar de esa vieja bruja cualquiera diría que eres su amante. Y las damas no van por ahí abofeteando a los hombres.

–Lo que me estás pidiendo es que espíe a Agatha –dijo Bill–, y no me gusta.

La voz de Maddie Hurd resonó fuerte y clara:

–Lo único que te pido es que cumplas con tu cometido como policía, Bill. Si ella no lo hizo y Lacey tampoco, entonces las claves de quién fue se encuentran en el pasado de Jimmy Raisin. La verdad, me sorprende que todavía no hayas ido a verla.

–Habría ido –dijo Bill–, si no me hubieras hecho sentir como un traidor.

El tono de voz de Maddie se ablandó:

–Ya sabes que yo nunca te pediría que hicieras nada malo, Bill. ¿Te lo pasaste bien anoche?

La voz de Bill sonó ronca por la ternura:

–Ya sabes que sí.

–Vámonos o nos perderemos el principio de la película. Pero ¿averiguarás lo que puedas?

–Esta noche me pasaré por su casa.

Siguió un arrastrar de sillas y luego Agatha oyó como sus pasos se alejaban.

Entonces se sintió terriblemente sola. La amistad de Bill siempre había sido sólida como una roca. Él había sido su primer amigo en una vida en la que, hasta entonces, no había tenido ninguno. Ahora sentía que ya no podía confiar en nadie, ciertamente tampoco en James, que parecía abordar la situación actual tratándola a ella con la misma impersonalidad con la que trataría a un hombre.

Y pese a todo, era evidente que Bill Wong estaba muy enamorado. ¿Qué podía ver en aquella zorra malcarada?

James vio la expresión sombría de Agatha cuando ésta volvió a casa, y le preguntó qué le había pasado. Sin apenas energía, Agatha le relató la conversación que había oído a hurtadillas. James la escuchó con una mirada atenta en sus ojos azules. Luego comentó:

–No puedes echarle la culpa a Bill por enamorarse de una detective ambiciosa. No creo que la relación dure mucho, pero tú no eres quién para elegirle las novias.

–Cuando venga esta noche –dijo Agatha, malhumorada–, no pienso dirigirle la palabra.

–¿Y de qué servirá? Él es nuestro único contacto en la policía. En vez de enfadarte, Agatha, sencillamente tendrías que explicarle lo que escuchaste sin querer. Maddie hizo algún comentario desagradable sobre ti, pero Bill no, ninguno.

–¡No pienso volver a hablar con él!

–Agatha, compórtate con sensatez.

–Estoy harta y asqueada de ser sensata –gritó ella, y rompió a llorar.

Él le alcanzó un pañuelo limpio, le sirvió un brandy bien cargado y le sugirió que se acostara.

Y Agatha, que necesitaba apremiante y desesperadamente un hombro en el que llorar, un hombro en el que reposar, se recompuso y aceptó entre sollozos que hablaría con Bill.

Le habría consolado saber que James habría estrangulado de buena gana tanto a Bill Wong como a Maddie, pero él no dejó entrever ninguno de esos sentimientos y volvió a concentrarse delante del procesador de textos. Agatha subió a su habitación a echar una cabezada y James intentó trabajar, pero entonces el timbre sonó con su tono estridente. Supuso que sería algún reportero insistente. En otras circunstancias no habría contestado, pero tenía ganas de desfogarse con alguien, aunque fuera Bill Wong.

Al abrir la puerta, encontró a Roy Silver en el umbral.

James agarró al desventurado Roy por el cuello y lo zarandó con fuerza.

–Piérdase, gusano –rugió.

James lo zarandó por última vez y luego lo empujó. Roy se tambaleó hacia atrás hasta caer en el seto.

–Sólo he venido a ayudar –dijo Roy con voz chillona–. De verdad. Tengo información sobre Jimmy Raisin. ¡He descubierto cosas que podrían explicar por qué lo asesinaron! Lo hice para ayudar a Aggie.

James, que había estado a punto de cerrar de un portazo, vaciló.

–¿De qué está hablando?

Roy salió como pudo del seto y se acercó de puntillas, con cautela.

–Contraté a una detective para que averiguara lo que pudiera acerca de Jimmy Raisin. Tengo su informe. –Sostuvo en alto el maletín que había conseguido aferrar durante la agresión de James.

–Ah, muy bien –dijo James–. Entre y veré si Agatha está preparada para escucharle.

Cuando Agatha bajó las escaleras, Roy retrocedió con nerviosismo hasta situarse detrás de una silla. Se había teñido el pelo de rubio, lo que hacía que su cara pareciera más pálida y débil que antes si cabe.

Pero Agatha había tenido tiempo suficiente para reflexionar. Si Roy tenía cualquier información de valor, James y ella podrían resolver el caso y eso dejaría a Bill y a su preciosa Maddie con un palmo de narices.

–Siéntate, Roy –le indicó–. Si tienes algo importante, me gustaría oírlo, pero no creo que vaya a perdonarte en la vida lo que me has hecho.

–Al menos impidió que cometieras bigamia –dijo James.

Agatha les clavó una mirada furibunda a los dos.

–Escuchemos lo que tenga que decir –añadió James con más tacto.

Agatha asintió. Roy se puso delante de la silla y se sentó, nervioso, con el maletín en el regazo.

–Doy por supuesto –dijo Agatha– que en un principio contrataste a esa detective por despecho para averiguar si yo seguía casada, y la has vuelto a contratar porque no podías vivir con lo que habías hecho, ¡mal bicho!

Roy carraspeó.

–Siempre buscando los peores motivos, ¿verdad, Aggie? Creía que tu marido estaba muerto y creía que me agradecerías que te diera pruebas concluyentes de su muerte, como regalo de bodas. Y ya puedes resoplar y cabrearte lo que quieras, pero ésa es la pura verdad, ¡o que me parta un rayo ahora mismo!

Agatha alzó la mirada hacia las vigas del techo.

–Está a punto de caer, directo sobre ti.

–Así no vamos a ninguna parte –intervino James bruscamente–. Oigamos su informe.

Roy abrió el maletín y sacó un fajo de hojas.

–Me preguntaba cómo era posible que Jimmy hubiera conseguido vivir tanto tiempo –dijo–. Pero según parece, una filántropa, la señora Serena Gore-Appleton, lo había adoptado como una causa que merecía la pena y lo había llevado a una clínica-balneario muy cara. Aunque no se trataba precisamente de la clínica Betty Ford, sino más bien de una institución a la que los alcohólicos con pasta acudían a desintoxicarse lo justo para recuperarse y poder seguir bebiendo un día más, parece que a Jimmy le fue bien, que se curó y se mantuvo sobrio, y después se puso a trabajar como asesor de la organización benéfica de la señora Gore-Appleton, Help Our Homeless, que ayudaba a los sin techo como él. Y ahora viene lo interesante.

»Jimmy siempre alardeaba en público de tener un montón de dinero. Mi detective, la señora Iris Harris, lo descubrió porque a Jimmy le gustaba jactarse de ello delante de sus excolegas indigentes. Luego, tras pasar un año sobrio, de repente deshizo el camino con una rapidez sorprendente y al poco reapareció entre los mendigos, los yonquis y los marginados de las calles de Londres.

»Uno de ellos, que se ha recuperado hace poco, informó a mi detective de que a Jimmy le encantaba descubrir cosas sobre los demás, e incluso en sus peores fases no desaprovechaba la ocasión de chantajear a cualquiera por una botella de alcohol, amenazándolo, por ejemplo, con delatarlo a la seguridad social si se enteraba de que había trabajado y todavía cobraba del paro, ese tipo de historias.

Roy sonrió, risueño y triunfante.

–Así que ya veis, queridos míos, esta espabilada cabecita mía llegó a la conclusión de que si Jimmy chantajeaba a los pobres, ¿por qué no iba a hacerlo también con los ricos mientras trabajaba para la señora Gore-Appleton? Tal vez se topó con una de sus víctimas en Mircester y ésta vio la oportunidad perfecta de matar a Jimmy y la aprovechó.

–Parece demasiada coincidencia –señaló James lentamente–. Agatha, aquí presente, decide casarse en Mircester. Si no hubiera sido por eso, Jimmy nunca habría venido a los Cotswolds. ¿Cómo es posible que apareciera una de sus víctimas al mismo tiempo?

Roy pareció abatido, pero al momento se le iluminó la cara:

–Ah, pero ¿saben dónde estaba ubicada la clínica? En Ashton-Le-Walls, a poco más de quince kilómetros de Mircester.

–Sí, pero la gente que visita ese tipo de centros no suele proceder de las inmediaciones, ¿no? –preguntó Agatha–. A ver, vienen de todo el país.

–Oh, ¡menudo par de aguafiestas! –exclamó Roy irritado–. Y en la vida real se dan coincidencias. Aggie, ¿te acuerdas de aquel amigo mío australiano? ¿Aquel turista del demonio?

–Sí, a mí me pareció bastante agradable. Steve, se llamaba.

–Como sea, a él me refiero. El caso es que yo creía que había vuelto a Australia, pero no. Hace unas semanas, yo estaba en un pub y me puse a hablar de Steve con un amigo, de su espantosa videocámara y de sus guías turísticas no menos horrorosas, y acababa de decir que esperaba no volver a verle en mi vida cuando noto que unos ojos me perforan la nuca, me doy la vuelta ¡y ahí estaba Steve! Se largó al momento haciendo aspavientos, pero te lo aseguro, me dio un buen susto, y todo eso pasó en un pub de Fulham en el que yo no había estado en mi vida.

James se volvió hacia Agatha.

–Al menos nos ha dado algo por dónde empezar. Deberíamos ir mañana a Londres e intentar localizar a la tal señora Gore-Appleton.

Agatha se animó visiblemente ante la perspectiva de hacer algo.

En ese momento llamaron al timbre.

–Será Bill Wong –dijo James, y se levantó.

Agatha le agarró de la manga.

–No le contemos nada de esto, James. Mantengámoslo en secreto durante un tiempo.

Él hizo amago de protestar pero luego, despacio, asintió.

–Muy bien, pero no te expongas otra vez al peligro, Agatha. Te has visto envuelta en demasiados asesinatos espeluznantes en el pasado.

Bill Wong entró y se detuvo de golpe, sorprendido al ver a Roy.

–Creía que le habrían matado.

–Aggie y yo somos viejos amigos –repuso Roy a la defensiva–. Sólo pretendía darle el certificado de defunción de Jimmy como regalo de boda.

Bill le lanzó una mirada de soslayo cargada de cinismo.

–Si usted lo dice...

Roy recogió los documentos, que James había dejado sobre la mesa, y los metió dentro de su maletín.

–¿Qué es eso? –preguntó Bill.

–Material de relaciones públicas –dijo Roy–. Me he acercado a pedirle consejo a Agatha.

Bill miró las tres caras que le rodeaban. En el salón se respiraba una atmósfera de desconfianza, casi hostil. Con tristeza, llegó a la conclusión de que James y Agatha debían de estar sometidos a una gran presión. Tendría que haber ido a verlos antes.

–Me gustaría ser portador de buenas noticias –dijo–, pero aún no hemos logrado encontrar ningún móvil para el asesinato de tu difunto marido, Agatha. Si hubiera ocurrido entre los marginados de Londres, se habría concluido que lo habían matado por una razón tan nimia como la botella que llevaba en el bolsillo. Pero ¿aquí, en los Cotswolds?

–¿La policía de Londres no ha interrogado a sus viejos colegas? –preguntó James.

–Por supuesto. Pero esa gente cierra el pico en cuanto ve a un policía de uniforme, y son capaces de oler a un detective a cien metros. Ojalá pudiera ir allí en persona y ver qué puedo sonsacarles. ¿Cómo se lo están tomando en el pueblo? –quiso saber Bill, que vivía en Mircester.

–Supongo que a Agatha y a mí nos consideran el asesino número uno y número dos respectivamente –dijo James–. Cuéntanos qué tenéis de las pruebas forenses, Bill.

–Poco más o menos lo que ya le conté a Agatha. Lo estrangularon con una corbata de seda. Tal vez parezca una buena pista, pero es una corbata Harvey Nicholl, de las que pueden comprarse en casi cualquier tienda de ropa masculina del país. Además, es bastante vieja y está deshilachada por los bordes.

–Ésa era la corbata de Jimmy –dijo Agatha de repente–. No la llevaba la última vez que lo vi, pero sí en la boda. Esperad un momento. Tal vez se la metiera en el bolsillo. Sin duda no se quedaría quieto si alguien rebuscaba en sus bolsillos un arma homicida, ¿no?

–¿Cómo era la corbata? –preguntó Bill–. No me acuerdo.

Pero Agatha sí. Tenía la sensación de que cada hecho y cada detalle de aquel día, por horribles que fueran, arderían eternamente en su cerebro.

–Era una de esas que se parecen a las antiguas corbatas escolares, pero sin serlo, con unas franjas discretas. Azul oscuro, dorado y verde.

Bill sacó un cuaderno y garabateó con afán. Luego dijo:

–Hemos descubierto que se aseó en un hostel del Ejército de Salvación antes de venir y allí le dieron ropa. Claro que seguramente también debieron darle la corbata.

–¿Le golpearon con algo primero? –preguntó ella.

–El único golpe es el del dorso de tu mano.

–No pudo quedarse quieto y dejar que lo mataran.

–Me parece que ya lo tengo –intervino Roy en un tono triunfante–. Está ahí tirado en la cuneta, después de que Aggie le pegara; lo primero que uno haría sería sacar la botella del bolsillo y comprobar que no se ha roto. Luego le daría un buen trago. Tal vez se le cayó la corbata al sacar la botella del bolsillo. Entonces aparece el asesino. Jimmy sigue en la cuneta, con la botella en la boca, la corbata sobresale del bolsillo, estrangulamiento, asfixia, un cadáver.

–Gracias, señor Jingle –dijo James–. Aunque, bien mirado, es posible. ¿Qué opinas, Bill?

–Me parece que todos sabéis algo que no me habéis contado –contestó Bill, mirándolos.

–¿Cómo está la querida Maddie? –preguntó Agatha con dulzura.

La cara redondeada de Bill se ruborizó.

–La agente Hurd está bien, gracias.

–Por favor, que no se te olvide darle recuerdos de mi parte.

En ese momento, Bill se preguntó si Agatha había adivinado que Maddie lo había enviado para averiguar lo que pudiera, pero concluyó que el amor le estaba volviendo paranoico.

–Será mejor que me vaya. –Bill se puso en pie.

–Nos vemos –dijo Agatha.

James lo acompañó a la puerta.

Bill se quedó delante de la casa un instante, sin saber qué hacer. Era muy consciente de que no había recibido la bienvenida habitual. No era propio ni de Agatha ni de James no ofrecerle algo de beber o una taza de café. Se preguntó si no sería mejor volver y contarle la verdad a Agatha: que no se había acercado antes a ella porque Maddie le había pedido que lo hiciera. Dio medio paso hacia la puerta pero luego movió su cabeza redondeada con irritación y se encaminó a su coche.

Así que los tres detectives aficionados de dentro se sintieron libres para emprender su investigación sin el estorbo de la policía.

TRES

A la mañana siguiente, Agatha permaneció callada durante el trayecto a Londres. James, acostumbrado a que se enrollara sobre lo divino y lo humano, se sintió incómodo con aquel silencio antinatural. Además, Agatha se había puesto unos pantalones, un suéter y unos zapatos normales para caminar, y nada de maquillaje. Ni siquiera perfume. En secreto se sentía dolido de que, por primera vez, ella no pareciera haber hecho el menor esfuerzo por él.

La última dirección conocida de Help Our Homeless era un sótano de Ebury Street, en Victoria. La habían encontrado en el callejero de Londres que tenía James, que se remontaba a 1984. Éste deseó haber llamado antes por teléfono, porque al llegar resultó ser una compañía de radiotaxi.

Encontraron al jefe de la empresa, un corpulento antillano, recostado en una silla con los pies sobre la mesa.

–Estamos buscando Help Our Homeless.

–Ustedes y la mitad del país, amigo –dijo el antillano–. Y le diré lo mismo que a todos los demás. Ni lo sé ni me importa.

–Y ¿por qué lo buscan todos los demás? –preguntó James.

–Por la misma razón que usted, amigo. Deudas.

–Así que ¿no tiene ni idea de dónde está ahora la señora Gore-Appleton? –preguntó Agatha.

–A mí que me registren. –Alzó los hombros y los encogió tanto como pudo, cogió una taza de café, dio un sorbo y pareció olvidarse de la existencia de sus visitantes.

–¿Le compró a ella el local? –insistió James.

Los ojos oscuros del hombre volvieron a fijarse en ellos, con una mirada impaciente.

–Se lo compré a Quickie Photo-Copying and Printing. Antes había sido Peter Pan Temp Agency, y antes Dios sabrá qué. Nadie se queda aquí mucho tiempo. Las tarifas de alquiler para los negocios son diabólicas, créame, amigo. Ese Help Our Homeless desapareció hará unos cuatro años.

Por fin se rindieron y se fueron. James se quedó en la acera, con la cabeza gacha y el ceño fruncido, visiblemente enfurecido.

–Si esa organización de Help Our Homeless era de beneficencia, seguro que la señora Gore-Appleton en cuestión apareció en la prensa, inaugurando algo, dando charlas. ¿Conoces a algún reportero que nos pueda ayudar?

–Conocía a montones de periodistas, pero por lo general eran redactores de moda o de espectáculos.

–Pero tendrán acceso a los archivos. ¿No podemos preguntar?

Agatha revisó cada rincón de su cerebro en busca de algún periodista conocido que no la odiara demasiado. Cuando era relaciones públicas, la prensa la consideraba un verdadero incordio y, por lo general, mencionaban a sus clientes únicamente para quitársela de encima.

–Conozco a la redactora en jefe de espectáculos de *The Bugle* –dijo con reticencias–, Mary Parrington.

–Pues vayamos a verla.

Fueron hasta el East End conduciendo despacio. Fleet Street, la calle de la prensa, ya no existía. Los grandes diarios se habían reubicado en emplazamientos más baratos y con más espacio.

Al final llegaron al pulcro vestíbulo de acero y cristal de *The Bugle*, aguardando a que Mary Parrington se dignara a concederles audiencia.

Afortunadamente para Agatha, el redactor en jefe pasaba por delante de la mesa de Mary justo cuando ésta le dijo a su secretaria:

–Dile a esa vieja bruja de Agatha Raisin que me he muerto o me he ido o lo que se te ocurra.

–Espera un momento –intervino el jefe–. Ésa es la mujer implicada en el asesinato de los Cotswolds. Hazla subir y me la presentas. Ningún periodista ha podido acercarse a ella.

A Mary, la idea de arrojar a Agatha a los leones de la redacción de noticias le resultó muy atractiva, así que Agatha y James subieron.

Cuando le presentaron al risueño redactor, Mike Tarry, el primer pensamiento que le vino a James a la cabeza es que había criticado a Agatha por su ingenuidad con la venta de la casa, y ahora él se había metido en las oficinas de un periódico sin pararse a pensar que tanto Agatha como él eran noticias en sí mismos.

–Bueno, Agatha –dijo Mike, tras haberlos arrastrado casi por la fuerza a su despacho–, ¿puedo tutearte?

–No –dijo Agatha con acritud.

–Ja, ja. Ya me avisó Mary de que tenía una personalidad fuerte. ¿En qué podemos ayudarles? Deben de estar ansiosos por limpiar sus nombres.

Las oficinas tenían ventanas que daban a las mesas de los periodistas. Mike agitó un brazo. La puerta de su oficina se abrió y entró un fotógrafo seguido de un redactor.

–¿Qué es esto? –preguntó Agatha.

–Usted nos ayuda a nosotros y nosotros la ayudaremos –contestó Mike.

–Me voy –dijo Agatha encaminándose a la puerta.

–Espera un momento –la detuvo James, y ella volvió con desgana–. Necesitamos ayuda, Agatha –señaló él–, y tendríamos que habernos dado cuenta de que ellos querrían una noticia. Nos han estado incordiando desde el asesinato. No tenemos nada que ocultar. Queremos dar con esa tal Gore-Appleton, de modo que ¿por qué no les contamos lo que sabemos?

–Y entonces la policía se preguntará por qué no les contamos a *ellos* lo que habíamos averiguado –señaló Agatha.

–Lo habríamos hecho tarde o temprano. Y, ya que estamos, acabemos con esto de una vez, Agatha. Ahora nos hemos metido en la madriguera de los leones e incluso si te vas, el fotógrafo va a hacerte una foto antes de que salgas de la oficina.

–Que lo intente –repuso ella con tono agresivo.

–Agatha, no llevas maquillaje.

Y eso sí la remató.

Las entrevistas y fotografías tuvieron que esperar hasta que Agatha fue acompañada a las tiendas por una «escolta» a comprar maquillaje, un vestido elegante y unos zapatos de tacón alto.

Luego los dos contaron cuanto sabían y Agatha y James posaron para las fotografías que acompañarían el artículo. Agatha había conseguido que en el departamento de arte le prometieran que harían un uso generoso del aerógrafo en la imagen.

Pero cuando el redactor revisó los archivos en busca de información sobre la señora Gore-Appleton, no encontró prácticamente nada, apenas una mención sobre una charla que dio sobre los sin techo en un acto de caridad. Ninguna fotografía. Agatha se sintió engañada hasta que James señaló que la publicidad sería lo único que haría salir de su escondrijo a la señora Gore-Appleton.

Parecía que no quedaba nada más que hacer, salvo pasar el rato hasta la hora del almuerzo, volver luego a Carsely y esperar a ver qué suerte les deparaba el artículo en el periódico matinal del día siguiente.

A la mañana siguiente, a Agatha le costó Dios y ayuda salir de un sueño profundo. Alguien llamaba con fuerza a la puerta de su dormitorio. Se puso la bata y se levantó, confusa todavía. El que llamaba tenía que ser James, claro. La noticia debía de haber salido ya en el periódico. Pensó en pedirle que esperara hasta haberse vestido, pero se encogió de hombros. Los días de ponerse elegante para James habían pasado a la historia.

Abrió la puerta y lo vio blandiendo un ejemplar de *The Bugle*.

–¡Increíble! –exclamó con furia–. ¡No han publicado ni una sola palabra!

–Vamos a la cocina –dijo Agatha–. ¿Estás seguro de que no te lo has saltado?

–Ni una palabra –repitió él, irritado.

Agatha se sentó con gesto cansino a la mesa de la cocina y desplegó el periódico. El titular era exagerado: «¡FREDDIE SALE DEL ARMARIO!». Un humorista, el preferido de las audiencias británicas por su humor blanco, había declarado que era gay. La otra noticia en primera plana trataba sobre un periodista del *Bugle* al que habían disparado unos serbobosnios.

–No mencionaron nada de estas noticias cuando estuvimos en el despacho –observó Agatha–. Debieron de saltar por la tarde, y les obligaron a sacar nuestra historia del periódico.

–A lo mejor la publican mañana.

Agatha, que sabía cómo funcionaba la prensa, negó con la cabeza:

–Por ahora ya no la utilizarán –dijo en un tono sombrío–. Si hubieran tenido la historia en el momento del asesinato, la habrían publicado sin importarles nada. Pero a estas alturas ya pertenece al pasado.

–Llamaré a ese redactor y le leeré la cartilla.

–No servirá de nada, James. Tenemos que pensar en otra cosa.

Él empezó a dar vueltas por la cocina.

–Me siento frustrado –se lamentó–. Quiero hacer algo, y quiero hacerlo *ahora*.

–Esa clínica-balneario –dijo Agatha–, a la que fue Jimmy. Podríamos pasarnos por allí y tal vez echar un vistazo a los registros para comprobar quién estaba ingresado al mismo tiempo, fijarnos en si había gente a la que Jimmy podría haber chantajeado.

James se animó.

–Buena idea. ¿Cómo se llamaba el sitio?

–Tengo las notas de Roy en el salón; mira por allí. Puede que no les haga gracia dejarnos ver sus archivos, así que sería mejor que nos presentáramos en la institución como huéspedes con nombres falsos.

–Nos inscribiremos como marido y mujer. El señor y la señora Perth, eso dará el pego.

James salió de la cocina a toda prisa, dejando a Agatha maravillada ante aquella absoluta insensibilidad masculina. Marido y mujer, ni más ni menos, ¡y sin ruborizarse!

Agatha subió a asearse y vestirse. Anhelaba recuperar su propia casa. Tal vez tendría que visitar a la señora Hardy una vez más.

Media hora después, la señora Hardy le abrió la puerta. Se la veía tan musculada y aristocrática como siempre, y una mirada agresiva iluminó sus ojos al ver a Agatha.

–Mire –dijo–, me preguntaba si estaría dispuesta a replantearse que yo pudiera recuperar mi *cottage*. Estaría dispuesta a ofrecerle una suma generosa.

–Oh, déjeme en paz –replicó la señora Hardy–. Estoy esforzándome para instalarme y me vendría muy bien no sufrir interrupciones como la suya. Tengo entendido que antes era una mujer de negocios: pues compórtese como tal.

Y le cerró la puerta en las narices.

–¡Vieja bruja estúpida! –se desahogó Agatha con James cuando volvió a casa de éste y le contó la reiterada negativa de la señora Hardy a vender la casa.

–¿Por qué preocuparse tanto? –dijo James–. Hay más casas, bien lo sabes. En el pueblo oí que los Boggle están pensando en ingresar en un asilo. Eso significa que podrías comprarles la casa.

Agatha le miró, pasmada.

–Pero la vivienda de los Boggle es... de protección oficial.

–¿Y qué tiene de malo? Algunas de esas casas están muy bien construidas. Y la de los Boggle sería bastante espaciosa una vez saquen todos sus trastos.

Agatha se preguntó si James pensaba que una vivienda de protección oficial era a lo único que podía aspirar, pero recordó a tiempo que él desconocía sus orígenes humildes y simplemente se mostraba práctico hasta lo irritante.

–Pues cómprasela tú –murmuró.

–Podría hacerlo. Anda, recoge tus cosas. He hecho una reserva en la clínica-balneario, Hunters Fields se llama. Nos esperan a última hora de la tarde. Me llevaré las notas de Roy. Ah, y no te sientas tan desdichada. Olvídate de tu *cottage* por el momento, ya se nos ocurrirá algo.

–¿Como qué? ¿Meter serpientes por la ranura del buzón?

–Algo así.

Agatha fue a visitar a la señora Bloxby antes de salir.

–Usted y James parecen llevarse muy bien –observó la mujer del vicario.

–La única razón por la que nos llevamos bien es que James tiene la sensibilidad de un rinoceronte –repuso Agatha en un tono cortante–. Nos ha inscrito en una clínica-balneario como marido y mujer.

–Tal vez esté utilizándolo como excusa para que vuelvan a estar juntos –aventuró la señora Bloxby. Pero al ver la cara de enojo de Agatha se apresuró a añadir–: O puede que no. Es un hombre extraño. Creo que divide su mente en pequeños compartimentos. El compartimento de la Agatha romántica tiene la puerta firmemente cerrada, mientras que el de la Agatha amiga está abierto. ¿Es mejor eso que nada o resulta muy doloroso?

–En realidad –contestó Agatha–, creo que ya no puedo pensar en él como lo hacía antes.

–¿Porque eso le haría daño?

–Sí –repuso Agatha bruscamente, y sus ojitos se llenaron de lágrimas.

–Prepararé un poco de té –dijo la señora Bloxby, que, con tacto, salió y dejó un momento a Agatha para que se recompusiera.

–Si pudiera recuperar mi viejo *cottage*... –se lamentó ésta cuando la señora Bloxby volvió con la bandeja del té–. James es muy ordenado, allí me siento de más. Quiero tener mis cosas a mi alrededor.

–Fui a visitar a la señora Hardy. –La mujer del vicario sirvió té con cuidado en dos tazas iguales–. Me soltó un discursito sobre que cada uno debe meterse en sus asuntos, ese tipo de cosas. A decir verdad, fue bastante maleducada. ¿No debería buscar otro sitio?

–No me quedará más remedio –dijo Agatha–. Me da vergüenza que tanta gente se haya negado a que le devolvamos sus regalos, incluida usted. Yo sé que no nos considera sospechosos del asesinato, pero supongo que la mayoría de los vecinos sí, y ésa es la razón de que no quieran tener nada que ver con nosotros.

–No es exactamente así. Sí, bastantes sospechaban de ustedes, pero al poco se impuso el sentido común y se sintieron avergonzados. La razón por la que no quieren recuperar sus regalos es que creen que, visto lo bien que se llevan ahora, James y usted acabarán casándose, y no quieren molestarse teniendo que buscar una caja y envolviéndolo todo de nuevo.

–Ay, Dios –exclamó Agatha con aspereza–. En ese caso les espera una decepción.

La señora Bloxby cambió de tema y entretuvo un rato a Agatha con los cotilleos más inocentes de Carsely hasta que ésta se fue.

Hunters Fields era una enorme mansión ubicada en un bonito terreno ajardinado. Cuando James le confió a Agatha el precio de la estancia, ésta parpadeó aterrada. James se empeñó en pagar aquel precio astronómico aduciendo que recientemente había recibido un legado de una tía y disfrutaba de una desahogada posición.

Una preciosa recepcionista los condujo a una habitación grande en la planta baja y les dijo que el director iría a verles dentro de un momento para explicarles el programa de actividades y las instalaciones con las que contaba el centro.

La habitación tenía camas gemelas separadas. Apenas acabaron de deshacer las maletas y colgar su ropa cuando entró el director. Era un hombre de rostro lampiño, pelo plateado y ropa bien cortada, con unas pequeñas gafas de montura dorada, y que despedía cierto aire bondadoso. Se presentó como el señor Adder.

–Lo más importante –explicó– es que nuestro médico los examine a ambos por la mañana. En eso ponemos un especial cuidado. No queremos exponer a nuestros clientes a un programa demasiado exigente si no están preparados para ello. –Les dedicó una mirada–. Usted, señor Perth, parece en demasiada buena forma para necesitar nuestra ayuda.

–Fue idea de mi esposa.

–Ah, sí, entiendo.

Los ojos apacibles se centraron en Agatha y ella sintió que las pequeñas lorzas de grasa de su cintura de mujer de mediana edad aumentaban de tamaño.

El señor Adder pasó a describirles someramente las instalaciones: sala de masaje, sauna, piscina, pistas de tenis y demás.

–Nos interesaría ver sus archivos –dijo James.

–¿Por qué? –Una arruga apareció en el ceño de la cara hasta ese momento afable del señor Adder.

–Un conocido nuestro, Jimmy Raisin, estuvo aquí en una ocasión. Otras personas que podríamos conocer tal vez estuvieran aquí al mismo tiempo y...

–No, no, imposible, señor Perth. Nuestros archivos son confidenciales. La cena se sirve dentro de media hora.

Se fue tras despedirse con una extraña y anticuada reverencia.

–Bueno, pues ya está, hemos venido para nada –dijo Agatha en un tono sombrío.

–Sólo tenemos que entrar en la oficina –repuso James.

Un comentario que repitió ante una cena frugal.

–No creo que pueda aguantar una semana entera aquí –dijo.

–Oh, no lo sé –se lamentó Agatha–. A lo mejor nos sienta bien. –Una vez instalados, no deseaba más que someterse a una buena sesión de adelgazamiento.

–Si tengo que pasarme toda la semana comiendo este pienso para conejos voy a ponerme de un humor insoportable –dijo James.

Miró a su alrededor, a los demás huéspedes del centro. La mayoría era gente de mediana edad y todos parecían ricos.

–Y ¿cuándo piensas colarte en la oficina?

–Esta noche –dijo James–. Echaremos un vistazo después de cenar. Está donde esté, no creo que la cierren con llave. Una institución tan respetable como ésta no tiene razones para sospechar que nadie quiera fisgonear.

–Tal vez le hayamos dado motivos al señor Adder para pensar que a alguien sí podría interesarle hacerlo. Por lo que sabemos, es posible que tenga algo bastante ordinario que ocultar, como una contabilidad paralela a la que lleva para Hacienda.

–Bueno, eso ya lo veremos. –James dio un sorbo malhumorado a su café descafeinado–. Y después de haber localizado la oficina, deberíamos acercarnos en coche al pub más cercano y comer algo decente.

Agatha quiso protestar. Ya se sentía más delgada. Pero sabía que irritaría a James si se empeñaba en hacer dieta cuando debería estar investigando.

Después de cenar, dieron una vuelta y encontraron la oficina a un lado del vestíbulo. Tenía un ventanal acristalado que daba al vestíbulo, así que vieron con claridad archivadores y dos ordenadores. No sólo estaba cerrada con llave la oficina, sino también las demás salas contiguas: la de masaje, la sauna, la de tratamientos, la del médico y la del director.

–¿Cómo piensas abrir la puerta? –preguntó Agatha.

–He traído algunas ganzúas. –James había utilizado un juego de ganzúas antes, pero nunca había querido explicar por qué o cómo las había conseguido.

Luego fueron en coche al pueblo más cercano, donde James se zampó una generosa ración de pastel de carne y riñones mientras que Agatha se contentó con un sándwich de jamón y un vaso de agua mineral.

Después volvieron a su habitación. James sugirió que se cambiaran y se pusieran ropa oscura, que se acostaran encima de las camas y que él pondría el despertador para que sonara a las dos de la madrugada.

James se quedó dormido en cuanto se acostó, mientras Agatha permanecía desvelada y escuchaba el leve ronroneo de su propio estómago. Cuando ya pensaba que no podría conciliar el sueño, se durmió, así que se despertó sobresaltada cuando el reloj sonó con estridencia.

–Hora de ponerse en marcha –dijo James–. Esperemos que no tengan un guardia de seguridad patrullando por las instalaciones para controlar que los huéspedes no asalten las cocinas.

Abrió la puerta del dormitorio. El pasillo estaba muy iluminado. Volvió a entrar en la habitación. Agatha llevaba un suéter azul marino y unos pantalones negros, y él un suéter y unos pantalones también negros.

–Hay una luz muy potente ahí fuera –explicó–, y parecemos un par de ladrones. Si nos ponemos las batas podríamos decir que estábamos buscando comida. Deben de estar acostumbrados a situaciones así.

–Se preguntarán qué hacemos buscando comida en sus archivadores. Tal vez sería mejor que nos pusiéramos algo más normal. Los dos hemos traído un chándal. Podemos decir que hemos salido a correr. Incluso, si nos pillan, podemos poner la excusa de que estamos obsesionados con nuestras vidas privadas y queríamos ver qué había en nuestros expedientes, algo así.

–Muy bien –dijo James, y empezó a quitarse los pantalones.

A Agatha la ofendió misteriosamente que se desvistiera con tanta naturalidad delante de ella. Agatha se puso una chaqueta y unos pantalones de chándal escarlatas en el lavabo. No quería que James viera ni un gramo del cuerpo de mediana edad que había rechazado.

Bajo la luz de los fluorescentes del lavabo, se vio más pálida. Tal vez bastaría con un poco de crema base y una pizca de maquillaje. Y puede que un toque de colorete. Ese nuevo tono de lápiz de labios rojo quedaría muy bien con el chándal. Estaba a punto de echar mano al rímel cuando la voz impaciente de James sonó al otro lado de la puerta.

–¿Qué estás haciendo, Agatha? ¿Vas a pasarte toda la noche ahí dentro?

–Ya salgo.

Agatha dejó a regañadientes el rímel y salió. Mientras lo seguía por el pasillo, se dio cuenta una vez más de que al metabolismo de Agatha Raisin no le sentaba bien la comida saludable. Estaba convencida de que tenía mal aliento y el estómago hinchado de gases. Se situó detrás de James, ahuecó las manos y respiró dentro de ellas, pero en ese momento él miró por encima del hombro y le preguntó:

–¿Y ahora qué haces?

–Nada –farfulló Agatha, que se puso inmediatamente a su altura y rogó a todos los dioses que cuidan de las damas de mediana edad que no se le escapara un pedo. El silencio en el edificio era absoluto.

Llegaron al vestíbulo sin haberse cruzado con nadie ni haber oído nada.

Cuando estuvieron delante de la oficina, James murmuró:

–Es una sencilla cerradura Yale. Con una tarjeta de crédito bastaría.

Sacó una de su bolsillo y empezó a toquetear mientras Agatha se colocaba a sus espaldas sin oír más que los remotos gorjeos de su propio estómago. Las luces brillaban por todas partes. Había llevado una linterna, pero tanto el vestíbulo como la oficina estaban muy iluminados. Se oyó un clic, seguido de un gruñido de satisfacción de James, que abrió la puerta.

–¿Por dónde empezamos? –preguntó en un susurro a Agatha, mirando a los ordenadores–. ¿Por uno de éstos?

–Ahí tienen todos esos archivadores anticuados. Apostaría a que aún conservan en ellos los registros de la época de la visita de Jimmy.

James intentó abrir el cajón de arriba de uno, que se deslizó sin problemas.

–Bien –murmuró–. Esperemos que haya algo bajo la R de Raisin.

Revisó todos los expedientes de ambos archivadores sin encontrar nada.

–¿Y ahora qué?

–Busca Gore-Appleton –le apremió Agatha–. Jimmy no habría podido pagarse un lugar como éste, así que parece lógico que ella hiciera la reserva y se hiciera cargo del coste.

James gruñó y volvió a la búsqueda mientras Agatha miraba por el ventanal al vestíbulo por si se acercaba alguien.

Por fin James exclamó:

–¡Eureka! Gore-Appleton, número 400a de Charles Street, Mayfair. Reserva para el señor J. Raisin. Agosto de 1991.

Agatha gruñó.

–Pero ¿cómo averiguamos quién estuvo aquí en la misma época?

–Mierda, no había pensado en ello. Al llegar firmamos en un libro, un registro de entrada. Era bastante nuevo. Los viejos deben de andar por alguna parte.

–¿En ese armario de ahí?

–Está cerrado con llave –dijo James–. Pero es fácil de abrir.

Agatha esperó mientras él manoseaba la cerradura, cada vez más nerviosa. Estaba claro que su suerte no podía prolongarse. Y ¿sería capaz de oír a alguien que se acercara? Todo el edificio tenía el suelo cubierto de gruesas alfombras.

–Aquí lo tenemos –anunció James–. 1991. Ahora, agosto. –Sacó un pequeño cuaderno del bolsillo y empezó a escribir.

–Date prisa –le rogó Agatha.

–Ya está –dijo él al cabo de unos minutos agónicos–. Volvamos a colocarlo todo en su sitio y cerremos.

Agatha dejó escapar un suspiro de alivio cuando salieron de la oficina y estuvieron de vuelta en el vestíbulo.

–¿Qué has sacado? –le preguntó, cuando una voz suave procedente de las escaleras hizo que los dos se sobresaltaran.

–¿Necesitan alguna cosa?

Ahí estaba el señor Adder, con una bata negra con un cordón dorado y ojos que brillaban tras sus gafas.

–No, no –contestó James despreocupadamente–. Hemos salido a correr.

–Claro –dijo el señor Adder acercándose a ellos con los ojos clavados en el cuaderno que James se estaba guardando en el bolsillo–. Y ¿cómo han salido fuera? Las puertas se cierran a medianoche.

–A correr escaleras arriba y abajo –repuso Agatha.

–¿Escaleras arriba y abajo?

–Qué boba soy –dijo con entusiasmo Agatha–. En casa tengo una de esas máquinas de *step*, ya sabe, para hacer ejercicio. Bueno, es por pura vanidad. Quería estar delgada y en forma para el examen médico de por la mañana, así que le dije a James: «Subamos y bajemos las escaleras corriendo». Las alfombras son tan gruesas que sabía que no molestaríamos a nadie.

La mirada del señor Adder era inquietantemente astuta.

–En ese caso se encuentra en mejores condiciones de lo que yo creía, señora Raisin. Veo que no le falta el aliento ni suda.

–Oh, ¡gracias! –exclamó Agatha–. Sí que debo de estar en forma, aunque confieso que me siento un pelín cansada. ¿Nos acostamos, cariño?

–Buena idea –dijo James–. Nos vemos por la mañana, señor Adder.

Él se interpuso en su camino.

–No deben seguir su propio programa de ejercicios o su estancia aquí será una completa pérdida de tiempo y de dinero. No vayan dando vueltas por ahí en plena noche.

–De acuerdo –dijo James, que puso un brazo alrededor de los hombros de Agatha mientras ambos esquivaban al señor Adder.

Agatha miró hacia atrás cuando llegaron a las escaleras. El señor Adder comprobaba la puerta de la oficina cerciorándose de que estaba cerrada.

–Fiuuu –dijo cuando entraron en su habitación–. ¿Crees que se lo ha tragado?

–No, pero seguramente ha pensado que buscábamos las cocinas y ha comprobado la puerta de la oficina sólo para asegurarse. Bien, he elegido los nombres del registro de las personas que viven cerca de Mircester y que estuvieron aquí en la misma época que Jimmy. –Abrió el cuaderno–.

Veamos, tenemos a sir Desmond Derrington y a lady Derrington, a la señorita Janet Purvey y a la señora Gloria Comfort. Sin embargo, cuando salgamos de aquí, lo primero que haremos será ir a Charles Street, en Londres, y ver si la señora Gore-Appleton vive aún en la misma dirección. Luego empezaremos a investigar estos nombres.

–¿Has pagado la semana entera por adelantado? –preguntó Agatha.

–Sí.

–Y ¿no crees que deberíamos quedarnos y amortizar lo ya pagado?

–Me moriría de aburrimiento –dijo James, y se dio la vuelta para recoger el pijama, de modo que no vio la mirada de puro dolor en los ojos de Agatha–. Podemos aprovechar el chequeo médico, darnos un baño o un masaje o algo así y luego salir pitando de aquí.

En el chequeo de la mañana siguiente, Agatha descubrió que tanto su presión como sus niveles de colesterol eran un poco elevados. Tras un desayuno de muesli y fruta, consultó su programa y acudió al masajista para que la estiraran y apalearan, luego fue a la sauna y seguidamente al gimnasio para la clase matinal de aeróbic.

James ya estaba allí. La clase la dirigía una rubia de piernas interminables y una figura asombrosamente esbelta. Agatha jadeó y sudó, consciente en todo momento de que los ojos de James no se apartaban del monumento que dirigía la clase. Si antes había querido quedarse la semana entera, ahora no veía el momento de salir de allí. Cuando acabó la clase, no paró de moverse nerviosa, mientras James charlaba con la instructora rubia.

Mientras comían una ensalada mínima con zumo de frutas, James consultó su propio programa.

–Me lo han puesto fácil el primer día –comentó–. No tengo gran cosa para esta tarde. ¿Te apetece ir a nadar?

A Agatha le vino repentinamente a la cabeza la imagen de su propio cuerpo recortado frente al esplendor del de la instructora. Negó con la cabeza.

–Tenía entendido que íbamos a seguir adelante con nuestra investigación.

–Cierto –dijo él distraídamente–. Pero yo creía que tú preferías quedarte.

–El señor Adder está ahí y no deja de clavarnos pequeños dardos con la mirada.

–Agatha, no te creo. Me parece que la clase de aeróbic ha sido demasiado para ti.

–Ni de lejos. Me hizo jadear un poco, nada más.

–Yo no me preocuparía por Adder. Aquí se está bien. –Se rio ante la expresión de desconcierto que se dibujó en la cara de Agatha–. De acuerdo, nos iremos. ¿Qué excusa damos?

–Pues que tengo caprichos. Soy una mujer temperamental. He cambiado de opinión.

–Eso colará. Si has terminado, ve y empieza a recoger todo. Yo me ocuparé del señor Adder.

Ocuparse del señor Adder resultó más difícil de lo que James había esperado. El hombre escuchó en silencio el cuento sobre la esposa temperamental y luego dijo:

–No devolvemos el dinero.

–Ni por un momento he creído que lo hicieran –comentó James sin darle importancia.

El señor Adder se inclinó hacia delante.

–¿Ha oído hablar de la terapia de codependencia?

–¿Cómo ha dicho?

–Creo que no le vendría mal un poco de asesoría, señor Perth. Nos gusta proporcionar a nuestros clientes el mejor servicio, y eso incluye su bienestar mental así como físico. Parece estar en muy buen estado físico y aun así se ha casado con una dama que le hace levantarse en plena noche para subir y bajar escaleras. Me da la impresión de que ha aceptado sin quejarse su capricho de irse. «Ha sido usted secuestrado», señor Perth.

–Oh, Agatha y yo nos llevamos bien.

El señor Adder se inclinó y le dio unas palmadas en la rodilla.

–Siempre que usted haga exactamente lo que ella quiere, ¿me equivoco? James adoptó una expresión maliciosa.

–Bueno, es que es su dinero, ¿sabe?

–¿Y usted traga con lo que haga falta porque ella es la que lo administra?

–¿Y por qué no? –replicó James–. No voy a rejuvenecer. A mi edad no me apetece ir por ahí buscando trabajo.

Una expresión de repugnancia cruzó los rasgos del señor Adder.

–Si quiere ganarse la vida al servicio de su mujer, no puedo hacer nada por usted. Pero nunca había conocido a un hombre cuya apariencia fuera más engañosa que la suya. Le había tomado por alguien de fuerte personalidad con creencias morales elevadas y firmes convicciones que no permitiría que nadie le intimidara.

–Empieza a parecerme un tanto impertinente, señor Adder.

–Discúlpeme, sólo pretendía ayudar.

James se levantó y huyó escaleras arriba, donde le contó a Agatha, con regodeo, que ahora le consideraban un gorrón de primera que se dejaba intimidar por su esposa.

Para la incontenible irritación de Agatha, la belleza rubia que dirigía la clase de aeróbic salió para despedirse de James. Agatha esperó enfadada en el coche, preguntándose de qué estarían hablando. Vio que él sacaba su cuaderno y anotaba algo. ¿El número de teléfono de ella? Los celos de Agatha se dispararon. James ya no le pertenecía y por tanto podía ser presa de cualquier arpía rubia que quisiera clavarle sus garras pintadas. Cuando James puso fin a la conversación, Agatha tenía ganas de llorar.

Finalmente, él se sentó al volante.

–¿De qué iba eso? –preguntó Agatha procurando controlar la voz.

–Oh, una charla intrascendente –dijo él–. Creo que deberíamos ir directamente a Londres, a esa dirección de Charles Street.

Realizaron el trayecto en un silencio casi sepulcral. Agatha, luchando con un caos de emociones inoportunas y James, ensimismado en sus pensamientos.

En Charles Street, al lado de Berkeley Square, se enfrentaron a un callejón sin salida. Ninguna señora Gore-Appleton había vivido nunca allí.

–¿No pagó con cheque o tarjeta de crédito? –preguntó Agatha.

–No, en efectivo. Así constaba en los registros.

–Vaya. Y ahora, ¿qué?

–De vuelta a Carsely a pasar la noche. Mañana probaremos con sir Desmond Derrington.

Esa noche Agatha no pudo dormir. Estaba resuelta a averiguar qué había anotado James en aquel cuaderno mientras hablaba con la rubia de la clase de aeróbic.

Esperó a estar segura de que él se había dormido y luego se deslizó sin hacer ruido hasta su habitación. La luna la iluminaba con intensidad y vio sus pantalones colgados del respaldo de una silla; del bolsillo de atrás sobresalía el borde del cuaderno.

Sin quitar ojo a la figura durmiente de la cama, Agatha extrajo con suavidad el cuaderno y se lo llevó a su habitación, donde lo abrió y pasó las páginas hasta la última anotación. En la apretada letra de James, que los ojos del amor le habían enseñado a descifrar, leyó con perplejidad: «Co-dependientes Anónimos». Seguía una dirección de Londres y un número «de contacto».

La muy zorra, pensó Agatha, olvidándose por un momento que se suponía que era una mujer caprichosa y dominante cuyo marido dependía de su dinero.

–Ahora que ya ha satisfecho su curiosidad, señora mía, ¿cree que podría devolverme el cuaderno? –resonó la voz de James desde la puerta.

Agatha se ruborizó, sintiéndose culpable.

–Sólo repasaba los nombres que mencionaste en la oficina.

–Página equivocada –repuso él–. Se suponía que eras una mujer rica y dominante, y yo un calzonazos y una sanguijuela, ¿te acuerdas? De ahí la sugerencia de la terapia.

–Creía que estabas dormido –fue lo único que se le ocurrió decir a Agatha.

–Me despierto con facilidad, como tú ya deberías saber.

–Lo siento, James –farfulló Agatha–. Anda, vuelve a acostarte.

CUATRO

Sir Desmond Derrington vivía en una agradable mansión de los Cotswolds, a escasos kilómetros de Mircester por la carretera de Oxford. Al acercarse, Agatha vio un cartel clavado en el tronco de un árbol donde se anunciaba que ese día los jardines de sir Desmond estaban abiertos al público.

–Espero que él esté allí –dijo James cuando Agatha se lo señaló–, que no se haya ido y dejado que las señoras del pueblo enseñen los jardines.

Agatha, que estaba desesperada por descubrir a alguien que tuviera aspecto de asesino, se llevó una decepción cuando vio a sir Desmond. Estaba inclinado sobre un arbusto ornamental y le explicaba su historia y cómo lo había plantado a una mujer gorda que movía incómoda su corpulencia, como si se arrepintiera de haber preguntado por la planta. Sir Desmond parecía un pilar de la comunidad, un hombre de mediana edad, encaneciendo, de larga nariz y casado con una mujer delgaducha que tenía un vozarrón y soltaba el rollo pertinente en otra parte del jardín. Pese al fresco que hacía, lady Derrington llevaba un vestido de algodón estampado de manga corta; tenía un trasero plano y endurecido y un pecho listo y no menos duro. Lucía una permanente muy marcada en el cabello castaño y su nariz patricia miraba por encima a cada una de las flores y plantas con un leve aire de superioridad, como si todas hubieran brotado de la tierra sin su permiso.

La gorda se alejó de sir Desmond con paso bamboleante y James lo abordó.

–Estaba admirando esa espléndida glicina que tiene en la pared de allí – señaló.

–Oh, ésa. –Sir Desmond parpadeó como un miope al tiempo que miraba hacia la pared de la casa–. Se pone magnífica en primavera. Brotan montones de flores.

–A mí la mía me está dando problemas –explicó James–. La planté hace dos años pero no ha crecido mucho y da pocas flores.

–¿De dónde la sacó?

–La compré en el vivero de Brakeham’s.

–¡A esos! –Sir Desmond soltó un bufido despectivo–. Yo no compraría nada allí. A Hetty, mi esposa, le regalaron una hortensia de ese vivero. Murió al cabo de una semana. ¿Y sabe por qué? –Sir Desmond clavó un largo dedo en el pecho de James–. No tenía raíces.

–No me diga. A partir de ahora evitaré comprarles nada.

Agatha se disponía a acercarse a ellos cuando oyó decir a sir Desmond:

–Hoy han venido un montón de charlatanes. ¿De dónde viene usted?

–De Carsely.

–¿Sabe que fui a ver los jardines de ese pueblo cuando los abrieron al público? Una mujer había comprado todas las plantas *crecidas* en un vivero e intentaba hacer creer que las había cultivado desde que eran semillas. Ni siquiera sabía cómo se llamaban.¹

Al reconocer la descripción de ella misma, Agatha se desvió, dejando la conversación en manos de James.

Prefirió abordar a lady Derrington.

–Bonito jardín –comentó.

–Gracias –contestó lady Derrington–. Tenemos algunas plantas en venta en unas mesas junto a la casa. Precios muy razonables. Y hay té y pastas. Nuestra ama de llaves prepara unas pastas exquisitas; sólo tiene que seguir a los demás. Vaya, Angela, querida, ¡cuánto me alegro de verte!

Lady Derrington se dio la vuelta y Agatha se volvió a mirar a James, absorto en su conversación con sir Desmond. Asumiendo que ya habrían olvidado el tema de aquella espantosa mujer de Carsely, se acercó a ellos, que en ese momento intercambiaban historias militares. Agatha se removió, nerviosa, y contuvo un bostezo.

–Estaba a punto de hacer un descanso y tomar un té –dijo sir Desmond por fin–. Si son tan amables de acompañarnos... Las mujeres del pueblo son perfectamente capaces de encargarse de los visitantes.

James presentó a Agatha como su esposa, la señora Perth. A ella le sorprendió que mantuviera esa parte del engaño, pero estaba claro que James no quería que sir Desmond recordara a Agatha como la jardinera mentirosa de Carsely.

Sir Desmond los llevó hasta su mujer y los presentó. Lady Derrington pareció levemente disgustada por que hubiera invitado a dos desconocidos a tomar el té. Agatha sospechó que le habría complacido más poder cobrarles.

Se acomodaron en un agradable salón. Las hojas verdes de la glicina se agitaban y aleteaban al otro lado de las ventanas, moteando el salón con una sucesión de sombras y luz del sol. Cuando entraron, dos perros adormilados se levantaron, bostezaron y se desperezaron antes de volver a aovillarse y dormirse de nuevo. Lady Derrington echó un leño a la chimenea y sirvió el té. Nada de pastas, se fijó Agatha con sus ojos diminutos, sólo unas galletas bastante duras. Le apetecía un cigarrillo, pero no había ningún cenicero a la vista.

Respondieron preguntas sobre Carsely y luego James se recostó en el sillón, estiró sus largas piernas y dijo con aparente despreocupación:

–Mi esposa y yo acabamos de volver de una breve estancia en Hunters Fields.

Sir Desmond se estaba llevando una taza de té a los labios. La mano que sostenía la taza se detuvo en mitad del gesto.

–¿Y eso qué es? –preguntó con brusquedad.

–Aquella clínica-balneario –dijo su mujer–. Espantosamente cara. Los Pomfret estuvieron allí, pero a éstos les sobra tanto dinero que podrían quemarlo.

–Pero ustedes también fueron –observó James–. Los dos estuvieron allí al mismo tiempo que dos personas que conocemos, la señora Gore-Appleton y Jimmy Raisin.

–Nunca hemos estado ahí y en mi vida he oído hablar de esas personas –repuso sir Desmond sin levantar la voz–. Y ahora, si me disculpan...

Se levantó, se acercó a la puerta y la sostuvo abierta. Su mujer parecía sorprendida, pero no dijo nada.

A grandes zancadas, sir Desmond volvió irritado a los jardines seguido de Agatha y James, y luego se dio la vuelta para encararlos.

–Estoy harto de la basura como ustedes. No van a sacarme ni un penique.

Se alejó a toda prisa, echó sin contemplaciones a un par de sorprendidos visitantes y desapareció doblando la esquina de la casa.

Agatha hizo ademán de ir tras él, pero James la retuvo.

–Debió de ir allí con otra persona, alguien que no era su esposa. Olvídalo, Agatha. Alguien lo chantajeó, seguramente Jimmy. Ha llegado el momento de contarle a Bill Wong lo que sabemos.

Dejaron recado para Bill Wong en cuanto llegaron a casa, pero no lo vieron hasta el día siguiente.

Llegó por la tarde. Al abrir la puerta, Agatha vio a la horrorosa Maddie sentada a su lado en el coche. Bill siguió a Agatha al salón.

–¿Café? –preguntó James.

–No, gracias. No dispongo de mucho tiempo. ¿Para qué queríais verme?

Le contaron sus pesquisas, y acabaron con la visita a sir Desmond Derrington.

La cara regordeta de Bill Wong mantuvo una expresión severa.

–He pasado allí toda la noche –anunció con seriedad–. Sir Desmond está muerto. *Parece* que se trata de un disparo accidental; se le disparó la escopeta mientras la limpiaba. Pero resulta que la estaba limpiando en plena noche, mira por dónde, y ahora me da la impresión de que creyó que vosotros ibais a seguir con el chantaje allí donde Jimmy Raisin lo había dejado. Despertamos a los de la clínica-balneario a las dos de la madrugada. Sir Desmond se alojó allí al mismo tiempo que Jimmy Raisin, con una mujer que se identificó como lady Derrington. La auténtica lady Derrington es la que tiene todo el dinero. Si se hubiera divorciado, él se habría quedado prácticamente sin un céntimo. Sir Desmond pagó una suma de quinientas libras al mes durante un año, seguramente el año que Jimmy Raisin se mantuvo sobrio, y luego los pagos se interrumpieron. Sir Desmond se sentía orgulloso de su posición en la comunidad, era juez de paz, ese tipo de cosas. ¿No se os ha pasado por la cabeza a los dos, par de entrometidos, que podríais ser los causantes de la muerte de ese hombre?

–Oh, no –dijo James, horrorizado–, ¿seguro que no fue un accidente?

–¿Por qué ponerse a limpiar un arma en plena noche y, además, justo la noche después de vuestra visita? –repuso Bill con tono cansino–. Resulta peligroso interferir en el trabajo de la policía.

James miró de soslayo el rostro desolado de Agatha.

–Escucha –dijo–, íbamos a darte toda esta información en cualquier caso. Y ¿qué habría pasado? Habrías empezado por la clínica y luego habrías visitado a sir Desmond. ¿Verdad que no habrías pensado en pedirles que te describieran a la mujer que afirmó ser lady Derrington? No, no lo habrías hecho. Así que lo habrías abordado y él habría sabido que su mujer lo averiguaría todo y el resultado habría sido el mismo.

–Ya hemos pensado en eso. Pero Maddie dijo que una visita de la policía no habría desequilibrado su mente tanto como la aparición en escena de quienes parecían un par de chantajistas.

–Maddie dice esto, Maddie dice lo otro... –se burló Agatha casi llorando–. ¡Te has creído que el sol sale de entre sus nalgas!

Siguió un silencio incómodo. Agatha se puso roja.

–Sube y ponte un poco de maquillaje o lo que sea –dijo James en voz calmada. Cuando Agatha hubo salido del salón, le dijo a Bill–: Agatha escuchó una desafortunada conversación que mantuviste con Maddie en un pub de Mircester. Los lavabos estaban detrás de donde os sentasteis a charlar. Maddie te intentaba manipular para que vinieras a vernos con la intención de averiguar si sabíamos algo. Debo suponer que sus comentarios sobre Agatha fueron bastante ofensivos. Si Agatha no se hubiera sentido tan dolida y yo no la hubiera comprendido, te lo habríamos contado antes. La amistad –añadió James con tono sentencioso– no tiene precio. Lo único que tenías que decirle a Maddie era que nos visitarías en cualquier caso como parte de tus investigaciones. ¿No crees que te está utilizando para averiguar hechos que podrían servirle, *a ella*, a resolver el caso?

–No –respondió Bill con vehemencia–, en absoluto. Es una detective muy trabajadora y meticulosa.

–¿De verdad? Bien, volvamos a la cuestión de la muerte de sir Desmond. Su mujer era la que tenía el dinero. Así que ¿cómo pudo él apañárselas para pagar quinientas libras al mes, si es que era dinero para un

chantaje y no para una joven amante, sin que su mujer lo descubriera?

–Recibía unos ingresos mensuales del fondo fiduciario de la familia de lady Derrington. Eran unos ingresos generosos, pero sir Desmond llevaba un estilo de vida bastante derrochador en algunos sentidos. La caza, por ejemplo, requiere bastante dinero, por no mencionar las camisas de Jermyn Street y los trajes de Savile Row. Lady Derrington nunca revisaba la cuenta bancaria de su marido. Y ésta tenía descubiertos todos los meses. Ha sido una sorpresa para ella.

–Así que debo suponer que vosotros, policías insensibles, la habéis puesto al tanto de la existencia de la amante. ¿Cómo se lo ha tomado?

–Con frialdad. «Pobre y viejo cabrón», fueron sus palabras.

–Y ¿quién es el encanto que sedujo a sir Desmond?

–Una secretaria de la Cámara de los Comunes, en concreto de un parlamentario amigo de Desmond. Estamos intentando localizarla. En este momento se encuentra de vacaciones en Barbados. Se llaman Helen Warwick. No es joven. Rubia, sí, pero pasa de los cuarenta.

–¿Casada?

–No.

–Así que por ese lado, ¿se descarta el chantaje?

–Tendremos que esperar y ver. Es una dama respetable y puede que no quisiera tener nada que ver con un divorcio. Mira, será mejor que hable con Agatha. Las cosas que se oyen sin querer suenan siempre peor que si se dicen a la cara.

–Déjalo por ahora –repuso James secamente–. Yo hablaré con ella.

–Bueno, no hagáis más de detectives sin avisarme. O mejor, no hagáis más de detectives, punto.

Bill salió y se subió al coche al lado de Maddie.

–¿Y bien? ¿Le has dicho a ese par de entrometidos lo que piensas de ellos? –le preguntó ella.

–He sido yo el que se ha sentido culpable. Agatha oyó una conversación en el pub en la que tú me apremiabas a sondearlos para ver qué sabían, y también oyó algunos de tus poco agradables comentarios.

–Se lo merece –dijo Maddie encogiéndose de hombros.

Por primera vez, la mente de Bill trazó una línea que separaba la lujuria del amor. Durante un fugaz instante, se preguntó si tan siquiera le gustaba Maddie, pero cuando ésta se cruzó de piernas enfundada en sus medias negras, la lujuria se adueñó de nuevo de él, que racionalizó todos sus pensamientos transformándolos en amor.

Agatha volvió al salón y preguntó con voz cansina:

–¿Se ha ido?

–Sí, y también se sentía muy culpable por haberte herido.

James examinó detenidamente a Agatha. Se había quitado todo el maquillaje de la cara y se había puesto un suéter viejo, una falda holgada y zapatos planos. Siempre había pensado para sus adentros que las mujeres no necesitaban cubrirse la cara con maquillaje, pero de repente echó de menos a la Agatha de tacones altos, maquillaje, perfume francés y medias transparentes. No la había perdonado por haberle hecho quedar como un bobo el día de la boda. En algún rincón de su corazón, sabía que nunca se lo perdonaría y por tanto no quería volver a implicarse sentimentalmente con ella, pero no le hacía gracia verla tan hundida y machacada.

–Bill ha pedido que no nos metamos, para variar –explicó James–, pero en lo que a mí respecta, seguiría adelante. Eso te animará. Nos tomaremos un día de descanso y luego probaremos con el siguiente de la lista, la señorita Janet Purvey.

–¿Para que se suicide también?

–A ver, Agatha, a sir Desmond lo habrían acabado descubriendo, y el resultado habría sido el mismo. ¿Te apetece salir a cenar esta noche?

–Ya te diré. Me he comprometido a ir a Ancombe con la Carsely Ladies' Society. Seremos sus invitadas. Van a representar una especie de revista musical.

–Vaya, vaya, los encantos de la vida en el campo. Que te diviertas.

–¿En la Ladies' Society de Ancombe? ¿Bromeas?

–Y entonces ¿por qué vas?

–La señora Bloxby cuenta conmigo.

–Oh, en ese caso...

Agatha no era religiosa. A menudo pensaba que no creía en Dios en absoluto. Pero sí era supersticiosa y sintió vagamente que el castigo divino por la muerte de sir Desmond empezaba a tomar cuerpo cuando la señora Bloxby le preguntó, disculpándose, si le importaría llevar a los Boggle a Ancombe en su coche.

–Lo sé, Agatha –dijo la señora Bloxby en un tono de arrepentimiento–, pero pusimos los nombres en un sombrero antes de que llegara y le tocaron a usted. Ancombe no queda lejos, unos cinco minutos en coche como mucho.

–De acuerdo –accedió Agatha en un tono sombrío.

Se acercó en coche hasta la casa de los Boggle, una finca llamada Cullogen, de protección oficial. Como la mayoría de la gente que vivía allí, habían comprado su casa. «Cómo se le pudo siquiera pasar por la cabeza a James que yo me viniera a vivir a un sitio como éste», pensó Agatha. Aunque había que reconocer que la casa de piedra estaba bien construida, era idéntica a todas las que la rodeaban. Se quedó contemplándola con desolación. La puerta se abrió y apareció la figura achaparrada de la señora Boggle, seguida de su marido.

–¿Se va a pasar todo el día ahí –gruñó la señora Boggle– o piensa ayudarme?

Agatha reprimió un suspiro y se adelantó para servir de apoyo a la corpulenta señora Boggle, que olía a patatas fritas y lavanda, de camino al coche.

Los Boggle subieron a la parte de atrás, mientras Agatha, como un chófer, se ponía al volante. La señora Boggle le clavó un dedo en la espalda cuando estaba a punto de arrancar.

–Nosotros no deberíamos ir con gente como usted –dijo–. Pobre señor Lacey. Qué desgracia.

Agatha se dio la vuelta, con la cara encendida.

–Cállese, vieja arpía –replicó con rabia–. O vaya a pie.

–Se lo diré a la señora Bloxby –murmuró la señora Boggle, pero después permaneció en silencio durante todo el trayecto a Ancombe.

Agatha ayudó a bajar del coche a los Boggle delante del salón de actos de la iglesia de Ancombe y los mandó dentro. Luego fue a buscar a la señora Mason, la presidenta del grupo de Carsely, a la señorita Simms, la secretaria,

y a la señora Bloxby.

–Es una pena que haya tenido que traer a los Boggle –dijo la señorita Simms, la madre soltera de Carsely–. Pero no se preocupe, la última vez me tocaron a mí.

–No sabía que tuviera coche –dijo Agatha.

–Mi novio me compró uno. Poco salario para tanto pecado. No es un Porsche sino un viejo Renault Cinco oxidado.

Agatha se volvió hacia la señora Bloxby.

–¿La mujer que compró mi *cottage* se ha hecho miembro de la Ladie’s Society?

–Fui a ofrecérselo –explicó la mujer del vicario–, pero dijo que no quería que la molestaran y me cerró la puerta en las narices.

–Foca maleducada –dijo Agatha–. Oh, ¡si no hubiera vendido mi *cottage*! Más vale que busque otra casa. No puedo vivir para siempre con lo que llevo en la maleta que tengo en casa de James. –Y entró en el salón de actos.

–Vaya, eso sí que es noticia –dijo la señorita Simms quitándose una hebra de tabaco de entre los dientes–. Creía que la boda se celebraría tarde o temprano.

Doris Simpson, la mujer de la limpieza de Agatha, se unió a ellas.

–Pobre Agatha –se lamentó–. Echa en falta su casa, y yo echo en falta el trabajo.

–¿No limpias para el señor Lacey? –preguntó la señorita Simms.

–No, él se encarga de la limpieza de su propia casa, y, qué quieres que te diga, eso no es propio de un hombre.

–Yo tuve un novio así una vez. Me dejó y se fue con otro hombre –explicó la señorita Simms–. Todo acaba saliendo.

–No me parece que el señor Lacey tenga ese tipo de inclinaciones –repuso la señora Bloxby.

–Nunca se sabe. Algunos no salen del armario hasta que son bastante mayores y entonces van por ahí diciendo: «Así es la vida», y le dan una patada en el culo a la mujer y a los hijos –señaló la señora Simpson.

–Sí, todo es cuestión de culos –dijo la señorita Simms, y se rio a carcajadas.

–Señoras, ¿qué les parece si entramos? –las invitó la mujer del vicario.

El espectáculo consistía en canciones y breves números de comedia. Igual que sucedía en las obras de aficionados, la cantante que pasaba más tiempo en el escenario era precisamente la que tenía menos voz y había decidido interpretar una selección de temas de musicales de Andrew Lloyd Weber, pero no llegaba a las notas más agudas, se apagaba en las graves y chirriaba con estridencia en las medias. Su interpretación de «Don't Cry for Me, Argentina» era, pensó Agatha con amargura, música que aturdiría a los cerdos.

Por lo general, cuando asistía a algún acto que la aburría, le entraban ganas de volver a su casa con sus gatos. Pero ahora únicamente podía volver al *cottage* de James, donde sólo parecía existir, y a regañadientes, en la periferia de la ordenada vida del dueño.

«Maldita sea esa Hardy», pensó. Y entonces reprimió un grito que estuvo a punto de escapársele. La señora Hardy, ¡ésa podía ser la clave! Nadie tenía ni la más remota idea de dónde había salido. ¿Alguien sabía algo de ella? Y su llegada al pueblo había coincidido con la muerte de Jimmy Raisin. Agatha apenas oyó nada del resto del concierto. Quería volver corriendo a casa y compartir sus sospechas con James, pero tenía que tomar el té después del espectáculo y además llevar a los quejicas de los Boggle a su casa.

Cuando por fin quedó libre, su magnífica idea se había empañado por crecientes dudas. Pero aun así, confió a James sus sospechas. Para su alivio, él la escuchó con seriedad y dijo:

–Yo también me había hecho algunas preguntas respecto a esa mujer. No parece que sirva de mucho intentar hablar con ella, no da la impresión de ser muy locuaz, por decirlo suavemente.

Llamaron a la puerta y Agatha fue a abrir. La señora Bloxby se hallaba en el umbral.

–Pase –dijo Agatha.

–No puedo. Le he traído la bufanda; se la dejó en el salón de actos. Ahora voy a recoger las llaves de la señora Hardy. Por alguna razón quiere que le guarde las de reserva mientras está en Londres. Le dije que se las dejara a nuestro policía, Fred Griggs, pero respondió que no quería hacerlo.

–¿Cuándo se va? –quiso saber Agatha.

–Ahora mismo, me parece. Será mejor que me acerque.

Agatha le agradeció que le hubiera traído la bufanda y volvió adentro con expresión reflexiva.

–Ha pasado algo –dijo mientras se sentaba delante de James–. La Hardy se va a Londres y le ha dejado las llaves de reserva a la señora Bloxby. ¿No sería interesante pasarse a echar un vistazo?

–De ningún modo podemos pedirle las llaves a la señora Bloxby. Y, la verdad, no me apetece intentar forzar una puerta a plena luz del día.

–Pero yo tengo otro juego de llaves. Las encontré en mi maleta.

–¿No habrá cambiado las cerraduras?

–Tengo la impresión de que es de las que no hacen ningún gasto si pueden evitarlo. Oh, imagínatelo James, ¿y si resulta ser la señora Gore-Appleton?

–Eso es esperar demasiado. Pero sí me gustaría saber más cosas de ella. ¿Cómo entramos sin que nadie nos vea? En el pueblo siempre te cruzas con alguien cuando menos te lo esperas, y no podemos aguardar hasta medianoche. ¿Te ha comentado la señora Bloxby cuándo pensaba volver?

–No. Pero tengo la llave de la puerta de atrás. Lo único que tenemos que hacer es salir por la valla de tu jardín y luego saltar la del mío..., quiero decir la del suyo.

–Muy bien. Iré fuera a arrancar hierbas del jardín para ver cuándo se va.

James, inclinado sobre un parterre, pensó al cabo de media hora que la señora Hardy tal vez hubiera cambiado de opinión, pero, entonces, cuando ya se erguía, se vio recompensado por la visión de aquella cara malhumorada detrás del volante de su coche, saliendo por Lilac Lane. Se quedó quieto y estiró el cuello, oyendo cómo el ruido del coche se desvanecía por el pueblo; luego lo vio ascender por la colina de salida de Carsely.

Regresó a la casa.

–Muy bien, Agatha –dijo–. Vamos.

Agatha pasó por encima de la valla del jardín de James, y tuvo la impresión de que el trabajo de detective resultaba demasiado atlético para una mujer de negocios de mediana edad. James había saltado con facilidad, cruzado el estrecho callejón que discurría entre su jardín y el de la señora Hardy, y ya estaba saltando la otra valla.

El hecho de que James esperara que ella trepara tras él sin ofrecerle ayuda sulfuró a Agatha. Sintió que la estaba tratando como a un hombre. De repente deseó que volviera a fijarse en ella, que la mirara como un hombre debe mirar a una mujer. Pensó que cuando llegara a lo alto de la valla de la señora Hardy le pediría ayuda. Él estiraría los brazos, ella se dejaría caer en ellos con los ojos cerrados y entonces susurraría: «James, oh, James».

–¡Ayuda! –gritó en voz baja. Luego se cayó al otro lado de la valla, trastabilló y acabó boca abajo en un parterre.

Se puso en pie y lanzó una mirada asesina a su alrededor. James, totalmente ajeno al guión romántico que ella había escrito para él, estaba abriendo la puerta de la cocina. Entonces Agatha se recordó que ya no lo amaba. Lo que pasaba es que se había acostumbrado a estar enamorada, a tener la cabeza tan llena de sueños chispeantes que, sin ellos, se sentía sola. Y no se tenía a sí misma por muy buena compañía.

Miró el que había sido su jardín mientras se encaminaba hacia la puerta trasera de la casa. Tenía un aire descuidado, habían crecido malas hierbas.

Dentro de la casa, miró la cocina. Estaba resplandeciente y como esterilizada. Abrió la nevera. No había más que una botella de leche y un poco de mantequilla. Estaba a punto de abrir el cajón del congelador cuando James dijo a su espalda en un tono irritado:

–No hemos venido aquí a curiosear lo que come, sino a averiguar quién es.

Agatha lo siguió hasta el salón. Nunca se había considerado una mujer con gusto, pero ahora, al mirar a su alrededor, a lo que antes había sido un salón acogedor y coqueto, sintió como si su *cottage* hubiera sufrido una especie de violación. El suelo estaba cubierto por una moqueta de color champiñón. Había un tresillo de terciopelo también de color champiñón, adornado con borlas doradas en los brazos y flecos dorados por encima de las

patas cortas. Una mesita de cristal baja lanzaba destellos fríos. No había fotografías ni libros. Su preciosa chimenea había sido tapada y delante de ella había colocado una estufa eléctrica con patas de imitación.

—Aquí no hay nada —dijo James—. Miremos arriba. Más vale que te quedes aquí por si la oyes volver.

Y Agatha se alegró, porque era lo que prefería antes de ver lo que la señora Hardy había hecho al resto de su casa. Se acercó a la ventana y se asomó. Había llegado el otoño. Una bruma fina se enredaba en las ramas del arbusto de lilas de la puerta. El agua goteaba desde el tejado con un sonido lúgubre.

De repente, Agatha se preguntó qué pintaba ella viviendo en el campo, un sentimiento que sólo la asaltaba durante el otoño. El problema eran las brumas de los Cotswolds. El último invierno no había sido muy malo, pero el del año previo sí había sido espantoso, y había tenido que arrastrarse como había podido a Moretonin Marsh o a Evesham para hacer las compras con las luces de niebla encendidas, a veces sin saber si seguía avanzando por la carretera o no, conduciendo de vuelta a casa por la noche cuando la niebla parecía levantarse y adoptaba formas cambiantes como de pilares, mientras le dolían los ojos y suplicaba que soplara el viento y se llevara la bruma.

En Londres había tiendas, bien iluminadas, había metros y autobuses, teatros y cines. Por descontado, todo eso también lo tenía en Oxford, pero Oxford quedaba a casi cincuenta kilómetros, cincuenta kilómetros de carretera cubierta de nieve.

Oyó que James la llamaba en voz baja:

—Más vale que subas.

Ella corrió escaleras arriba.

—Aquí —la llamó él—. En el dormitorio principal.

La habitación estaba dominada por una gran cama con dosel, una cama moderna.

—¿Cómo ha podido subir eso por las escaleras? —se maravilló Agatha.

—Tanto da. Fíjate en esto, pero no toques nada. Lo dejaré todo tal como estaba cuando lo encontré.

Había papeles esparcidos por el suelo. Agatha se arrodilló y los examinó. Cualquier esperanza que hubiera albergado de que la misteriosa señora Hardy fuera la desaparecida señora Gore-Appleton se desvaneció rápidamente.

Había un certificado de nacimiento: Mary Bexley, nacida en Sheffield en 1941. Luego, un certificado de matrimonio: Mary Bexley había contraído matrimonio con John Hardy en 1965. Y un certificado de defunción de John Hardy, fallecido en accidente de tráfico en 1972.

Cartillas y cuentas bancarias a nombre de Mary Hardy. Había fotografías, aburridas y sosas. Parecía que el difunto señor Hardy había sido director de una empresa de electrónica. Fotos del señor Hardy en su trabajo. Nada de hijos.

–Bueno, es lo que hay –comentó Agatha, sombría, mientras se incorporaba.

James volvió a dejarlo todo en su sitio con cuidado.

–Mañana probaremos con la señorita Janet Purvey –dijo.

La señorita Janet Purvey vivía en Ashton-Le-Walls, bastante cerca de la clínica-balneario. Era un pueblo adormilado envuelto en la espesa niebla que insistía en inundar la campiña. Las rosas tardías caían sobre las paredes de los *cottages*, las alegrías, ennegrecidas, sufrían por la primera escarcha del otoño colgando a lo largo del borde de los parterres. Los árboles se tornaban rojizos y los pájaros cantaban con tristeza, emitiendo lo que parecían los únicos sonidos del pueblo de Ashton-Le-Walls, donde nada ni nadie, salvo Agatha y James, parecía habitar en la niebla.

El año llegaba a su final y Agatha se sentía perdida, extraña y sin amor. Lo único que parecía mantenerla unida a James era aquella investigación. Creía que cuando ésta acabara, se separarían, cada uno por su lado, más alejados de lo que nunca lo habían estado, como si nunca hubieran yacido en los brazos del otro.

Un poema antiguo que había aprendido en la escuela le vino inesperadamente a la cabeza:

Viento del oeste, ¿cuándo soplarás?

La lluvia cae fina,
¡Dios, si mi amor estuviera en mis brazos
y yo de nuevo en mi lecho!

Tenía la sensación de que si el viento se llevara la bruma y la niebla, su ánimo mejoraría. El otoño parecía haberle impregnado el cerebro, con su oscuridad y hojas caídas y el espectro obsesivo de la descomposición y la vejez.

La señorita Purvey vivía en un *cottage* llamado The Pear Tree, en el centro del pueblo. Formaba parte de una hilera de pequeñas casas, oscuras, reservadas y mortecinas en la niebla.

Agatha no le había preguntado a James si sabía qué edad tenía la señorita Purvey y temía encontrarse con una sofisticada rubia que atrajera sus atenciones.

Su primera impresión al ver a la señorita Purvey cuando abrió la puerta fue de alivio; la segunda, de desdén, acompañada del pensamiento: «Menuda bruja arrugada».

Las mujeres de mediana edad, como Agatha, pueden ser sumamente crueles con las ancianas, seguramente porque están contemplando lo que les espera en su futuro inmediato. La señorita Purvey tenía, en realidad, unos setenta años, una boca que recordaba a la de Popeye, una nariz pequeña, ojos húmedos y chispeantes, y un cabello cano envarado por una permanente. La cara era arrugada y cetrina. Sólo en Gran Bretaña, pensó Agatha mirando la línea hundida de la mandíbula y la barbilla, y la boca caída, podías toparte todavía con mujeres acaudaladas que preferían que les quitaran los dientes. Seguía siendo el país de George Orwell, el país de gente con mala dentadura o sin ningún diente.

–Nada de periodistas –dijo la señorita Purvey con voz engolada.

–No somos periodistas –repuso James–. ¿Es que la ha visitado la prensa últimamente?

–No, pero la policía me ha hecho preguntas impertinentes. ¿Son Testigos de Jehová?

–No, nosotros...

–¿Venden algo?

–No –dijo James con paciencia.

–Entonces ¿qué? –La puerta empezó a cerrarse lentamente.

–Soy la señora Agatha Raisin –dijo Agatha colocándose delante de James.

–¿La viuda de ese hombre que asesinaron?

–Sí.

–Pues lo siento mucho por usted, pero no puedo ayudarla.

James tomó la palabra:

–Yo creo que tal vez sí pueda, señorita Purvey. Me parece que es usted una mujer encantadora e inteligente. –Sonrió y la señorita Purvey le devolvió inesperadamente la sonrisa–. Estamos intentando averiguar qué hizo el marido de la señora Raisin en la clínica-balneario. Necesitamos a una *dama* con facultades de observación y no un frío informe policial.

–Bueno... –vaciló–. Mi madre siempre decía que yo me fijaba en cosas que a los demás se les pasaban por alto. Entren.

Agatha siguió rápidamente a James al interior de la casa, con la sensación de que a la señorita Purvey le habría encantado cerrarle la puerta en las narices.

La casa era tan oscura como el día en el exterior. Un pequeño fuego ardía en una chimenea del salón. Había fotografías por todas partes: en las numerosas mesitas, en el piano vertical del rincón, en la repisa de la chimenea, viejas fotografías tomadas en días soleados ya olvidados.

–Y así –empezó a decir James cuando se hubieron sentado–, ¿habló con el señor Raisin?

–Sólo un poco –contestó la señorita Purvey–. Y, para serle sincera, me sorprendió que un tipo de persona como él estuviera en una clínica tan cara como aquélla.

–Pero usted lo vio –dijo James–, ¿qué impresión le causó?

Ella se llevó la mano a la frente, un poco como el Dodo de *Alicia*, y frunció el ceño.

–Era muy sociable con todos, charlaba por los codos y saltaba de mesa en mesa durante las comidas. Tenía una risa muy escandalosa. La ropa que vestía era buena, pero no parecía suya. No era un caballero.

–¿Y la señora Gore-Appleton?

–Ella parecía bastante correcta. Pero demasiado mayor para teñirse el pelo con aquel inverosímil tono dorado, y la ropa deportiva que se vestía era demasiado chillona.

–¿Estaba enamorada del señor Raisin? –preguntó James.

–Se comportaban como una pareja, y una vez la vi salir de su habitación en plena noche. –Los labios de la señorita Purvey se fruncieron con tal fuerza para manifestar su desaprobación que desaparecieron entre las arrugas de su cara.

–Pero usted no tuvo nada que ver con él personalmente, ¿no? –intervino Agatha.

–Él... esto... se me *insinuó*. Así se dice ahora, ¿no? Pero yo no quise saber nada.

Tanto a Agatha como a James les vino a la cabeza el mismo pensamiento a la vez: costaba imaginar a la señorita Purvey rechazando las insinuaciones de cualquier hombre. Aquella mujer destilaba un ardiente interés al mirar a James y no paraba de estirar la mano para tocarlo.

–Pero entonces –prosiguió– desvió sus atenciones hacia lady Derrington, o la mujer que, deduzco ahora, no era lady Derrington. Me temo que esas clínicas-balneario alientan una *moral laxa*.

–¿Le comentó la policía lo del chantaje? –preguntó James.

–Sí, lo hicieron. Pero, como ya les señalé, todavía quedan *damas* en estos tiempos que corren. –La mirada de la señorita Purvey se posó fugazmente en Agatha, como si no la incluyera en esa categoría.

–¿Se le ocurre alguien al que podría haber chantajeado? –La voz de Agatha sonó afilada por la repugnancia.

–No sé si la chantajeaba o no, pero había una tal señora Gloria Comfort. Él iba a por ella y a la señora Gore-Appleton no parecía importarle.

–¿Cómo era en realidad la señora Gore-Appleton? –preguntó Agatha–. No me refiero a su apariencia física, sino a su carácter.

–Bueno, como les he dicho, era una dama –admitió a regañadientes la señorita Purvey, que una vez más clavó la mirada en Agatha–. Y aunque su ropa era inapropiada, sin duda era muy cara. Tenía una buena figura, se la veía fuerte, aunque estaba delgada.

«Así que adiós señora Hardy», pensó Agatha, evocando la imagen de aquella mujer de complexión corpulenta. Todavía albergaba la esperanza de que la señora Hardy resultara por arte de magia ser la desaparecida señora Gore-Appleton, aunque, en realidad, lo que deseaba desesperadamente era recuperar su *cottage*.

Agatha empezó a removerse con gesto nervioso. Ahora detestaba a la señorita Purvey y aquel pequeño y oscuro salón le resultaba claustrofóbico.

Sin embargo, James parecía resuelto a seguir hablando del tema y, para consternación de Agatha, aceptó un café y fue tras la señorita Purvey a la cocina para ayudarla. Agatha dio una vuelta por el salón mirando las fotografías. En todas aparecía la señorita Purvey en diferentes etapas de su vida. A Agatha le sorprendió que, de joven, hubiera sido muy bonita. ¿Por qué no se había casado? Había fotos de los padres y de quien parecían dos hermanos. Había una de la señorita Purvey en su puesta de largo, en la época en que las jóvenes debutantes todavía se presentaban ante la reina, así que la familia debía de ser de clase acomodada. Oyó voces que llegaban de la cocina y luego a la señorita Purvey dejando escapar una risa coqueta. ¡Maldito James!

Volvieron juntos de la cocina, la señorita Purvey con su cara envejecida ahora ligeramente sonrosada. Para asombro de Agatha, la actitud de la vieja hacia ella había cambiado. Le insistió para que probara sus pastas y luego charló sobre la vida en el pueblo y el trabajo que ella llevaba a cabo para el Women's Institute.

—Las damas como nosotras, señora Raisin —dijo—, debemos aportar nuestro granito de arena.

—Sí —coincidió Agatha sin mucho convencimiento, preguntándose qué habría provocado ese cambio y sin sospechar que James le había susurrado a la señorita Purvey que Agatha era sobrina del duque de Devonshire, lo cual, por cierto, era mentira.

—Aunque dije que la señora Gore-Appleton era una dama —confesó la señorita Purvey poniendo una mano arrugada sobre la rodilla de Agatha—, me dio la impresión de que había acabado mal, no sé si me entiende. Es difícil precisarlo pero se le notaba cierta chabacanería, cierta sordidez, y algo más..., no sé muy bien qué, pero a mí me daba bastante miedo. Como le

contaba al señor Lacey, recuerdo que ella empezó a hablar conmigo hacia el final de mi estancia. Me habló de dinero y negocios, y me contó que dirigía una institución de obras benéficas. Dijo que hoy en día todo el mundo tiene preocupaciones económicas y yo le dije que a mí las cosas no me iban mal, gracias, y entonces me preguntó si quería contribuir a su institución. Pero cuando me enteré de que era para los sin techo, me negué. Dije que si esa gente estaba sin hogar era por su propia culpa.

Para alivio de Agatha, James perdió de repente cualquier interés en nada que la señorita Purvey tuviera que decir y dejó la taza en la mesa.

–Gracias por su hospitalidad. Lamentándolo mucho, ahora tenemos que irnos.

–Oh, ¿de verdad? Creo que podría ayudarlos.

–Ya nos ha sido de gran ayuda –repuso James con cortesía.

–Es muy amable por su parte –dijo Agatha, que se puso en pie y recogió su bolso y sus guantes–. Pero no veo cómo...

–Mis facultades de observación –exclamó la anciana–. Sería una detective estupenda. A ver, un momento, señor Lacey –añadió con picardía–, usted mismo me ha comentado que soy un sabueso de primera.

–Así es –se apresuró a decir él, que sacó una tarjeta de su bolsillo y se la dio–. Si descubre algo más, me encontrará en esta dirección.

Una vez se hubieron ido, la señorita Purvey empezó a dar vueltas por el pequeño salón de su casa. Se sentía excitada y eufórica. ¡Ese apuesto señor Lacey la había mirado de una manera...! Se acercó a la ventana y miró al exterior tras frotar el cristal. La bruma había adquirido un tono amarillento que indicaba que, muy en lo alto, el sol se esforzaba por abrirse paso.

La señorita Purvey sintió una súbita nostalgia de las luces y las tiendas de Mircester. Decidió ir a ver a una amiga íntima, Belinda Humphries, propietaria de una tienda de ropa en unas galerías comerciales de allí. Ya se regodeaba en el placer de describir a James Lacey y en cómo la había mirado. Por supuesto, se había presentado con la señora Raisin, pero ella le había

preguntado en la cocina si al final iban a casarse, a lo que él le había respondido: «Ahora no», y ella, la señorita Purvey, era sólo un poco mayor que la señora Raisin.

Se puso el abrigo y ese tipo de sombrero de fieltro que tanto les gusta a las inglesas de clase media y salió para coger su Ford Escort, que estaba aparcado en la calle, delante del *cottage*.

Condujo despacio y con cuidado hasta incorporarse a la carretera de doble sentido que había a unos kilómetros del pueblo, y tras pasarse al carril rápido, condujo a unos inamovibles cincuenta por hora, aparentemente sorda a los furiosos bocinazos y luces de aviso de los conductores que circulaban detrás de ella.

Para su consternación, la niebla empezó a espesarse a medida que se aproximaba a Mircester. Encontró una plaza de aparcamiento en la plaza principal, se apeó, cerró el coche con llave y se encaminó a las galerías comerciales. Un pulcro rótulo colgado en la puerta de cristal rezaba «CERRADO». Chasqueó la lengua, decepcionada. Había olvidado que ese día en Mircester sólo abrían hasta el mediodía.

Se sentía demasiado tensa para volver a casa. Por descontado, podría haberse pasado por el *cottage* de Belinda, pero éste se encontraba en un pueblo a treinta kilómetros de Mircester en la dirección opuesta a su casa.

La señorita Purvey optó por darse el lujo de ir al cine. Había en cartel una película de Bruce Willis, *Jungla de cristal*, y a la señorita Purvey Bruce Willis le parecía muy excitante. Ya la había visto, pero sabía que se lo pasaría muy bien viéndola de nuevo.

Compró una entrada en la taquilla y se sentó en la sala que todavía estaba iluminada. La película empezaría dentro de unos minutos.

La señorita Purvey se acomodó y sacó de su bolso un paquete de caramelos de menta fuerte, extrajo uno y se lo metió en la boca. No había mucha gente en el cine. Se dio la vuelta para ver si conocía a alguien y en ese momento su mirada se quedó clavada en la persona que estaba sentada en la fila de detrás de ella, un poco a su izquierda. Volvió a su posición inicial, de cara a la pantalla, y se envaró en la butaca. No le cabía duda de que había visto antes aquella cara.

Se volvió de nuevo y dijo con su voz alta y engolada:

—¿No le he visto antes en alguna parte?

Kylie, la acomodadora, tenía cincuenta y tantos años, y los pies fastidiados. La época en la que las acomodadoras eran unas jovencitas coquetas con bandejas de helados hacía mucho que había pasado a la historia. Los helados y las palomitas se compraban en un quiosco del vestíbulo, y dentro, mujeres cansadas de mediana edad acompañaban a la gente a su butaca y revisaban la sala cuando se quedaba vacía para asegurarse de que nadie se hubiera dejado nada de valor.

Al ver a la solitaria figura sentada hacia el centro de una de las filas del medio Kylie pensó: «Aquí tenemos a otro viejo pensionista que se ha quedado dormido». Costaba mucho tener paciencia con esos ancianos. Algunos de ellos ni siquiera sabían dónde estaban ni quiénes eran cuando se despertaban. Los Cotswolds se estaban convirtiendo en un geriátrico.

Recorrió la fila por detrás de la figura inmóvil e, inclinándose hacia delante, le sacudió un hombro. Era como en una película de Hitchcock, pensó Kylie, mientras el corazón se le subía de un salto a la garganta. La figura se desplomó lentamente hacia un lado. Kylie se quedó boquiabierta, se inclinó y le iluminó la cara con la linterna porque, aunque las luces de la sala estaban encendidas, eran bastante tenues.

Los ojos saltones de la señorita Purvey le devolvieron una mirada vidriosa. Tenía una bufanda retorcida con furia alrededor del viejo cuello escuálido.

La conmoción hace que la gente reaccione de maneras extrañas. Kylie fue rápidamente al vestíbulo y le pidió a su colega acomodadora que avisara al encargado, y luego llamó a la policía. Le dijo al hombre de la taquilla que saliera, cerrara las puertas del cine y no dejara entrar a nadie. Entonces se encendió un cigarrillo y esperó. Llegaron la policía y una ambulancia, luego los de la unidad de investigación criminal, un médico, y más tarde todo el equipo forense.

Kylie contó su historia varias veces; la llevaron a la comisaría, donde volvió a repetirlo todo y, por último, firmó una declaración.

Aceptó que la acercaran a casa en un coche de la policía y le dijo a la joven y guapa agente que estaría perfectamente en cuanto se hubiera tomado una taza de té.

Cuando entró en casa, su marido salió andando con torpeza del salón. Llevaba puesta su chaqueta de punto favorita, ya apolillada, y tenía restos de huevo duro pegados al bigote.

—¡Te odio! —chilló Kylie, y entonces se echó a llorar.

CINCO

Esa noche, James y Agatha regresaron a Lilac Lane caminando entre la niebla desde el Red Lion. Iban callados. Los vecinos habían llegado a la conclusión de que ya no eran sospechosos de asesinato y así, en lugar de con un silencio frío, los habían recibido con una calurosa acogida, y luego habían tenido que soportar una sucesión de bromas pesadas, cuando a todos les dio por preguntar cuándo iban a dar la fecha de su boda.

James no había querido afirmar tajantemente que no tenía intención de casarse jamás con ella porque eso habría sido de mal gusto, así que fue la contundente Agatha la que de repente anunció en voz alta: «No estamos hechos el uno para el otro; no nos casaremos, ¡no hay más que hablar!».

Y, en lugar de estarle agradecido por haberlo aclarado todo, James tenía la vaga sensación de que Agatha lo había rechazado en público y estaba de un humor de perros.

Ella le agarró del brazo.

–¡Mira! –gritó.

Bajo la iluminación de seguridad de delante de la puerta de James se encontraban el inspector jefe Wilkes, Bill Wong y Maddie.

–¿Qué habrá pasado ahora? –preguntó James–. Oh, Dios, espero que la señorita Purvey no se haya suicidado también.

Wilkes esperó a que se acercaran y entonces dijo:

–Más vale que entremos.

James los hizo pasar. Todos se quedaron de pie en el salón.

–Siéntense –indicó Wilkes con una expresión grave en su cara sombría–, esto puede llevar tiempo. ¿Han visitado hoy a la señorita Janet Purvey?

–Sí –contestó Agatha–. ¿A qué viene todo esto?

–Y ¿dónde han estado los dos esta tarde?

–Antes de que siga –dijo James–, creía que sólo en las películas la policía hacía preguntas sin explicar la verdadera razón por la que preguntaba. Así que, ¿por qué no nos lo cuentan? Es evidente que le ha pasado algo malo a la señorita Purvey.

Bill Wong tomó la palabra mientras con los ojos entrecerrados examinaba las caras de James y Agatha.

–Esta tarde han encontrado a la señorita Purvey estrangulada en el Imperial Cinema de Mircester. Así que nos vemos en la obligación de preguntarles de nuevo: ¿qué han hecho esta tarde?

–Deberías saber, Bill, que ninguno de los dos tiene nada que ver con su asesinato –exclamó Agatha.

–Limítese a responder la pregunta –intervino Maddie con una voz monocorde y seca.

–Sí, esta mañana hemos visto a la señorita Purvey –explicó James–. Hasta donde pudimos averiguar, no la habían chantajeado ni tampoco había tenido mucha relación con la señora Gore-Appleton o con Jimmy Raisin mientras estuvo en la clínica-balneario. Cuando la dejamos, entramos en un pub de Ancombe a comer unos sándwiches y luego volvimos aquí. Agatha fue a Moreton a hacer algunas compras y yo me quedé en casa. La señora Bloxby se pasó por aquí mientras Agatha estaba fuera y se quedó a tomar un café.

Bill se volvió hacia Agatha:

–¿Te vio alguien en Moreton?

–Claro –dijo Agatha–. Entré en Drury's, la carnicería, luego en el supermercado de Budgen..., ah, y en la librería de las galerías. Luego me tomé un café en la Market House Tea Room. Habrá gente que me recuerde.

–Lo comprobaremos todo –dijo Maddie, y Agatha le dedicó una mirada de pura antipatía.

Wilkes se inclinó hacia delante.

–Bien, volvamos al principio. Tengo entendido que el detective Wong los advirtió de que no siguieran haciendo de detectives aficionados. Pero no han podido evitarlo, ¿no? Así que empiecen por el principio de su visita a la señorita Purvey.

James describió todo lo que habían hablado, omitiendo un detalle importante del que Agatha se percató enseguida, aunque guardó silencio: James se abstuvo de mencionar que la señorita Purvey se había ofrecido a hacer también de detective.

Wilkes se volvió entonces hacia Agatha y ésta tuvo que contar su versión de los acontecimientos.

El interrogatorio se alargaba. Por fin, Wilkes dijo:

–Tienen que acompañarnos a comisaría a prestar declaración. Otra muerte es demasiado difícil de digerir. Como ya les he dicho, sé que Wong los avisó de que se ocuparan de sus propios asuntos y dejaran el trabajo de detectives a la policía.

–¿Por qué fue la señorita Purvey a Mircester después de que la dejáramos? –preguntó Agatha.

Wilkes suspiró.

–Supuestamente para ir al cine. Sobre lo demás sólo podemos hacer conjeturas. Es posible que les ocultara algo y telefonara a alguien para quedar. O alguien la vio en el cine, la reconoció y creyó que suponía una amenaza. Pero dejen que lo averigüemos nosotros.

Los tres policías les hicieron más preguntas antes de marcharse.

Luego, Agatha y James se miraron sumidos en un silencio sombrío.

Finalmente, James dijo:

–Agatha, nada de esto es culpa nuestra. Nosotros no la estrangulamos. Pero de todo esto saldrá algo bueno, por así decirlo: el interés de la prensa se renovará. Publicarán aquella entrevista que nos hicieron. La gente sabrá que estamos buscando a la señora Gore-Appleton y seguro que alguien dirá algo.

–Ojalá todo este lío hubiera acabado –repuso Agatha con voz cansada–. Tal vez tendríamos que dejarlo todo en manos de la policía.

–Bueno, ya sólo nos queda un nombre –señaló James–. La señora Gloria Comfort, que también vive en Mircester, cerca de la abadía. E incluso si *The Bugle* no publica la noticia, algún otro periódico querrá hablar contigo. Tendría que producirse una catástrofe mundial para no publicar nada en los periódicos.

A la mañana siguiente, James se levantó temprano, salió y compró todos los periódicos. Le llamaron la atención los chillones titulares negros. Yeltsin había sido derrocado. Los generales de Moscú habían dado un golpe de Estado. La guerra fría había vuelto. Los periódicos venían llenos de noticias en primera plana, y en las interiores había artículos interminables de especialistas. El asesinato de una anciana solterona en Mircester merecía apenas un pequeño párrafo en todas las publicaciones. Lo que quedaba de Serbia apoyaba a los generales. Rusia empezaba a desgarrarse en una guerra civil.

Le llevó los periódicos a Agatha, que estaba jugando con sus gatos en el suelo de la cocina. Ella se levantó y los examinó en silencio.

–Al menos –dijo Agatha por fin–, podemos seguir investigando. Si hubiéramos sido el foco de atención de la prensa, habría resultado muy difícil.

Hablaron sobre la situación en el mundo y luego decidieron que podrían acercarse a Mircester a prestar declaración, ir a algún lado a comer y por último visitar a la señora Gloria Comfort.

Ese mismo día, un poco más tarde, Maddie y Bill Wong estaban tomando una taza de té en la cantina de la comisaría. Era la primera ocasión desde el interrogatorio a Agatha y James en que podían mantener una conversación privada.

–Y bien ¿qué piensas ahora de tu preciosa Agatha Raisin? –preguntó Maddie–. Esa mujer es como un buitres. Va dejando cadáveres allá por donde pasa.

–Eso es un poco cruel –protestó Bill–. Es posible que su visita a Derrington desencadenara su suicidio, pero se nos adelantaron por muy poco, y si el viejo tenía pensado suicidarse, lo habría hecho tarde o temprano. Y no tuvieron nada que ver con el asesinato de la señorita Purvey. La coartada de Agatha no deja lugar a dudas. Mira, Maddie, quiero que esto te quede claro: Agatha es amiga mía y me gustaría que dejaras de meterte con ella. No sé si

ella resolvió del todo aquellos crímenes anteriores, pero hizo que pasaran cosas al meter las narices en los asuntos; si no hubiera sido así, jamás habríamos descubierto a los asesinos.

–Tengo derecho a opinar lo que quiera –replicó Maddie–. Sólo tienes que fijarte en su extraña relación con Lacey. Su compromiso se rompe porque ella le ha mentado, y, aun así, viven juntos.

–Creo que encajan muy bien –murmuró Bill. Había invitado a Maddie a cenar en su casa para que conociera a sus padres esa misma noche, y no quería que nada saliera mal–. ¿Podemos estar de acuerdo en que no estamos de acuerdo?

–Como tú quieras, Bill. A ti te pone la vieja Agatha, ¿verdad?

–¡Pero si es lo bastante mayor para ser mi madre!

–Sólo me lo preguntaba.

Bill llevaba tiempo anhelando presentar a Maddie a sus padres. Pero ahora una sombra de inquietud se retorció en su cerebro. ¿Podría ser que su amada fuera... cómo decirlo, un tanto desagradable?

Agatha y James fueron en coche a Mircester. La niebla se había levantado y hacía un espléndido día de otoño. Los setos brillaban cargados de bayas de espino y los árboles rojizos y dorados flanqueaban los bordes de los campos arados.

–El campo no parece bonito al principio –comentó Agatha–. Yo echaba mucho de menos Londres. Luego me acostumbré. Empecé a fijarme en los cambios de estación y comenzó a parecerme precioso, como contemplar una sucesión de pinturas de paisajes, una detrás de otra. Salvo por esas nubes. Alguien tendría que hacer algo con esas nubes, James. Son como esas acuarelas tan detallistas y anodinas que pintan los aficionados de los Cotswolds. La luz también es distinta. Es como si se *inclinara* hacia el otoño.

Unos rayos de luz de sol dorada se filtraban entre los árboles hasta la carretera serpenteante que se extendía ante ellos. James frenó en seco cuando un torpe faisán vaciló delante de las ruedas, que crujieron sobre un suelo alfombrado de hayucos.

–No me gusta mirar al pasado –dijo Agatha con un hilo de voz–, pero en días como hoy, desearía no haberme metido jamás en este lío, y sé que no descansaré hasta que haya acabado. Ni siquiera puedo llorar a Jimmy. Creo que se había convertido en un mal bicho, y de no haber sido un miserable, seguramente seguiría vivito y coleando. Podría enfrentarme a un Jimmy vivo y quitármelo de encima para siempre, pero no puedo enfrentarme a un muerto. Se interpuso entre nosotros, James.

–Fuiste tú la que lo puso en medio, Agatha. Si te hubieras preocupado de averiguar si seguía vivo, podríamos haberlo aclarado todo.

Agatha sollozó sin llorar.

James apartó la mano del volante y le dio un fugaz abrazo.

–Tienes que darme tiempo, Agatha –dijo, y el corazón de ésta de repente alzó el vuelo esperanzado, como otro faisán que voló al verlos acercarse y pasó por encima de un seto.

Después de prestar declaración en comisaría fueron a buscar a la señora Gloria Comfort, y se llevaron una decepción al enterarse por los vecinos de que se había ido a vivir a uno de los pueblos de las afueras. Nadie conocía su dirección, pero uno de los vecinos recordaba que había vendido la casa a través de la inmobiliaria Whitney y Dobster.

Una vez allí, descubrieron para su alivio que el hombre que se había encargado de la venta de la casa de la señora Comfort en Mircester seguía trabajando en la empresa y se tragó de buen grado su historia de que eran unos viejos amigos que querían ponerse en contacto con ella. Les dio una dirección de Ancombe.

–¡Vaya! –exclamó Agatha una vez fuera de la inmobiliaria–, eso sí está *muy* cerca de Carsely, y también del escenario del crimen de Jimmy. ¿Crees que la policía se habrá pasado por ahí antes que nosotros?

–No lo sé. Ellos siempre tienen que hacer un montón de papeleo y trámites, y nosotros, no.

De repente, Ágata vaciló:

–Se enfurecerán si llegan y nos encuentran allí.

–Se está haciendo tarde. O bien ya han estado o bien irán mañana.

Ancombe era uno de esos pueblos de los Cotswolds del tamaño aproximado de Broad Campden que parecía demasiado perfecto para ser real. Muy pequeño pero con una iglesia antigua en el centro, *cottages* con tejado de paja, jardines hermosos y todo arreglado con suma pulcritud.

La señora Gloria Comfort vivía en uno de los *cottages* más bonitos, a la sombra que proyectaba la iglesia. No hubo respuesta cuando llamaron a la puerta.

–Probemos por detrás –propuso James–, oigo ruidos allí.

–Seguramente será ella retorciéndose en los estertores de la muerte –dijo Agatha, lúgubre.

Recorrieron el estrecho sendero que llevaba al patio de atrás. Una rubia regordeta estaba limpiando un parterre.

–Disculpe –dijo James, y ella se levantó y se dio la vuelta.

Tenía el pelo magníficamente teñido de rubio, sin rastro de raíces oscuras, pero su cara de mediana edad estaba hinchada y le brillaban los ojos a causa de una fina capa de humedad, la típica imagen de los adictos a beber demasiado. No iba vestida como debería para trabajar en el jardín; llevaba una especie de atuendo sofisticado pero barato: una chaqueta y una falda de tweed de corte ceñido, una blusa blanca con volantes, perlas y zapatos de tacón alto.

–¿Señora Comfort? –preguntó James.

–¿Recolectan dinero para algo?

–No, yo soy James Lacey y ella es Agatha Raisin.

–Ay, Dios, usted es la esposa del hombre que fue asesinado. Más vale que pasen. –Se tambaleó y sus tacones de aguja hicieron agujeros en el césped verde–. Le va bien al césped –comentó–, lo airea.

El interior iba más a juego con su vestido. Todo era asombrosamente vulgar. Unas espantosas cortinas fruncidas en las ventanas, figuras de caballos de metal de imitación, copias de obras de viejos maestros de la pintura en las paredes y una barra de cuero blanco acolchado en un rincón del salón. La señora Comfort se encaminó directamente a la barra.

–¿Una copa?

Agatha dijo que se tomaría un gin-tonic y James, un whisky.

–Bien –dijo la señora Comfort sentándose al borde de un sofá con demasiado relleno–, ¿de qué va todo esto?

–Usted estuvo en la clínica-balneario al mismo tiempo que Jimmy –empezó Agatha–. Nos interesa saber con quién habló. Y también lo que pueda decirnos de la mujer que le acompañaba, la señora Gore-Appleton.

La señora Comfort dio un largo trago al oscuro líquido que se había servido. Luego dijo:

–Cuesta recordar. Parece que sucedió hace muchísimo tiempo. Jimmy Raisin fue aclamado como un éxito de la clínica. Llegó hecho una pena y al final de la primera semana parecía otro hombre. No puedo decirles nada de la señora Gore-Appleton. No hablé con ella salvo por algún comentario intrascendente sobre el tiempo y lo espantoso que era pasar tanta hambre, ese tipo de cosas. Me temo que no pueda serles de gran ayuda.

–¿Ha venido a verla la policía? –quiso saber James.

–No. ¿Por qué querrían verme? Oh, ya, porque el señor Raisin fue asesinado.

–No es tan simple. Puede que no lo haya visto en los periódicos de hoy con todo el lío de las noticias internacionales, pero una tal señorita Purvey ha sido asesinada en Mircester.

–¿Purvey? ¡Purvey! Estaba en la clínica. Una solterona flaca. Pero eso no puede tener nada que ver.

–Jimmy Raisin era un chantajista –explicó Agatha.

La señora Comfort se atragantó con la bebida, pero se recompuso rápidamente.

–¡No me diga! –exclamó con buen ánimo–. Qué repugnante.

Agatha decidió jugársela:

–La verdadera razón por la que estamos aquí es que creemos que podría haberla chantajeado a usted.

–¡Cómo se atreve! No hay nada sobre lo que nadie pueda chantajearme. Y ahora, creo que deberían marcharse.

La señora Comfort se puso en pie y ellos la imitaron.

–¿No preferiría contárnoslo a nosotros primero? –preguntó James con amabilidad.

–¿Qué quiere decir con eso de a ustedes primero?

–La policía no tardará en presentarse y le hará las mismas preguntas. Lo siguiente será comprobar sus cuentas bancarias para ver si ha estado extrayendo sumas de dinero regularmente para pagar el chantaje o si alguna vez emitió un cheque a nombre de Jimmy Raisin.

Ella se sentó como si de repente le flaquearan las piernas. Su cara hinchada se arrugó y pareció a punto de llorar. Agatha y James volvieron a sentarse despacio.

Con gesto mudo, ella extendió su copa vacía hacia James. Él la cogió, la olisqueó y luego fue detrás de la barra de cuero blanco, la llenó con whisky y se la llevó. Aguardaron en silencio a que se la bebiera y entonces ella dijo:

–¿Por qué no contarle todo?

»Como he dicho, Jimmy Raisin llegó al centro hecho una piltrafa, pero no tardó en mejorar de aspecto. Era encantador y divertido y... bueno, los demás hombres parecían una pandilla de inútiles, y dado que yo era una mujer sola me pusieron en la misma mesa que la señorita Purvey, lo que hizo que me sintiera poco menos que una basura.

»Jimmy empezó a flirtear conmigo y luego una tarde me dijo que había ido al pueblo y tenía un par de empanadillas de Cornualles, esas de cebolla y carne, en su habitación. Fui con él porque tenía mucha hambre y nos reímos como colegiales en una fiesta de medianoche. Una cosa llevó a la otra y acabamos pasando la noche juntos. Al día siguiente nos comportamos muy dignamente. Por lo que a mí se refería no era más que un *affaire* de una noche. Estaba casada, felizmente casada, pero aquellas empanadillas de Cornualles me habían seducido como lo haría un champán reserva en otro momento.

Hizo una pausa para beber más whisky con ansiedad.

–¿Saben? Casi me había olvidado de aquello. Tan poco había significado para mí. Entonces, un día, justo después de que mi marido se fuera a trabajar (por entonces vivíamos en Mircester), Jimmy se presentó en casa. Dijo que, si no le pagaba, le contaría a mi marido lo de la noche que habíamos pasado juntos. Le mandé a la mierda. Era su palabra contra la mía, y yo lo negaría todo. Pero él le envió una carta a mi esposo describiendo ciertos detalles y... y... mi marido me pidió el divorcio.

Siguió un largo silencio.

Agatha preguntó en voz baja:

–¿Por qué nos cuenta esto? Usted no le pagó, así que nadie podría descubrir nada revisando sus cuentas bancarias.

Ella se encogió de hombros en un gesto cansino.

–Nunca se lo he contado a nadie. ¿Se imaginan la vergüenza? Treinta años de matrimonio a la basura, como si nada. *Odiaba* a Jimmy Raisin, pero no le maté. Soy demasiado cobardica. Estaba hecha polvo. Tantos años de vida en común, y Geoffrey, mi marido, no me perdonó. Aceleró el proceso de divorcio. Me sorprendió la generosidad del acuerdo que me ofreció aunque pronto averigüé el porqué. Lo descubrí porque es después del divorcio cuando tus mejores amigos vienen a contarte lo que tendrían que haberte contado antes: él había tenido un lío con una mujer de su oficina y lo único que hice yo fue ofrecerle un motivo en bandeja de plata.

–Y respecto a la señor Gore-Appleton –dijo James–, ¿Jimmy no le habló de ella, no le explicó por qué estaba allí acompañándola?

–Dijo que era una especie de aficionada a las buenas obras que pagaba su tratamiento, pero no comentó nada más. No hablábamos de muchas cosas, aparte de la clínica-balneario y de bromear sobre los espantosos ejercicios y la comida.

Empezó a llorar sin hacer ruido.

–Lo sentimos –dijo Agatha–. Sólo intentamos averiguar quién mató a Jimmy.

La mujer se secó los ojos y se sonó la nariz.

–¿Por qué? ¿A quién le importa?

–Hasta que descubramos quién lo asesinó, todos somos sospechosos, incluida usted.

Abrió los ojos, alarmada.

–No tendría que haberles contado que me acosté con él. No se lo dirán a la policía, ¿verdad?

Y los detectives aficionados, que seguían dolidos porque les habían ordenado que se mantuvieran al margen de la investigación, negaron con la cabeza.

–No se lo diremos –le aseguró Agatha, que rebuscó en su bolso y sacó una tarjeta–. Aquí están mi dirección y mi número. Si se le ocurre cualquier cosa que pudiera ayudarnos, por favor, llámeme.

–Muy bien. Ya estoy pensando.

–Mire –dijo James–, si pudiéramos dar con la señora Gore-Appleton, creo que llegaríamos a alguna parte. No hay pruebas de que ella participara en ese tinglado de los chantajes. Jimmy sólo le sacaba quinientas libras al mes a sir Desmond Derrington. La señora Gore-Appleton dio una dirección de Mayfair en la clínica, pero tiene toda la pinta de que se trata de una dirección falsa, aunque, créame, si ella hubiera participado en el delito, creo que sus exigencias habrían sido mayores, aunque no sabría decirle por qué. Es sólo una idea que me ronda en la cabeza. ¿Cómo era?

La señora Comfort frunció el ceño.

–Déjeme recordar...: rubia, bonita figura, puede que un poco musculosa, risa estentórea, voz algo engolada, parecía muy cercana a Jimmy, pero más como una madre que cuida de su hijo.

James recordó que la señorita Purvey dijo que había visto a Jimmy entrando en el dormitorio de la señora Gore-Appleton una noche, pero no dijo nada.

–Conmigo no habló mucho, pero, ahora que lo pienso detenidamente, tampoco con los demás –prosiguió la señora Comfort–, aparte de con Jimmy, claro. –Sus ojos húmedos se clavaron entonces en Agatha–: ¿Por qué se casó con él?

Agatha recordó a Jimmy cuando se casaron: un hombre temerario, apuesto, divertido. Luego fue sumiéndose paulatinamente en una sucesión de fases de sopor alcohólico mientras ella trabajaba de camarera, aunque emergía esporádicamente de su coma etílico para pegarla. Su matrimonio había sido breve y violento, y aún podía recordar la magnífica sensación de liberación que tuvo cuando lo abandonó para no volver a su lado nunca más.

–Yo era muy joven –dijo–. Jimmy empezó a beber mucho poco después de que nos casáramos, así que lo dejé. Fin de la historia.

De repente, James dijo:

–Ándese con cuidado, señora Comfort.

–¿Por qué?

–Hay un asesino suelto y es alguien que estuvo en esa clínica-balneario. De eso no me cabe duda. Alguien reconoció a la señorita Purvey y decidió acallarla para siempre. Es posible que Jimmy supiera algo de la señorita Purvey y la chantajeara. Que alguien hubiera retomado el chantaje donde Jimmy lo dejó. ¿Está segura de que no recuerda nada más, por nimio e insignificante que parezca, que pudiera ayudarnos?

–Sólo se me ocurre una tontería –contestó ella–, acerca de la señora Gore-Appleton.

–¿De qué se trata? –preguntó Agatha con interés.

–Bueno, en ocasiones me parecía que habría podido hacerse pasar fácilmente por un hombre.

James y Agatha la miraron sorprendidos.

–Era sólo una sensación. Tenía un cuerpo bastante musculoso. No es que fuera exactamente viril, pero tenía algo... ¿Han comprobado a todos los que se encontraban allí en las fechas en que estuve yo?

James negó con la cabeza.

–Sólo a los que vivían cerca de Mircester. Sir Desmond, la señorita Purvey y usted.

–Pero ¿por qué suponen que el asesino era alguien de los alrededores?

–Porque Jimmy Raisin fue asesinado en Carsely. Tuvo que ser alguien que vive cerca.

–Pero, si están tratando con un chantajista, o tal vez con un par de ellos –replicó la señora Comfort–, pueden haber seguido a sus víctimas a Londres o a Manchester ¡o a cualquier parte! En ese caso, Jimmy Raisin podría haber contado que iba a asistir a su boda.

–No me encaja –dijo Agatha–. Un amigo nuestro contrató a una detective para buscar a Jimmy Raisin y lo encontró viviendo en una caja de cartón en Waterloo. No parecía en condiciones de chantajear a nadie.

–Pero cuando se enteró de que usted iba a casarse, se las apañó para llegar a Mircester. Pudo haber estado sobrio el tiempo suficiente no sólo para salir de su caja de cartón sino también para tantear a alguna de sus antiguas víctimas y decirle: «Eh, voy a ir a Mircester».

Agatha gruñó.

–¿Cuánta gente había en el centro cuando estuvo usted?

–No mucha. Es muy caro. Sólo unos treinta.

–Treinta –repitió Agatha como un eco hueco.

–Tiene que ser alguien de por aquí –insistió James.

–Pero ¿quién? –preguntó Agatha–. Obviamente, no la señora Comfort aquí presente. La señorita Purvey está muerta. Sir Desmond está muerto. ¿Quién queda?

–Ustedes dos –sugirió la señora Comfort con cierta malicia.

–O lady Derrington –dijo James–. ¿Qué hay de lady Derrington? Puede que estuviese enterada del chantaje desde el principio y decidiese librarse de Jimmy por su cuenta.

–¿Y el propio sir Desmond? –intervino Agatha–. Pudo haber asesinado a Jimmy y luego suicidarse al sentir remordimientos.

–Y ¿quién mató a la señorita Purvey?

–Pudo ser lady Derrington –repuso Agatha con seriedad–. La señorita Purvey dijo que iba a hacer algunas pesquisas. ¿Y si ella sabía algo de los Derrington?

–O también –dijo la señora Comfort– podría haber sido esa mujer con la que Derrington tenía una aventura.

Los dos la miraron sorprendidos. Entonces James dijo despacio:

–Ninguno de los dos habíamos pensado en ella.

De repente, la señora Comfort se puso en pie.

–Bien, si no hay nada más en que pueda ayudarles...

Ellos también se levantaron, le agradecieron su hospitalidad, dejaron los vasos en aquella espantosa barra y se fueron.

La señora Comfort observó como salían, los vio subir al coche de James y alejarse. Entonces descolgó el teléfono.

Esa noche, Maddie estaba sentada a la mesa del comedor de la familia Wong, preguntándose cuándo podría escaparse de allí. Que Bill quería mucho a sus padres era algo que se veía a la legua. Pero Maddie no podía imaginarse por qué. La señora Wong era una inmensa e insatisfecha mujerona de Gloucestershire y su padre, un malhumorado chino de Hong Kong. La comida era espantosa: un pastel de carne y riñones sacado del microondas

con patatas precocinadas de esa sustancia deshidratada que venden en paquetes –sólo hay que añadirles agua– y guisantes de lata de esos que rezuman un lago de tinta verde por todo el plato. El vino era un Sauterne dulce.

Maddie empezaba a pensar que Bill Wong no merecía tantos desvelos por su parte. Se le consideraba uno de los mejores detectives del cuerpo y Maddie era ambiciosa. Había pensado que si cortejaba a Bill, si tenía un lío con él, si se mantenía unida a él, podría aprovecharse de su inteligencia, tal vez resolver el caso y llevarse el mérito. Pero el caso de asesinato seguía avanzando parsimoniosamente entre montones de trabajo lento y una investigación meticulosa, y no parecía atisbarse ninguna salida ni Bill daba la impresión de haber tenido una idea brillante.

De repente, se dio cuenta de que la señora Wong le estaba hablando:

–A nuestro Bill le gusta comer lo que ha comido siempre –decía la señora Wong–, así que procure que siga así.

–La cantina de la policía cuida de sus necesidades –contestó Maddie.

–Mamá se refiere a cuando estén casados –dijo el señor Wong.

Maddie era una mujer dura, Maddie era egoísta, Maddie era fuerte, pero ante esas palabras sintió un ataque de pánico. Por descontado, tendría que haber imaginado antes lo que significaba una invitación a cenar en casa de la familia Wong.

–No vamos a casarnos –repuso, tajante.

–Si ni siquiera se lo he pedido todavía –intervino Bill con una risa incómoda.

–Tampoco es que creamos que seas lo bastante mayor para casarte ya –siguió insistiendo la señora Wong–. Vosotros los jóvenes siempre lo hacéis todo corriendo. Por supuesto, como decíamos el otro día papá y yo, tener nietos estaría bien. Siempre he querido una niña –le dijo a Maddie, que ahora miraba el plato con una vergüenza irreprimible.

Maddie pasó entonces a ser sometida a un interrogatorio sobre sus padres, su hermano y su hermana, dónde vivían todos, y si ella tenía intención de seguir trabajando después de casarse con Bill.

–Escuche –dijo Maddie, cuya voz le sonó chillona a ella misma–, ha habido un malentendido. No voy a casarme con Bill ni con nadie en este momento. Y ahora ¿podemos cambiar de tema?

El señor Wong pareció ofendido y Bill, desdichado. En el fondo, no podía culpar a sus padres; ¿acaso no les había dicho que Maddie era la única chica que existía para él? Aunque también era verdad que Bill nunca podía culpar a sus padres de nada.

Maddie se alegró de haber ido con su propio coche a casa de Bill. En cuanto acabaron de cenar, dijo que le dolía la cabeza y Bill la acompañó hasta el vehículo.

–No tendrías que haberles dado la impresión de que íbamos a casarnos – le recriminó Maddie con aspereza.

Bill pareció avergonzado.

–Bueno, tienden a considerar a todas las chicas que traigo a casa como una nuera en potencia. No lo estropeemos, Maddie.

–Buenas noches.

–¿Cuándo te veré?

–Mañana en comisaría.

–Ya sabes a qué me refiero.

–Voy a estar terriblemente ocupada en mi tiempo libre.

Maddie se deslizó con agilidad detrás del volante, cerró la puerta ante las quejas de Bill, arrancó y se fue, sin molestarse, como detectó la mirada policial de Bill, en ponerse el cinturón de seguridad.

Él se quedó allí, sintiéndose perdido. Pensó en Agatha y deseó que estuviera viviendo sola en su propio *cottage*, sin James. De repente, le entraron ganas de hablar con ella. No estaba casada con James. Tal vez podría convencerla para que le acompañara al pub a tomar algo.

James pareció sorprendido cuando Bill Wong, con el aire de un colegial que venía a casa a preguntar si un amigo suyo podía salir a jugar, le pidió ver a Agatha para hablar con ella en privado.

Agatha apareció en la puerta.

–Pasa –dijo James–. Saldré a dar un paseo si quieres.

–No, llevaré a Agatha al pub, si os parece bien.

–En ese caso, me pasaré más tarde –decidió James.

–No hace falta que cojas el coche –dijo Agatha al reunirse con Bill–. Nos acercaremos al Red Lion andando.

–Preferiría ir a algún sitio un poco más privado –repuso Bill–. No quiero que Lacey venga con nosotros.

Cuando Agatha hubo subido al coche, le preguntó, presa del nerviosismo:

–¿Me he metido en un lío?

Él reaccionó esbozando una pequeña y triste sonrisa.

–No, creo que soy yo el que se ha metido en uno. Iremos al Royal White Hart de Moreton. Espera a que lleguemos y te cuento.

Por una vez, el bar estaba relativamente vacío. Había llegado el otoño, caían las hojas y los turistas habían desaparecido. Uno de los problemas de vivir en un lugar precioso como los Cotswolds, reflexionó Agatha, era ése: durante buena parte del año estaba inundado de turistas, pero nadie podía quejarse, porque cualquiera que saliera de su propio pueblo se convertía automáticamente en turista.

Se acomodaron en una de las grandes mesas que había junto a la chimenea, donde una pila de leños ardía con intensidad.

–Y bien –dijo Agatha–, ¿qué pasa? No habrán asesinado a nadie más, espero.

Él negó con la cabeza.

–Es por Maddie y yo.

Agatha sintió una irracional punzada de celos y se recordó severamente que Bill tenía veintitantos y ella, cincuenta y pico.

–¿Qué es lo que ha hecho doña cara de amargada? –preguntó.

Bill sonrió.

–Casi me había olvidado lo bien que me caías.

De repente, Agatha sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y tuvo que contenerlas. Se preguntó si alguna vez llegaría a acostumbrarse a esta sensación, nueva para ella, de caer bien. Le parecía que durante su larga vida laboral, Agatha Raisin no le había caído bien a nadie, y por buenas razones. La Agatha de antes no era ni simpática ni agradable.

–Sigue –dijo.

Bill miró los destellos del fuego de la chimenea que centelleaban en el contenido de su vaso de media pinta y dijo:

–Ya sabes que estaba encariñado de Maddie.

–Sí.

Bill suspiró.

–¿Sabes una cosa, Agatha? Nací demasiado tarde. Hay algo terriblemente anticuado en mí. Creo que cuando una mujer se acuesta conmigo eso implica cierto tipo de compromiso.

–¿Y no era así?

–Al principio pensaba que sí. Yo ya tenía planeada la boda y todo, incluso había empezado a buscar casa. Se me había olvidado por completo que no le había comentado ninguno de estos sueños color de rosa a Maddie. Esta noche la he invitado a cenar a casa para que cono-e conociera a mis padres.

Agatha estuvo a punto de decir: «Ay, Dios», pero se mordió la lengua. Para sí, pensaba que el señor y la señora Wong se bastaban y sobaban para matar el amor hasta en el más romántico de los senos femeninos.

–Bueno, ya sabes cómo son mis padres. Dicen lo primero que se les pasa por la cabeza. No es culpa suya ser tan francos.

«No es culpa suya ser tan asquerosamente maleducados», pensó Agatha, pero no dijo nada.

–Así que mi madre dio por supuesto que íbamos a casarnos y, si he de ser sincero, tengo que reconocer que yo había supuesto lo mismo. Pero Maddie se asustó y no creo que quiera volver a verme, más allá del trabajo. Me duele mucho, Agatha. Estaba tan harta de mí que incluso se fue sin ajustarse el cinturón.

–Mañana tal vez se encuentre mejor –aventuró Agatha, pero al instante se maldijo por dar falsas esperanzas.

La cara de Bill se iluminó fugazmente, pero al momento se apagó.

–No, tengo una sensación casi física de que lo nuestro ha terminado. Tú sabes bien lo que es sentirse rechazado, Agatha.

Ésta le apretó la mano y fue incapaz de contener por más tiempo las lágrimas, que le llenaron los ojos y se derramaron por sus mejillas.

–Oh, Agatha –dijo Bill–, no pretendía hacerte llorar.

Pero Agatha lloraba por sí misma, por haber perdido a James, por lo que le parecían años de una vida sin amor desperdiciada y dedicada al trabajo.

Se secó los ojos y se recompuso con un esfuerzo.

–Lo único que puedo aconsejarte, Bill, es que, cuando la veas mañana, te muestres tan amigable, informal y tranquilo como te sea posible, para que ella no tenga motivos para reaccionar. A lo mejor deberías salir con otra chica. Si ella aún te quiere, te lo hará saber de un modo u otro. Si no, al menos salvarás las apariencias.

Bill sonrió.

–Sólo soy medio chino y mi desdichada alma es puro Gloucestershire. Tienes razón. Pero ¿cómo puede una mujer hacer el amor y pasar las noches con alguien, y luego cortar así, por las buenas?

«Porque ella creía que tú eras prescindible –pensó Agatha–. Porque ella creía que darías un empujoncito a su carrera si podía aprovecharse de tu cerebro, pero, al conocer a tus padres y verse amenazada con el matrimonio, creyó que no merecía la pena. Porque es una zorra fría. Hay cazafortunas y también hay *cazacarreras*, arribistas, y tu preciosa Maddie es una de estas últimas.» En voz alta, dijo:

–Por raro que parezca, a muchas mujeres las aterra el matrimonio, sobre todo si les interesa su trabajo. Pero no creo que eso te haga sentir mejor. Que te rechacen es como que te den una patada en el culo. Tómate otra copa, algo más fuerte.

–Tengo que conducir.

–Y yo tengo ganas de emborracharme –replicó Agatha–. Tomaremos un taxi para volver. James puede llevarte a Mircester y luego regresar en taxi.

–¿No sería mejor que le llamas y le preguntaras?

–No hace falta, lo hará. Anda, bebamos. Pásate a algo más fuerte.

A James Lacey no le hizo ninguna gracia encontrarse a unos más que achispados Agatha y Bill saludándole en la puerta a las once y media de la noche, y menos aún enterarse de que tenía que llevar a Bill a Mircester y

luego pagar un taxi para volver. Tampoco le hizo gracia que Agatha y Bill fueran en el asiento de atrás, abrazados y cantando con voces roncadas.

Con cara de pocos amigos, llevo a Bill a su casa en su coche, que había recogido delante del White Hart. Bill telefoneó para pedir un taxi. Durante el trayecto de vuelta a casa, James pensó en cantarle las cuarenta a Agatha, pero ella se quedó dormida al momento y empezó a roncar con la cabeza apoyada en su hombro.

Tras pagar el taxi, condujo su coche desde Moreton y ayudó a Agatha a entrar en casa y subir las escaleras hasta su habitación; luego bajó al salón, sintiéndose irritado y abandonado. ¿Por qué quería Wong hablar del caso con Agatha dejándolo a él a dos velas? ¿Qué estaba pasando allí?

SEIS

Por la mañana, una Agatha Raisin resacosa bajó las escaleras para probar en sus propias carnes lo que habría sido estar casada con James.

–El de anoche fue un comportamiento increíblemente egoísta, Agatha. ¡Deberías avergonzarte!

–James, ¿no puedes esperar hasta que me haya tomado un café?

–¡Egoísta! –James daba vueltas a la pequeña cocina–. Pensaba que estábamos juntos en esta investigación, y a las primeras de cambio vosotros dos me dejáis tirado. Fui al Red Lion pero no habíais estado allí. Y lo siguiente que sé es que aparecéis aquí borrachos cuando ya han cerrados los pubs. Tengo que llevaros a Moreton, dejar mi coche, llevar a Bill a su casa, coger un taxi de vuelta a Moreton para recoger mi propio coche..., bueno, la verdad, es demasiado.

Agatha se sirvió una taza de café con mano temblorosa y acto seguido se encendió un cigarrillo. James abrió de golpe y visiblemente irritado la ventana de la cocina, dejando que entrara una ráfaga de frío aire otoñal.

–Y ésa es una costumbre repugnante, Agatha. La casa entera empieza a apestar a humo de tabaco.

–Déjame en paz –gimió Agatha, que se dejó caer en la mesa de la cocina.

Llamaron a la puerta. James fue a abrir a grandes zancadas y no tardó en volver.

–Es la señora Hardy, y quiere verte. No la he invitado a pasar.

La curiosidad borró por un instante la resaca que martilleaba a Agatha, y fue hasta la puerta.

–Buenos días –dijo la señora Hardy–. Estoy replanteándome su oferta.

La esperanza brilló en los ojos de Agatha.

–¿Quiere decir que puedo recomprar mi *cottage*?

–Si así lo desea...

–Me vestiré y pasaré a verla –dijo Agatha con entusiasmo.

–No tarde todo el día. Tengo que salir.

Agatha fue a la planta de arriba, se aseó y se vistió a toda prisa.

–Voy a la casa de al lado –le dijo a James–. La Hardy parece dispuesta a vender.

Unos minutos más tarde, sentada en la cocina de la señora Hardy, examinándola disimuladamente, Agatha se preguntó si, no hacía tanto, ella no había sido un poco como esa mujer: seca y mordaz.

–¿Por qué quiere vender? –preguntó Agatha.

–¿Importa? Carsely no es como esperaba. –Se sirvió un café, pero no le ofreció a Agatha.

Así que fueron al grano. Agatha se levantó cuando por fin acabaron, sintiéndose débil y no sólo por la resaca. La señora Hardy le había impuesto unas condiciones inflexibles. Para recuperar su *cottage*, Agatha tendría que pagar un precio mucho más elevado del que la señora Hardy había pagado. Más adelante, Agatha se preguntaría por qué no había intentado resistirse un poco más, bajar el precio; pero lo cierto es que tenía tantas ganas de recuperar su antiguo hogar y dejar de vivir con James que había aceptado de buenas a primeras el precio que había puesto la señora Hardy.

–Buenas noticias –informó a James cuando volvió–. La señora Hardy ha accedido a revenderme mi *cottage*.

–¿Por cuánto?

–Por mucho.

–¿Merece la pena, Agatha? Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

Agatha le clavó una mirada de frustración. Viviendo con James no podía ser ella misma. Él se encargaba de la mayor parte de la limpieza y de la comida. Se dio cuenta de que si se hubieran casado, seguramente también habría sido así. Ella vivía como en un hotel, manteniendo cuidadosamente sus ropas y sus pertenencias en el cuarto de invitados, intentando acordarse de dejar siempre el baño impoluto al descubrir que era una persona bastante desastrada. Las amas de casa, pensó Agatha, nacían, no se hacían. Ser una buena ama de casa suponía poseer un talento propio, como ser una buena bailarina de ballet o una cantante de ópera. El hecho de haberse criado en una

barriada pobre, donde la comida venía en latas, la limpieza era esporádica y la ropa a veces no se lavaba de una semana para otra, no la ayudaba a una para su vida futura. Mientras ella había tenido su propia casa, James sólo había visto su mejor versión. Si hubiera tenido por entonces una resaca como la que ahora sufría no habría salido de casa hasta que se le hubiera pasado, y luego se habría presentado maquillada y despampanante. Se pasó un dedo por el labio superior, explorándolo. Notó que le brotaban un par de rígidos pelos que se agitaban como antenas de insectos hacia James. Dio rápidamente una excusa y subió al lavabo, se pasó cera por el labio, abrió la ventana del baño y tiró la cera a los arbustos, con la intención de recogerla más tarde y esconderla en la basura de la cocina donde James no pudiera verla. «Es tan trabajoso ser una mujer de mediana edad –pensó Agatha, desolada–, y será todavía peor cuando envejezca, con las ventosidades y la incontinencia, con la caída del cabello y de los dientes. Dios, ojalá me muera.» Y con esos alegres pensamientos rondándole la cabeza, bajó a la planta principal.

–Bill y yo no estuvimos hablando del caso –le dijo a la envarada espalda de James, que estaba ante los fogones preparando unos huevos revueltos–. Maddie le ha dado calabazas y está muy afectado.

–Oh. –La espalda de James se relajó–. Y ¿no le hablaste de nuestra visita a Gloria Comfort?

–No –repuso ella–, nos emborrachamos para que se consolara un poco. Es una estupidez, lo sé, y tú fuiste muy amable al llevarlo a casa. Puede que Maddie sea un mal bicho, pero a él le duele igual.

James deslizó un plato de esponjosos huevos revueltos bajo la nariz de Agatha.

–Come y te sentirás mejor.

–Nada me hará sentir mejor más que el paso del tiempo y el primer escocés bien cargado –dijo Agatha, pero consiguió comer parte de un huevo y una tostada.

Volvió a sonar el timbre y ella se agarró la cabeza y gruñó.

–Si es alguien que quiere verme, quítamelo de encima, James. No podría ver ni a la señora Bloxby.

Pero James volvió con Bill, Maddie y Wilkes. Al verlos, a Agatha se le revolvió el estómago.

–Vamos a ver –dijo Wilkes en un tono severo–, por las descripciones que me han hecho, colijo que usted y el señor Lacey visitaron ayer a la señora Gloria Comfort.

Agatha se maravilló con tristeza de cómo era la vida en un pueblo inglés. Parecía completamente desierto cuando habían visitado a la señora Comfort, pero seguramente unos ojos ocultos habían tomado cumplida nota de cada detalle de su aparición.

–No estará *muerta*, ¿verdad? –preguntó Agatha.

–La señora Gloria Comfort hizo las maletas en cuanto ustedes se fueron, dejó unas llaves en la comisaría de la policía local y dijo que se iba de vacaciones a España. Tomó un vuelo a Madrid desde Heathrow, alquiló un coche en el aeropuerto de Madrid y emprendió camino hacia Dios sabe dónde. Bien, lo que ahora queremos saber es qué le contaron.

–Y por qué –añadió Maddie con voz inexpresiva– estaban visitando a una sospechosa cuando se les había advertido que no lo hicieran.

–Vivimos en un país libre –replicó Agatha–. En cualquier caso, ella no tenía gran cosa que contar. Dijo que Jimmy no la había chantajeado, y lo mantuvo incluso cuando le explicamos que seguramente la policía examinaría sus cuentas bancarias para corroborarlo. No dijo nada acerca de irse a España.

El interrogatorio empezó en serio. Agatha y James lo contaron todo, salvo el pequeño detalle de que la señora Comfort se había acostado con Jimmy.

Al fin se levantaron para marcharse. Maddie se inclinó sobre Agatha y dijo:

–Simplemente, deje de meter las narices en todo, ¿quiere?

–Oh, apártese –le espetó Agatha–, su cara me da dolor de cabeza.

Bill miró a Agatha desolado, pero no dijo nada.

Cuando James hubo cerrado la puerta, Agatha dijo:

–Esto sí que no me lo esperaba. ¿Por qué saldría huyendo de ese modo? ¿De qué tenía miedo?

–Esta noche entraremos en su *cottage* –decidió James.

–¿Y si nos pillan? Mira cuánta gente pareció fijarse en nuestra visita y fue capaz de describirnos. ¿Y si llaman a la policía?

–No nos verán si vamos en plena noche.

–¿Y qué me dices de la iluminación de seguridad? ¿De las alarmas de robo?

–No tenía ni una ni otras. Me fijé.

Agatha le miró con expresión insegura.

–Estos pueblos de los Cotswolds están abarrotados de geriátricos, James, y los ancianos no duermen mucho. Oirían el coche.

–Sólo nos acercaremos un poco a Ancombe y haremos el resto del trayecto a pie. Vestiremos ropa oscura, pero nada que no sea demasiado siniestro por si nos cruzamos con alguien en la carretera. Y ahora, si yo fuera tú, me volvería a la cama y dormiría el resto de la resaca. Esta noche te hará falta estar despejada.

A última hora de la tarde, Agatha se sentía mejor físicamente, aunque la noche que le esperaba le producía cierta aprensión. Bien sabía que si los descubrían irrumpiendo en el *cottage* de la señora Comfort, no sólo los detendrían por ello, sino que además también lo harían por obstaculizar la labor policial. Roy Silver la llamó desde Londres y Agatha le preguntó si podía investigar a la mujer que se había hecho pasar por lady Derrington en la clínica y ver qué podía averiguar.

Salieron a las dos de la madrugada. James aparcó junto a la puerta de una granja en las afueras del pueblo, donde se bajaron y echaron a andar. Era una noche oscura, sin luna, y empezó a levantarse un fuerte viento. Los hayucos crujían bajos sus pies y muchos más seguían desprendiéndose de los árboles que formaban un arco sobre sus cabezas a lo largo de la estrecha carretera.

–Nunca había visto tantísimos hayucos –se quejó Agatha–. ¿Son una señal de que se avecina un invierno crudo o algo así?

–En el campo, cualquier cosa es siempre señal de un crudo invierno –dijo James–, basta con que la gente lo repita lo suficiente para acabar teniendo razón algún año. Chiss, casi hemos llegado al pueblo.

Avanzaron en silencio. La oscura mole de la iglesia se alzaba sobre los demás edificios recortándose sobre el cielo negro.

–No se ven señales de vida por ninguna parte –susurró James, pero la nerviosa Agatha tenía el absoluto convencimiento de que los ancianos insomnes estaban sentados detrás de los visillos, observando cómo se acercaban con sus ojos diminutos.

El silencio era sepulcral. Nada se movía, salvo las ramas al viento.

James abrió con cuidado la verja delantera del *cottage* de la señora Comfort y una vez más se dirigieron a la parte de atrás. Agatha se sintió tranquilizada por las solitarias tinieblas del jardín.

James sacó una linterna con forma de bolígrafo y se la dio.

–Enfócala a la puerta –dijo en voz baja a la vez que sacaba un manajo de ganzúas.

Por enésima vez, Agatha se preguntó qué hacía un coronel retirado de aires tan respetables con un manajo de ganzúas.

En las películas, las cerraduras se abrían con asombrosa rapidez y facilidad. Agatha se abrazó a sí misma y se estremeció porque, en este caso, la apertura se alargaba ya media hora.

–¿Vas a tardar mucho? –preguntó en un murmullo.

–Cálmate. He abierto la cerradura Yale, es la segunda la que me está costando.

Una luz se encendió en un *cottage* al otro lado del jardín trasero, proyectando un haz de luz amarilla que atravesó los árboles que los ocultaban. James se quedó paralizado y a Agatha se le escapó un gritito de alarma. Entonces la luz se apagó y los dos se vieron de nuevo sumidos en una tranquilizadora oscuridad.

Finalmente, cuando Agatha estaba a punto de sugerir que abandonaran aquel descabellado plan, James soltó un gruñido de satisfacción y la puerta se abrió de par en par. Cogió a Agatha de la mano y la llevó dentro tras de sí, mientras encendía y apagaba cada poco una linterna de bolsillo.

–A la planta de arriba –dijo James–. No vi ningún lugar en el salón donde pudiera guardar cartas o documentos.

Al poco, el delgado rayo de la linterna titilaba sobre el caos del dormitorio. Los cajones colgaban abiertos en ángulos torcidos y el armario también estaba abierto.

–Alguien se nos ha adelantado –dijo Agatha–. ¿La policía?

–Yo creo más bien que hizo las maletas presa del pánico. Siéntate en aquella silla junto a la ventana, mira a través de las cortinas y vigila mientras yo registro.

Tras comprobar las cartas y documentos que había en los cajones del tocador, James soltó una exclamación apenas amortiguada y se acercó a Agatha con una carta:

–Bájate de la silla mientras la enfoco –dijo–. Merece la pena leerla.

Agatha se acuclilló en el suelo y leyó la carta.

Querida Gloria:

Por favor, reconsideralo, por favor te lo pido. Te he dicho muchas veces cuánto lo siento. Tuvimos un buen matrimonio y podríamos recuperarlo si quisieras verme, si estuvieras dispuesta a escucharme. Podríamos irnos a cualquier parte, donde quisieras, y reconciliarnos. Acepta que nos veamos aunque sólo sea una vez. ¿Qué daño puede hacernos? No puedes seguir dolida y amargada después de tanto tiempo. Te quiero.

Por favor, llámame.

GEOFFREY

La carta estaba mecanografiada en papel de empresa, una compañía de Mircester que se llamaba Potato Plus.

Agatha levantó la mirada, desconcertada.

–Entonces ¿a qué venía todo eso que nos contó de un matrimonio arruinado cuando podría haberlo recuperado? Parece como si se hubiera ido con él.

–Eso parece, sí. Pero déjame echar otro vistazo.

Al cabo de una hora, James dijo:

–No, no veo nada más. Creo que será mejor que lo dejemos. Dame esa carta, Agatha, y la dejaré donde la encontré.

Mientras bajaban las escaleras, Agatha agarró inesperadamente el brazo de James, sobresaltándole.

–El salón. Ahí tenía un contestador automático. Oigamos los mensajes antes de irnos.

–Muy bien –convino James–, aunque dudo de que nos enteremos de nada más. Esa carta de su marido estaba fechada hace tres días. Es evidente que se ha ido con él.

Entraron en el salón y James rebobinó el contestador automático. «Soy Jane –dijo una voz–. Lo siento, pero estaba fuera cuando llamaste, Gloria. Sí, te cuidaré el jardín. Aún tengo tus llaves. Buen viaje. Adiós.»

Luego, una voz masculina: «Hola, soy Basil, cariño. Tengo los billetes, así que nos vemos en Heathrow a las cuatro y media, en el mostrador de facturación. No llegues tarde».

Se miraron sorprendidos.

–¿Basil? –exclamó Agatha–. Pero si su marido se llama Geoffrey. Debíó de llamar al tal Basil después de nuestra visita para organizar el viaje, porque no dice nada de Madrid, sólo que ya tiene los billetes.

–Salgamos de aquí antes de que se nos acabe la suerte –dijo James–. Estoy harto de hablar en susurros.

–¿También tardarás horas en cerrar con llave?

–No, ésa es la parte fácil.

Al poco salían de Ancombe, camino de su coche.

–He estado pensando –dijo James mientras conducía– que nos hemos concentrado en la gente que fue chantajeada o utilizada por Jimmy Raisin. Nunca hemos considerado a los cónyuges o parejas, salvo quizás en el caso de lady Darrington. Enfoquémoslo desde esa perspectiva. A la señora Comfort la ha alterado nuestra visita, aunque no sé por qué. Su marido quiere volver con ella. Pero ella llama a Basil, alguien tan cercano a ella que lo organiza todo precipitadamente para irse los dos a España, como si nada.

–La policía dijo que ella había alquilado un coche en Madrid. No mencionaron nada de que la acompañara alguien. Por descontado, el tal Basil podría estar casado. Podrían haber viajado por separado en el avión, ella alquila luego el coche y lo recoge fuera del aeropuerto. Fácil. Oh, Dios, James, ¡para el coche!

Él frenó de golpe, haciendo chirriar las ruedas.

–¿Qué ocurre?

–La llamada de Basil era la última. En ese contestador sólo había dos llamadas. Si ésa fue la última llamada que ella recibió, podríamos marcar el uno cuatro siete uno y averiguar el número de teléfono de Basil.

–¡Agatha! Eso implicaría volver a forzar esas cerraduras. No me atrevo. Mira, no creo que nos cueste dar con la tal Jane. Mañana volveremos a Ancombe. Seguramente ella sabrá quién es ese Basil.

–Pero es posible que no sea una amiga íntima. Tal vez sólo es una mujer que cuida de las casas y los jardines de los vecinos cuando se van. Por favor, James.

Él puso el coche en marcha.

–No, Agatha, de ninguna manera. Confía en mí. La tal Jane estará informada.

A la mañana siguiente, les fue fácil encontrar a Jane tras preguntar en la iglesia. El sacristán les dijo que la dama en cuestión se llamaba Jane Barclay y les dio indicaciones para llegar a su casa.

Jane Barclay era una mujer de mediana edad, fuerte y de aspecto masculino, con un pelo gris muy corto.

Agatha se quitó la bufanda de seda que llevaba al cuello y se la guardó en el bolsillo. No les llevó mucho tiempo percatarse de que Jane Barclay no era una amiga íntima de la señora Gloria Comfort.

–La verdadera razón por la que hemos venido –soltó de repente Agatha mientras James la miraba sorprendido–, es que ayer me dejé la bufanda en casa de Gloria. Ella me dijo que usted le cuidaba el jardín y la forma en que se refería a usted nos llevó a pensar que era muy amiga suya y podría saber exactamente a qué lugar de España había ido. Pero sí que tiene las llaves. ¿Sería tan amable, querida, de dejarnos entrar para que pueda buscarla?

–Supongo que sí –dijo Jane–. ¿Cómo ha dicho que se llamaban?

–Somos el señor y la señora Perth –se apresuró a decir James antes de que Agatha tuviera tiempo de abrir la boca. Temía que si Janet Barclay escuchaba el nombre de Agatha, se mostrara reacia a dejar que la esposa de un hombre asesinado entrara en la casa.

–¿Tienen algún documento de identidad?

A Agatha se le cayó el alma a los pies, pero, para su asombro, James sacó una funda de tarjetas del bolsillo interior de la chaqueta y extrajo una.

–Coronel Perth y esposa –leyó Jane en voz alta–, de Stratford. Ella nunca me ha hablado de ustedes, pero tampoco es que la conozca tanto. Vengan. Y no tarden mucho.

Recorrieron a pie el corto trayecto que los separaba del *cottage* de la señora Comfort. James no dejaba de mirar hacia Agatha, imaginando que ella quería llegar al teléfono. Cuando entraron en el salón, ella miró a su alrededor con interés.

–A ver, ¿dónde habré dejado la bufanda? Sé que estuve por aquí.

James se acercó a la ventana y se asomó.

–La escarcha todavía no ha dañado las dalias –comentó–, tienen muy buen aspecto.

Jane Barclay cruzó el salón para acercarse a James.

–Ésas las planté yo –anunció con orgullo–. En realidad la señora Comfort, Gloria, no tiene ni idea de jardinería.

Agatha se sacó la bufanda del bolsillo y la introdujo entre los cojines del sofá.

–La he encontrado –exclamó recuperándola cuando Jane se dio la vuelta–. Debió de meterse entre los cojines.

James seguía mirando por la ventana.

–A algunas de esas rosas no les vendría mal una pequeña poda.

–¿Qué? ¿A cuáles? –preguntó Jane, irritada–. Son las rosas más cuidadas de los Cotswolds. Se lo enseñaré.

–Vayan, vayan –dijo Agatha–, así me empolvaré la nariz.

Jane ni siquiera la escuchaba de lo mucho que la había molestado esa insinuación sobre sus habilidades como jardinera.

Una vez ambos salieron, Agatha se dirigió rápidamente al teléfono y marcó el 1471. Una vocecita dijo: «El número de teléfono: cero uno cinco seis cero tres ocho nueve nueve tres dos ha sido grabado».

Agatha tomó nota rápidamente y sólo entonces salió al jardín, donde James estaba diciendo, arrepentido:

–Vaya, no me lo puedo creer, que espléndido trabajo ha hecho. Ya me perdonará, señorita Barclay, es por mi maldita vista. Ya no es la que era.

Jane se aplacó lo suficiente para hablar durante lo que a Agatha le pareció una eternidad sobre jardinería.

Por fin, le dieron las gracias y volvieron al coche. En cuanto quedaron fuera del alcance de Janet, Agatha dijo con excitación:

–¡Tengo el número!

–Podría no ser el de ese misterioso Basil. –James condujo un poco más por la carretera y entonces se detuvo–. Déjame verlo.

Agatha le dio el trozo de papel con el número apuntado.

–Es de Mircester –dijo James–, aunque también podría pertenecer a cualquiera de los pueblos pequeños de los alrededores. ¿Cómo vamos a averiguar la dirección del número?

Agatha frunció el ceño con fuerza.

–Tengo una idea –dijo por fin–. Cada vez que he estado en la comisaría de Mircester para hablar de un caso con Bill Wong o con otro, me han llevado a una sala de interrogatorios y he tenido que esperar siglos. La sala tiene un teléfono. Podría llamar desde allí a la operadora solicitándole esa información e identificándome como una detective, y antes de que sospechen, añadir algo como: «Devuélvame la llamada inmediatamente a esta extensión de la comisaría».

–Agatha, ¡te prohíbo que hagas nada tan descabellado!

–¿Que me *qué*? ¿Quién te crees que eres para darme órdenes?

–Vamos, entra en razón. Puede presentarse cualquiera cuando menos te lo esperes. El teléfono sonará y alguien como esa espantosa Maddie contestará y te acusará de intentar suplantar a un agente de la ley.

–En esta profesión –dijo Agatha Raisin con arrogancia–, una tiene que asumir riesgos.

–Oh, no te entusiasmes. Hasta ahora lo único que hemos hecho es sembrar el caos. Te dejaré en casa; yo me acercaré al mercado de Moreton a comprar pescado para comer. Si las horas se te hacen largas, podrías arrancar algunas malas hierbas, *querida*. Me he fijado en que tratas mi casa como si fuera un hotel.

–Eso es porque es tu casa –replicó Agatha, a la que le había dolido el comentario–. No veo la hora de volver a la mía.

–Yo tampoco –dijo James, y realizaron el resto del trayecto hasta casa sumidos en un incómodo silencio.

James siguió camino hacia Moreton-in-Marsh y Agatha entró en la casa, dolida y rabiosa. ¿De manera que el matrimonio habría sido algo como esto? ¿Que le dieran órdenes? Cómo se atrevía. Ya le enseñaría ella lo que era bueno.

Volvió a salir, se subió a su coche y condujo lo más rápido que pudo hasta Mircester. Presa de cierto nerviosismo, se acercó al sargento de recepción de la comisaría de Mircester y dijo con suavidad:

–Me gustaría ver a alguien que esté llevando el caso de asesinato de Jimmy Raisin.

–Usted es la señora Raisin, ¿no?

–Sí.

Levantó la solapa abatible del mostrador, salió y la condujo a una sala de interrogatorios que había al lado del vestíbulo de entrada.

–No tardarán mucho –dijo de buen ánimo–. ¿Le apetece una taza de té?

–No, gracias.

El policía salió y cerró la puerta. Agatha cogió el teléfono y marcó el número de la operadora. No pasó nada. Entonces se dio cuenta de que seguramente tenía que marcar el nueve para una línea exterior y, deseando que así fuera, probó de nuevo. Entonces oyó la voz de la operadora en la línea.

–Soy la sargento Crumb¹ –dijo Agatha, a la que se le había ocurrido el apellido al ver los restos de una galleta en un plato que había sobre la mesa.

Le dio a la operadora el número que había sacado del teléfono de la señora Comfort, pidió el nombre y la dirección del mismo, y dio el número de la extensión del aparato que estaba utilizando.

–La llamaremos dentro de un momento –dijo la operadora.

Y Agatha esperó; y siguió esperando.

El pánico se adueñó de ella. Quitó el teléfono de la mesa y lo dejó en el suelo. Agarró la mesa y la empujó hasta colocarla como una barricada para que la puerta no pudiera abrirse. No bien acababa de hacerlo, sucedieron dos cosas a la vez: alguien intentó entrar y el teléfono sonó.

Agatha se arrodilló en el suelo, cogió el aparato y, en voz ronca y baja, contestó:

–Dígame.

–¿Sargento Crumb?

–Sí, sí –susurró Agatha mientras oía la voz de Maddie llamándola desde el otro lado de la puerta:

–¿Señora Raisin? ¿Está ahí? La puerta está atrancada.

–El nombre y la dirección que pedía son: Basil Morton, en el número seis de The Loanings, London Road de Mircester.

–Gracias –dijo Agatha.

Empujó la mesa y se estiró en el suelo, al lado de la puerta, mientras Maddie gritaba:

–Dave, ven y échame una mano con esta puerta.

Agatha gimió teatralmente.

–¿Se encuentra bien? –preguntó Maddie, en un tono de voz que traslucía más suspicacia que preocupación.

–Me he desmayado –dijo Agatha–. Aguarde unos instantes, estoy bloqueando la puerta.

Se puso en pie y retrocedió mientras Maddie, con un agente a sus espaldas, abría. La mirada de Maddie se dirigió inmediatamente a la cara ruborizada de Agatha y luego al teléfono, que seguía en el suelo.

–No tiene el aspecto de alguien que acaba de perder el conocimiento –le espetó Maddie–. ¿Qué hace ese teléfono en el suelo? Me ha parecido que sonaba, ¿no?

–Debo de haberlo arrastrado al caerme de la mesa. Sólo ha dado un par de timbrazos y luego ha dejado de sonar.

–Y al caer, ¿el auricular se ha mantenido en su sitio?

–Qué raro –dijo Agatha, y se llevó la mano a la cabeza–. Tengo mucho calor, ¿podrían darme un vaso de agua?

–Ve a buscársela –ordenó Maddie al agente–, seguramente es un sofoco menopáusico.

Agatha la miró con rabia, odiándola con todas sus fuerzas.

–Y ahora dejémonos de tonterías, señora Raisin. ¿A qué ha venido?

–Si ésa va a ser su actitud, preferiría hablar con Bill.

–Bill ha salido; o bien habla conmigo o la retendré por hacer perder el tiempo a la policía.

–Es increíble que resuelva usted algún caso –dijo Agatha–, teniendo en cuenta cómo predispone a las personas en su contra.

El agente entró con el vaso de agua y se lo dio a Agatha. Ella lo aceptó murmurando un «gracias», se sentó y empezó a beber con ganas. Maddie la miró con ira y dijo:

–Habla de una vez, Agatha.

–Para usted, señora Raisin, si es tan amable.

El vaso de agua le había dado tiempo para improvisar. No se había preparado ninguna historia pensando que seguramente el que la recibiría sería Bill.

–Tengo razones para creer –dijo– que Help Our Homeless era un fraude y no una organización de beneficencia.

–Eso ya lo sabíamos –dijo Maddie para asombro de Agatha–. La policía clausuró la organización en el noventa y uno, pero la oficina ya estaba cerrada y la tal Gore-Appleton había desaparecido.

–Y ¿por qué no me lo dijo?

–Y ¿por qué habría de hacerlo? –Maddie apenas podía disimular su desprecio–. El problema con ustedes, las mujeres que no trabajan, es que se pasan el día entrometiéndose en los asuntos ajenos. Ya le han advertido que deje estas cosas a la policía. Yo añadiré algo más: creo que usted estaba utilizando ese teléfono. Probemos a llamar al último número marcado y veamos qué se traía entre manos.

Agatha pensó con rapidez. Maddie sólo podría descubrir que se había marcado el número de la operadora. Pero preguntaría a todos en comisaría si alguien había llamado desde el teléfono de la sala de interrogatorios y averiguaría que nadie lo había hecho. Entonces, se temía Agatha, llamaría en persona a la operadora y descubriría qué le había preguntado. Justo en ese momento, sonó el teléfono.

Maddie contestó la llamada.

–Hola, Bill –saludó airada–, ¿estás de vuelta? ¿No? Sigues fuera. –La voz de Bill al otro lado de la línea resonó como un graznido ininteligible–. Bueno, escucha –dijo Maddie–. Tu querida señora Raisin está en la sala de interrogatorios y creo que ha utilizado nuestro teléfono y yo estaba a punto de enterarme a quién había llamado, pero, como te has enterado de que estaba

aquí has decidido llamarme desde una línea exterior, así que ahora ya no podré descubrirlo. ¿Por qué no has dejado que te pasaran a través de centralita?

La voz volvió a graznar. A Agatha le quedó claro que Bill le explicaba a Maddie que fuera lo que fuese que tuviera que decirle no había querido que se escuchara en la centralita, porque Maddie dijo:

–Éste no es el sitio ni el momento, y si quieres que te diga la verdad nunca va a haber ningún sitio ni momento... ¿Entendido? –Colgó con un golpe y le dijo a Agatha–: Salga de aquí.

Y Agatha salió, más que contenta.

James estaba demasiado interesado en la nueva información como para enfadarse con Agatha. De hecho, dio la impresión de que su historia sobre la mesa y el desmayo fingido le divertía.

–Ha llamado Roy Silver mientras tú estabas fuera –dijo–. Aquella secretaria con la que Derrington tenía un lío, Helen Warwick, ha vuelto. Tengo su dirección. ¿Quieres ir a Londres hoy?

–¿Podemos dejarlo para mañana? –rogó Agatha–. Tengo que ir a Cheltenham con la horrorosa Hardy y arreglar de una vez la venta de la casa.

–¿La llevas tú o te lleva ella?

–Ni lo uno ni lo otro. Me espera allí.

–¿Quieres que te acompañe por si intenta volver a subirte el precio?

–¡No se atreverá!

–Podría. Es una vendedora curtida.

–La odio –dijo Agatha, acalorada–. La odio casi tanto como odio a esa Maddie Hurd. No puedo imaginar lo que llegó a ver Bill en ella. ¡Menuda zorra! Y aún tenemos que investigar a Basil.

–Pues ve y concéntrate en recuperar tu casa, y yo me acercaré más tarde a Mircester y veré qué puedo averiguar de Basil.

–Y aparte está el marido, Geoffrey Comfort, de Potato Plus. ¿Qué es eso de Potato Plus?

–Es una pequeña fábrica que se dedica a embolsar patatas para los supermercados. Pero el número personal del marido aparece en la guía telefónica. Adivina dónde vive.

–¿Aquí? ¿En Carsely?

–No, en Ashton-Le-Walls, el mismo pueblo que la difunta señorita Purvey. Anda, vete.

Agatha encontró a la señora Hardy esperándola en el despacho del abogado en Montpellier Terrace, en Cheltenham.

Agatha había pagado 110.000 libras por el *cottage* y se lo había vendido a la señora Hardy por 120.000. Ésta le pedía 130.000, un precio exorbitante a juicio de Agatha, ahora que el mercado inmobiliario se había hundido.

Agatha estaba a punto de firmar los documentos cuando la cantidad de 150.000 libras pareció saltar de la hoja a sus ojos.

–¿Qué es esto? –preguntó en un tono cortante.

–¿El precio? –El abogado sonreía–. La señora Hardy dijo que era el que habían acordado.

–¿A qué coño están jugando ustedes dos? –les espetó Agatha, y se volvió hacia el abogado–. ¡Usted aceptó ciento treinta mil por teléfono!

–Bueno, la señora Hardy es de la opinión de que ciento cincuenta mil es un precio justo.

Agatha recogió su bolso y sus guantes.

–Que les den, a los dos. Les diré mi cifra ahora: ciento diez mil libras. Lo toman o lo dejan.

Salió pisando fuerte del despacho.

«Oh, mi casa –se lamentó mientras subía al coche–. Más vale que lo deje correr. Más vale que busque un *cottage* en otro pueblo, me aleje de James y recupere mi vida de antes. El mundo está lleno de hombres.»

Pero cuando entró en casa de James y éste alzó la mirada y le sonrió, el corazón le dio un vuelco y se preguntó si de verdad algún día lograría desembarazarse de los sentimientos que tenía hacia él.

Tras contarle lo que había sucedido, él dijo en un tono apaciguador:

–Hay otros *cottages*, ya lo sabes. Comamos temprano y luego vayamos a Mircester.

The Loanings, donde vivía Basil Morton, era una urbanización ordinaria, parecida a aquella en la que la familia Wong tenía su casa. Eran como viviendas de protección oficial, con la única salvedad, a ojos de Agatha, de que las casas eran un poco más grandes y los jardines estaban bien cuidados.

Llamaron al timbre sin esperar respuesta, como excusa preliminar para ir a casa de los vecinos y preguntar adónde había ido su «amigo» Basil. Para su sorpresa, abrió la puerta una mujer delgada y de pelo moreno. En un primer momento la tomaron por una chica porque llevaba una minifalda azul marino y una blusa blanca, casi un uniforme escolar, y el pelo recogido en dos trenzas. Pero cuando encendió la luz que había sobre la puerta, vieron las delgadas arrugas alrededor de los ojos y le echaron treinta y muchos.

–¿Podemos hablar con el señor Morton? –preguntó James.

–Basil está en el extranjero por negocios. Viaja con frecuencia. –La soledad brillaba en sus ojos oscuros–. ¿Quieren pasar?

La siguieron a un salón, que resultaba casi terrorífico por su limpieza y esterilidad. No había libros ni revistas por ningún lado.

–¿Cuánto hace que viven aquí? –preguntó Agatha mirando a su alrededor.

–Diez años.

Y, se maravilló Agatha, ni una raya ni una mancha ni señal de deterioro por el uso en ningún sitio. Seguro que allí no vivían niños.

–¿Jerez?

–Sí, si es tan amable.

–Siéntense, por favor.

La mujer se arrodilló delante de un aparador que brillaba resplandeciente de tanto que lo pulían y sacó una jarra de cristal, luego tres copas también de cristal y una pequeña bandeja de plata. Dejó la bandeja sobre la alfombra y puso encima la jarra y las copas.

–Permítame. –James colocó la bandeja y lo que contenía sobre una mesita baja que también brillaba y relucía como el cristal.

Qué aterrador, pensó Agatha. ¿Acaso aquella mujer nunca derramaba nada?

La anfitriona sirvió tres copas de lo que resultó ser un jerez muy dulce, seguramente británico, pensó James, que arrugó la nariz al olerlo.

–¿Querían ver a Basil por negocios?

–No señora..., eh..., ¿Morton?

–Sí, soy yo.

–Sólo queríamos hablar con él de un asunto personal –explicó James.

–Se ha ido al extranjero. A España. Viaja a menudo.

–¿A qué se dedica su marido, señora Morton?

–Baños. Su empresa se llama Baños Morton.

–¿Y por qué viaja a España?

–Allí compra los azulejos –contestó ella sin precisar más–. Para serle sincera, en realidad no sé nada de su negocio. Aquí tengo mucho que hacer y estoy tan cansada cuando Basil vuelve a casa que por lo general me quedo dormida.

–¿Trabaja en casa? –preguntó James.

Ella no pudo reprimir una risita y con una mano delicada hizo un gesto que abarcaba el resplandeciente salón.

–Me ocupo de la casa. Es un trabajo que nunca se acaba. ¿No cree, señora...?

–Llámeme Agatha. Yo tengo una mujer de la limpieza. No soy muy buena como ama de casa.

–Oh, pero una debe cuidar de todo. Es lo menos que se puede hacer por un marido trabajador. Me gusta que Basil tenga su nidito arreglado al volver a casa... cuando vuelve –añadió con melancolía.

James vació su copa con un pequeña mueca y le hizo una señal con la mirada a Agatha.

–Bien, tenemos que irnos, señora Morton. Nos quedan más visitas pendientes.

–Oh, ¿tienen que irse? ¿No les apetece un poco más de jerez?

–No, de verdad. Es usted muy amable.

–¿Quién le digo a mi marido que ha venido a verle?

–El señor y la señora Perth.

–¿Y qué más podríamos preguntarle? –dijo James ya en el coche–. No íbamos a decirle a esa pobre limpiadora neurótica que su marido se ha ido a España con otra mujer.

–¿Y ahora qué hacemos? –preguntó Agatha.

–Ahora toca el señor Comfort, diría. Ashton-Le-Walls otra vez, y luego ya veremos. La niebla ha vuelto.

–¿Vamos a darle al señor Comfort nuestros verdaderos nombres?

–Sí, creo que sí.

–¿Por qué hemos perdido el tiempo yendo a visitar a Basil?

–Bueno, no íbamos a verle porque ya sabíamos que estaba fuera del país. Yo pretendía preguntar por él a los vecinos. Es curioso, ni por un momento pensé que estuviera casado.

–Supongo que si hubiésemos sido amables, deberíamos habérselo contado nosotros –dijo Agatha despacio–. Creo que la policía hará comprobaciones y se lo dirá. Ay Dios, tanto limpiar y abrillantar en nombre del amor. Seguramente él estará escupiendo en el suelo de la habitación de su hotel y dejando aros de humedad de las copas de vino en la mesita de noche.

–Ahora concéntrate sólo en la maldita niebla.

James frotó el parabrisas con una mano enguantada. Habían dejado la carretera de dos carriles y avanzaban despacio a través de la niebla hacia Ashton-Le-Walls.

–Y ¿qué vamos a preguntarle? ¡Cuidado! –gritó Agatha cuando un tejón se plantó delante de los faros.

James frenó y el animal se perdió en el seto moviéndose con torpeza.

–No lo sé –dijo James exasperado–. Por el amor de Dios. –Había vuelto a ponerse en marcha sólo para tener que frenar bruscamente de nuevo por un ciervo que saltó en medio de la niebla justo delante de ellos–. ¿Por qué todos estos malditos animales no buscan un refugio cálido y cómodo en vez de merodear por ahí en una noche como ésta? Y con respecto al señor Comfort, improvisaremos. Puede que ni siquiera esté en casa. O a lo mejor nos damos de narices con la segunda señora Comfort.

Geoffrey Comfort vivía en una gran casa señorial en las afueras del pueblo.

–Nunca habría pensado que se ganaba tanto dinero embolsando patatas – se maravilló Agatha–. Empiezo a pensar que he dedicado mi vida a la profesión equivocada.

–La casa parece vacía –murmuró James escrutando entre la niebla–. No, espera un momento. Se ve una rendija de luz a través de las cortinas de abajo.

Aparcaron, se acercaron a la casa y llamaron al timbre. Esperaron un largo rato.

–Seguramente dejaron la luz encendida por los ladrones –decía Agatha justo cuando la puerta se abrió de golpe y apareció ante ellos un hombre de mediana edad.

Estaba gordo y grasiento, un poco como una patata encarnada en persona, una de esas patatas lavadas y embolsadas para los supermercados, impresión subrayada por su cara gruesa y levemente bronceada, y con dos lunares negros, como unos ojos de patata.

–¿Sí?

–¿Señor Comfort?

–Sí.

–Mi nombre es James Lacey y ella es Agatha Raisin.

–¿Y?

–El marido de la señora Raisin ha sido asesinado recientemente. Estuvo en una clínica en las mismas fechas que su esposa.

–¡Váyanse a la mierda! –Y le cerró la pesada puerta en las narices.

–¿Y ahora qué hacemos? –preguntó Agatha.

–Pues ir al pub más cercano y comer y beber algo, eso es lo que vamos a hacer. No podemos volver a llamar al timbre y pedirle que hable con nosotros, ¿no crees?

En ese instante se abrió una ventana y se asomó la cabeza redondeada del señor Comfort.

–Y desaparezcan rápido o soltaré al perro.

–Ahí tienes la respuesta. Al coche, rápido, Agatha.

Salieron pitando y James tuvo que dar un volantazo en el camino de acceso para no atropellar a un faisán.

–¿Qué hace despierto ese estúpido pájaro? ¿Por qué no está subido a un árbol como los demás de su especie? ¿Por qué todos los habitantes del campo quieren suicidarse?

–Me bebería un cubo de ginebra –dijo Agatha con tono lúgubre–. Es una pena que tengas que conducir.

–No te preocupes. Beberé lo justo para que no me descubra ningún alcoholímetro. La verdad, tengo más hambre que sed.

Encontraron el pub del pueblo, que tenía el pintoresco nombre de Tapestry Arms. Había un menú anotado con tiza en una pizarra al lado de la barra. James leyó en voz alta:

–Salchicha jumbo con patatas chips, pollo al curry con patatas chips, lasaña con patatas chips, pescado con patatas chips y combinado *ploughman's*.

–¿Buscamos otro sitio?

–No con esta niebla. Probemos un par de *ploughman's* y toquemos madera.

El combinado *ploughman's* resultó estar compuesto de un pan de barra bastante duro, con un minúsculo dedo de mantequilla aguada y una punta de queso Cheddar que a cualquiera le habría parecido un trozo de una pastilla de jabón de sosa.

A Agatha le sirvieron un gin-tonic del tiempo porque el pub se había quedado sin hielo.

Unas franjas de niebla se habían introducido en el local. Agatha apartó el plato que había dejado a medias y se encendió un cigarrillo.

–No me mires así, James. Con tanta niebla aquí dentro, el humo ni se notará.

–¿Así que crees que la Hardy aceptará tu oferta? –preguntó.

–No, no lo creo. Me parece que al final tendré que pagarle lo que me pide. Sé que es una tontería y que podría encontrar otra cosa cerca, pero quiero recuperar mi casa. ¿Te fijaste en cómo tenía el jardín cuando fuimos? Malas hierbas por todas partes. ¿Por qué vive la gente en el campo si no le gustan los seres vivos? –preguntó Agatha retóricamente.

Frunció la nariz al dar un trago del gin-tonic tibio y vertió lo que quedaba en una planta de plástico que había en un estante al lado de su mesa.

–Intuyo que no quieres otro, ¿no?

–No, gracias. Y tampoco me apetece una cerveza caliente.

–En ese caso más vale que nos enfrentemos a un viaje de vuelta a casa entre la niebla.

Salieron. La niebla se había levantado y soplaban un viento fresco. Una pequeña luna recorría apresuradamente las nubes. Una lluvia de hayucos cayó sobre la cabeza de Agatha.

–¡Más hayucos!

–Son venenosos –dijo James–. Al menos, para las ovejas y las vacas, aunque no parece que afecten a las ardillas.

Una vez en casa, James dijo cansado:

–Me parece que vamos a estar dando vueltas y más vueltas sin llegar a ninguna parte. La policía cuenta con todos sus recursos para comprobar las historias de los sospechosos, las coartadas y las cuentas bancarias. ¿Crees que merece la pena que nos desplazemos hasta Londres a ver a esa secretaria?

–Claro. –A Agatha le entró pánico de que si interrumpían las investigaciones, James retomara su plan de irse al extranjero–. Lo verás todo con mejores ojos por la mañana.

Helen Warwick no estaba en las dependencias parlamentarias sino en su piso, en una manzana victoriana en Gloucester Road, en Kensington. Cuando abrió la puerta, Agatha no dio crédito a que esa dama hubiera podido ser la amante de sir Desmond. Era una mujer regordeta y apacible, con ojos gris claro y cabello castaño recogido en un anticuado moño. Vestía una blusa de seda entallada y una falda de tweed, unos zapatos de cuero nada llamativos y no iba maquillada. James le echó cuarenta y tantos.

James explicó, esta vez sin mentir, quiénes eran y por qué razón estaban ahí.

–Más vale que pasen –dijo ella.

El piso era grande y bastante oscuro, pero muy cómodo, con una chimenea encendida que iluminaba el salón. Junto a una ventana había un gran cuenco lleno de hojas otoñales, y crisantemos en una mesa bruñida. El

sofá y las sillas tenían cojines de plumas. Un precioso paisaje victoriano inglés colgaba sobre la chimenea. Daba la impresión de que la señorita Warwick tenía dinero y seguramente siempre lo había tenido.

–Me quedé conmocionada al enterarme de la muerte de Desmond –explicó Helen–. Éramos muy buenos amigos. Él siempre fue muy amable y cortés. Lamento que su esposa tuviera que descubrirlo de ese modo tan horrible. ¿Qué es todo eso de un chantaje?

Así que le contaron lo de Jimmy Raisin y la señora Gore-Appleton.

–Los recuerdo –dijo Helen–. No, no intentaron chantajearme. Soy el tipo de persona que habría acudido directamente a la policía, y ellos debieron darse cuenta de ello. No me cayeron nada bien. No tengo la menor ni idea de cómo descubrieron mi verdadera identidad.

–Probablemente registraron su bolso –dijo Agatha.

–¿Y vieron el nombre que constaba en las tarjetas de crédito? Sí, supongo que sí. Qué personas más espantosas. De hecho, ahora que lo pienso, casi podría decirles el día que lo descubrieron.

–Háblenos de ellos –le pidió Agatha con interés–. Toda la gente a la que hemos preguntado por ellos nos ha dado respuestas vagas, incluyendo una mujer que se había acostado con Jimmy.

–Déjenme pensar... ¿Les apetece un café?

–No, gracias –dijo James, anhelando escuchar lo que tenía que contarles y temeroso de que, si se iba a la cocina, cambiara de opinión y rehusara hablar con ellos.

–Al principio, Desmond y yo bromeábamos sobre esas clínicas. A decir verdad, no nos preocupaba demasiado nuestra salud. Nos parecía que sería un sitio divertido para estar juntos. A su mujer podría haberle resultado sospechoso que Desmond fuera a un hotel, pero él le contó que tenía la presión alta y eso le inquietaba. Jimmy Raisin estaba hecho una piltrafa. Llegamos el mismo día. Él apestaba a alcohol, aunque al cabo de un par de días ya parecía otro hombre. Pululaba a todas horas a nuestro alrededor, dándonos jabón, me trataba de «lady» hasta aburrirme, alardeaba de que conocía a famosos de toda índole. Era el tipo de hombre que llama a los famosos por su nombre de pila. No paraba de hablar de su viejo amigo, Tony, que había ganado un Oscar, y resultó que se refería a Anthony Hopkins. No

creo ni que le conociera. La señora Gore-Appleton no era mucho mejor. Me sacaba de *quisio*, como dicen los americanos. Tenía modales bruscos, pero recubiertos de una capa de almíbar, no sé si me entienden. Me halagaba efusivamente, sin parar, mientras que a la vez me calaba con una mirada que dejaba bien claro cuál era su intención: saber si me había tragado sus cuentos. Al final, Desmond les dijo que nos gustaría pasar algún tiempo solos. Al día siguiente, debíamos llevar unos cinco días allí, empezaron a lanzarnos miradas cómplices y maliciosas, y cuando pasaban por delante de nuestra mesa, se reían con desprecio. Pensé que era porque Desmond los había desairado, pero supongo que debieron de descubrir que yo no era lady Derrington. ¿Qué más puedo contarles? Yo creía que Jimmy Raisin era un chanchullero, lo que antes llamaban un vivales. Tenía algo de sórdido. Por lo que leí en los periódicos, creo que hacía mucho que no lo veía, señora Raisin. La señora Gore-Appleton era rubia y musculosa; fingía ser una auténtica dama, pero había algo que no cuadraba. Les diré qué haremos. Permítanme que les sirva unos cafés y lo pensaré un poco más.

Agatha y James esperaron hasta que volvió con una bandeja. No sólo traía café sino también pastas de té tostadas caseras.

—¿Las ha hecho usted? —preguntó James dando un admirado bocado más—. Son excelentes, y el café es divino. —Estiró sus largas piernas—. Se está muy bien aquí.

Helen le devolvió una sonrisa cálida.

—Vengan cuando pasen por la ciudad; siempre hay una hora para tomársela libre.

Agatha se tensó. De repente, esa despreciable mujer le pareció más rival que una sílfide rubia. Le entraron ganas de llevarse a James de allí.

Pero Helen hablaba de nuevo.

—¿Ha dicho que él se acostó con alguna mujer? —Se rio—. Me encanta ese eufemismo, «se acostó». Dudo que permaneciera en postura supina mucho rato. —Se le escapó una risa cálida y densa, y los ojos diminutos de Agatha se clavaron en ella con un odio apenas disimulado—. Supongo que sería con la señora Comfort, ¿me equivoco?

—¿Cómo lo sabía? —preguntó James.

–Oh, él le reía todas las gracias y Gore-Appleton le alentaba. Incluso le oí decir a él: «Esta noche caerá», y la Gore-Appleton se rio y dijo: «Que te diviertas». A la mañana siguiente, bueno, el lenguaje corporal y todo eso, ya sabe a qué me refiero, ¿verdad, James?

–Oh, por descontado.

«Voy a matar a esta zorra», pensó Agatha.

–Y la pobre solterona acabó asesinada –dijo Helen con un estremecimiento teatral–. ¿Más café, James?

Su blusa de seda entallada tenía un marcado escote en uve y ella se inclinó hacia delante, deliberadamente, pensó Agatha, para alcanzar la cafetera en un ángulo tal que James alcanzó a ver un par de espléndidos pechos cubiertos por un sostén de encaje.

James se tomó una taza más y se sirvió otra pasta de té. Agatha gruñía para sus adentros.

De repente, Helen la miró:

–Ahora lo recuerdo. Usted y el señor Lacey iban a casarse pero Jimmy apareció en su boda. –Volvió a reírse–. Debió de ser toda una escena. Ahora podrán casarse.

–Sí –dijo Agatha.

–Todavía no hemos hecho planes –dijo James.

Siguió un silencio incómodo.

–Tenemos que irnos –anunció Agatha con brusquedad.

–¿Puede esperar a que termine el café, *querida*?

Agatha, que ya se estaba incorporando, se sentó de nuevo.

–Lacey, Lacey... –decía Helen–, ¿no será pariente del teniente general Robert Lacey?

–Es mi padre. Murió hace tiempo.

–Oh, entonces, debe de saber que... –Y lo que siguió fue el tipo de conversación que Agatha tanto temía, en la que James y Helen hablaban animadamente sobre gente que ella no conocía.

Al fin, cuando Agatha creía que ya no aguantaría un minuto más sin echarse a gritar, James se puso en pie, a todas luces con desgana. Salieron, primero Agatha, murmurando unas gracias avinagradas, y James tras ella,

deteniéndose a besar a Helen en la mejilla y prometiéndole tras intercambiar sus tarjetas que se pasaría a verla.

Agatha fue echando chispas todo el trayecto de regreso a Carsely. Se quejó amargamente de las arpías que vivían a costa de los hombres en lugar de trabajar. James intentó recordarle que, como secretaria de un parlamentario, Helen sí trabajaba, pero con eso sólo pareció enfurecer todavía más a Agatha. James la dejó en casa y le dijo que tenía que ver a alguien, de modo que se quedó sola, torturándose carcomida por los celos, imaginando que él volvía a Londres a pasar la noche con Helen. Al final, se fue a la cama e intentó ponerse a leer, atenta por si oía la llave de James en la puerta. Por fin, recién pasada la medianoche, lo oyó volver, subir las escaleras y entrar en el lavabo, asearse y entrar en su propio dormitorio sin pasarse a darle las buenas noches, aunque seguramente había visto la luz que salía por debajo de su puerta.

Agatha levantó la cabeza y le dio un puñetazo a la almohada, apagó la luz e intentó tranquilizarse para dormir. Pero no logró conciliar el sueño mientras daba vueltas y más vueltas, atormentándose con imágenes de un mundo fuera de allí, con las calles llenas de mujeres dispuestas a arrebatarse a James.

Y entonces se quedó rígida. Oyó un ruido furtivo que procedía de algún punto de la planta baja, seguido del *clac* metálico del buzón, y luego le pareció que vertían agua. Se puso la bata y corrió escaleras abajo. Abrió la puerta que daba al recibidor justo cuando una mano enguantada lanzaba una cerilla encendida a través de la boca del buzón. En ese instante, Agatha retrocedió de un salto hacia el salón y gritó «¡James!» en el mismo momento en que una cortina de fuego se alzaba hacia ella.

Él bajó precipitadamente las escaleras.

–Un incendio –gritó Agatha, que se encaminó a la puerta para abrirla, pero él tiró de ella hacia atrás.

–Sube al lavabo y vierte cubos de agua por el suelo. Está encima del recibidor. ¡Tenemos que impedir que el fuego se propague hasta la paja del tejado!

James corrió a la cocina mientras Agatha se precipitaba escaleras arriba. Maldiciendo, James llenó un cubo de agua, volvió corriendo con él y lanzó el agua a la puerta del salón, que ya empezaba a chisporrotear y abollarse.

Arriba, Agatha, sollozando de miedo, derramó agua sobre el suelo del lavabo. Se oyeron gritos y chillidos en el exterior. Agatha reconoció con claridad la voz del casero, John Fletcher, gritando:

–Sigan echando tierra. No vamos a quedarnos de brazos cruzados esperando a los bomberos. Oh, señora Hardy, eche más tierra, apresúrese. Es un incendio provocado con gasolina, la huelo.

Entonces, justo cuando James gritaba: «¡Está bien, Agatha!», ésta oyó a lo lejos las sirenas de los coches de la policía y los bomberos. Bajó despacio las escaleras y se sentó en los peldaños de abajo con la cabeza entre las manos.

La puerta del salón estaba ahora abierta y dejaba ver el desastre ennegrecido y humeante del pequeño recibidor, en el que se había acumulado un montón de tierra.

–¿Quién haría algo así? –preguntó James–. Alguien ha pretendido abrasarnos vivos.

–Seguramente Helen Warwick –dijo Agatha, y se echó a llorar.

SIETE

De repente, la casa parecía llena de gente.

Fred Griggs, el policía; la señora Bloxby, con un suéter y unos pantalones que se había puesto por encima del pijama; John Fletcher, el dueño del pub; la señora Hardy; y más vecinos.

–Tiene que darle las gracias a la señora Hardy por lo rápido que ha reaccionado –dijo Fred–. Llamó a los bomberos y luego corrió con cubos de tierra para echársela al fuego. El agua no sirve de mucho para apagar un incendio de gasolina.

–¿Se encuentra bien, señora Raisin? –La cara habitualmente agriada de la señora Hardy transmitía preocupación.

–Un poco alterada –contestó Agatha.

–¿Quién ha podido hacer algo así?

Agatha se estremeció y se rodeó con más fuerza con los brazos.

–No lo sé, simplemente, no lo sé.

Cuando llegaron los policías y, al poco, Bill Wong y otros dos detectives a los que Agatha no conocía, la Carsely Ladies' Society ya se había hecho cargo de la cocina y preparaba té para todos. Agatha se vio agobiada por sus vecinas, que le dieron pastas caseras. John Fletcher había traído una caja de cerveza del pub y servía bebidas a los hombres. James miraba la atestada casa con gesto confundido, preguntándose si poner algo de música y aprovechar para montar una fiesta.

Pero la policía echó a todo el mundo tras escuchar un informe del jefe de bomberos, y los detectives se dispusieron a interrogar a Agatha y James.

–Has estado metiendo esa pezuña tuya en arenas movedizas y agitándolo todo –acusó Bill a Agatha–. ¿A quién has ido a ver hoy? –Se miró el reloj–. O, mejor dicho, ayer.

James lanzó a Agatha una mirada de advertencia, pero ésta dijo:

–A Helen Warwick.

–¡Qué! ¿La secretaria que estaba liada con sir Desmond Derrington? ¡Os dije que no os entrometierais!

James repuso con voz cansina:

–Sí, ya sé que lo dijiste. Pero hasta que este asesinato, o asesinatos, se resuelvan, Agatha y yo sentimos que siempre se nos considerará sospechosos.

–Ya hablaré con vosotros de eso más tarde. Ahora, decidme, ¿a quién más habéis visto?

–Ayer, a nadie más.

–¿Y anteayer?

James vaciló. Luego se encogió de hombros y dijo:

–La señora Comfort se había ido a España con su amante, un tal Basil Morton que vive en Mircester. Fuimos a ver qué podíamos averiguar sobre él. Está casado y su mujer no tenía ni idea de lo que él se traía entre manos. Luego fuimos a visitar al exmarido de la señora Comfort en Ashton-Le-Walls. Nos amenazó con soltar al perro. Fin de la historia.

–¿Y cómo supisteis de la señora Comfort? ¿De dónde sacasteis su dirección? Y, bien pensado, ¿cómo conseguisteis las direcciones de las demás personas que habían estado en la clínica-balneario?

–Roy Silver contrató a una detective para que investigase sobre Jimmy –dijo Agatha–. Ella nos buscó las direcciones.

–¿Cómo se llama?

–No me acuerdo –farfulló Agatha.

–Se lo preguntaremos a Silver.

Agatha miró con impotencia a James.

–No hay ninguna necesidad de mentir, Agatha –intervino éste–. Nos alojamos brevemente en la clínica, Bill, y, mientras estábamos allí, tuve ocasión de echar un vistazo a los archivos. ¿Crees que podría posponerse el resto del interrogatorio hasta que hayamos dormido un poco? Los dos estamos bastante alterados.

–Muy bien. Pero os espero a los dos mañana en comisaría en cuanto podáis.

Cuando Bill Wong se subió al coche para irse con los demás agentes, el primer pensamiento que le vino a la cabeza fue: «Tengo un montón de cosas que contarle a Maddie...», al que siguió al instante otro pensamiento hiriente: «Que me parta un rayo si le cuento nada». Era extraño que ellos, la policía, no hubieran podido dar todavía con la señora Gore-Appleton. Y pese a todo había algo que le inquietaba, agazapado en los recovecos de su cabeza, algo que había dicho alguien, algo demasiado obvio que a él no se le había ocurrido hacer.

Al día siguiente, el carpintero del pueblo hizo unos arreglos provisionales, colocando aglomerado y una puerta improvisada mientras James llamaba a la compañía de seguros. La señora Hardy telefoneó a Agatha y le pidió si podía «pasarse por la puerta de al lado» para charlar.

–Iré a ver lo que quiere, James –dijo Agatha–, y luego más vale que vayamos a Mircester.

Agatha fue a desgana a la casa contigua. La señora Hardy no le caía nada bien, pero la mujer había hecho todo lo posible para ayudar a apagar el incendio. No sólo eso, les había salvado la vida, pensó Agatha. Aunque se trataba de una exageración descabellada, pues los dos podrían haber huido de las llamas por la puerta de atrás.

Pero la que le abrió la puerta era una señora Hardy cambiada:

–Pase, pobrecita –le dijo–. ¡Menuda pesadilla!

–Gracias por todo lo que ha hecho por nosotros. –Agatha la siguió hasta la cocina.

–¿Café?

–Sí, por favor.

La señora Hardy sirvió dos tazas de café y se sentaron a la mesa de la cocina.

–Iré directa al grano. –La señora Hardy movía nerviosa la taza entre las manos cargadas de anillos–. Decidí establecerme en el campo atraída por la paz y la tranquilidad. Empezaba a parecerme demasiado tranquilo, pero lo

que le pasó a usted anoche me asustó, y pasar miedo no es precisamente mi concepto de emoción. Un maníaco anda suelto y quiero irme de aquí. Estoy dispuesta a aceptar su oferta de ciento diez mil libras.

Agatha sintió el repentino impulso de decir que por ella lo dejaría en ciento treinta mil, que era la suma que había ofrecido en un principio, pero se contuvo a tiempo.

—¿Cuándo quiere que vayamos a ver a los abogados?

—Hoy, si es posible —dijo la señora Hardy.

—Déjeme ver, hemos de ir a Mircester para declarar en comisaría. Desde allí podríamos acercarnos a Cheltenham. ¿Qué le parece a eso de las cuatro?

—Muy bien, lo organizaré.

—Dígame —le preguntó entonces Agatha con curiosidad—, ¿qué es lo que no le gusta de Carsely, aparte de los asesinatos y el caos?

La señora Hardy suspiró.

—Me he sentido muy sola desde que falleció mi marido. Creía que un pueblo pequeño sería un lugar acogedor.

—¡Pero si lo es! —se quejó Agatha—. Todo el mundo está dispuesto a ser amigable si se le da la ocasión.

—Ya, pero eso implica ir a la iglesia, hablar con los catetos del pub y hacerse miembro de alguna horripilante sociedad femenina.

—A mí todo eso me parece un encanto.

—Bueno, pues a mí no. A mí me gustan las ciudades. Alquilaré algo en Londres. Dejaré mis cosas en un guardamuebles y me instalaré en un apartamento con servicio mientras busco piso.

Pero el comentario de la señora Hardy acerca de que era incapaz de hacer amigos había llegado directamente al corazón de Agatha, que recordaba lo sola que se había sentido antes de llegar a Carsely.

—¿Por qué no se queda? Podríamos ser amigas —dijo.

—Es muy amable por su parte. —La señora Hardy esbozó una sonrisa irónica—. ¿Ya no quiere recuperar su *cottage*?

—Bueno, sí, claro, pero...

—Entonces, aproveche ahora y quédeselo. Nos veremos esta tarde en el bufete de abogados.

–Y eso ha sido todo –le contó Agatha a James a los pocos minutos–. Así que pronto estaré de vuelta en casa. Cuando me iba dijo que podría instalarme dos semanas después de la firma de los documentos.

James se sintió contrariado. Hacía un momento cualquiera habría dicho que lo único que le pedía a la vida era recuperar su *cottage* para sí mismo, sin Agatha Raisin esparciendo ceniza de cigarrillo por encima de todo. Concluyó que ella no tendría por qué alegrarse tanto de la perspectiva de dejar su casa.

–Bueno, si estás preparada –dijo–, vamos a comisaría.

Las hojas caían volando delante de ellos cuando salieron en coche, hojas de otoño, que bailaban y se balanceaban arrastradas por un potente viento racheado que descendía de un cielo cargado de nubes bajas, negras y desiguales.

El campo entero estaba en movimiento. Una lluvia de hayucos tamborileaba sobre el techo del coche. Una mujer, al bajarse del coche en el Quarry Garage, tuvo que agarrarse la falda para que el viento no se la levantara. Un periódico viejo subió a las alturas trazando una espiral y emprendió una danza frenética a través de los surcos de un campo arado. Y en alguna parte, pensó Agatha, merodeando por ahí, andaba un asesino.

–Tiene que ser algo relacionado con esa Helen Warwick –dijo.

–No seas tonta –le espetó James–. ¿De verdad crees que vino desde Londres para verter gasolina a través de nuestro buzón? ¿Por qué iba a hacerlo?

–Porque juraría que esa mujer sabe algo.

–No me digas. Entonces lo mejor será que le haga otra visita.

–Ya, sí, eso es lo que te gustaría, ¿verdad?

–Pues sí, mucho. Me pareció una mujer encantadora.

–Los hombres estáis ciegos. Era taimada y retorcida. Y una mercenaria.

–Esa es tu opinión de celosa, Agatha.

–No de esa bruja gorda. Anoche podrían habernos matado.

–No disponiendo de una puerta trasera al jardín.

–¿Y si los dos hubiéramos estado dormidos?

A eso James no respondió.

Recorrieron el resto del trayecto hasta Mircester en silencio.

En comisaría había muchas preguntas por responder. En esta ocasión, el inspector Wilkes se encargó del interrogatorio, con Bill Wong a su lado. Agatha notó que empezaba a sudar. Le daba miedo que a James o a ella se les escapara algo y que Wilkes descubriera que habían entrado sin permiso en la casa.

Cuando por fin hubo acabado todo y firmaron sus declaraciones, Wilkes dijo con absoluta seriedad:

–Tendría que acusarlos a ambos de obstruir la labor policial. Pero voy a advertirles por última vez. Puede que a ustedes les parezcamos muy lentos, pero somos meticulosos.

Salieron de allí sintiendo que habían sido objeto de una reprimenda. Desde una ventana de la planta de arriba, Maddie Hurd observó cómo se iban. Se mordía la uña del pulgar mientras los miraba fijamente. No la habían convocado a participar en el interrogatorio. Es más, no le habían pedido que hiciera nada más relacionado con ese caso. En su lugar, le habían encargado investigar una serie de robos en casas. Maddie echaba la culpa a Bill Wong de que sus superiores se hubieran vuelto contra ella.

Aunque Bill no había abierto la boca, que ella le hubiera dado calabazas tenía mucho que ver con lo que estaba pasando. Bill Wong era muy querido y popular en el cuerpo; Maddie, no. Se esperaba de las mujeres, incluso de las del departamento de policía, que se comportaran como tales. No era bien visto que las mujeres policías dejaran plantados a sus colegas varones. Así, aunque el inspector jefe Wilkes no se sentara y dijera: «No queremos a Maddie Hurd en el caso por el modo en que ha tratado a Bill Wong», había llegado a la conclusión, sin pensarlo siquiera, que ella no era la oficial apropiada para el trabajo.

Agatha acabó el trámite de la recompra de su *cottage*, aunque la conciencia la impulsó a ofrecer finalmente 120.000 libras. Creía que había juzgado mal a la señora Hardy cuando en realidad era su alma gemela.

Al salir del bufete de abogados, Agatha dijo impulsivamente:

–Mire, el sábado por la noche se celebra un baile en el salón de actos del ayuntamiento. ¿Por qué no viene con James y conmigo? No, no se niegue de buenas a primeras. Yo misma creía que detestaría actos sociales como éste, pero son muy divertidos. Y es por una buena causa. Estamos recaudando fondos para una organización de lucha contra el cáncer.

La señora Hardy esbozó una débil sonrisa. Parecía haber perdido toda la agresividad.

–Bueno, no sé, tal vez... –dijo vacilante.

–De eso se trata. Piénseselo.

Agatha se despidió agitando la mano y se encaminó al coche, donde la esperaba James.

–Bueno, ya está –dijo, animada–. ¿Sabes que no es tan mal bicho? La he invitado a que nos acompañe al baile el sábado.

James gruñó:

–No sabía que íbamos a ese evento.

–Pues claro que vamos. ¿Qué sería un baile del pueblo sin nosotros?

Agatha se puso una blusa de gasa y una falda de terciopelo negro para el baile del sábado, lamentando que los tiempos de los auténticos vestidos de noche para los bailes se hubieran perdido para siempre. Un vestido de noche completo era muy glamuroso. Ya se estaba arrepintiendo de haberse ofrecido a «hacer de madre» de la señora Hardy en el baile. Y eso que no había ninguna mujer del pueblo que atrajera el interés de James. Y sí le interesaban las mujeres, vista la atención que le había prestado a Helen Warwick.

A lo mejor había querido darle alguna esperanza cuando dijo «Tienes que darme tiempo». Tal vez podían irse juntos al norte de Chipre, sólo como unas vacaciones. No tenía por qué ser una luna de miel. Se sentó en el tocador, con el lápiz de labios suspendido delante de la boca, la mirada perdida mientras se imaginaba a sí misma paseando con James por la playa, charlando.

Entonces se encogió de hombros e, inclinándose hacia delante, se aplicó el pintalabios con mano cuidadosa. El James de sus sueños siempre hablaba muy bien, siempre decía todas esas cosas maravillosas que ella anhelaba

escuchar. El James real seguramente hablaría de libros y de la situación política. Se levantó. La falda le quedaba suelta en la cintura. No era gracias a la breve estancia en la clínica, sino una consecuencia de vivir con James y comer los platos que él preparaba con esmero, sin fritangas ni postres dulces. Tampoco tenía ganas de picar nada antes de las comidas porque todavía se sentía obligada a pedirle todo, y era más cómodo no tomar nada entre comidas que pedir algo y ganarse fama de glotona. Incluso la cara se le había adelgazado y tenía la piel más clara. «A lo mejor hasta me podrían echar sólo cuarenta», pensó Agatha.

Tras recoger a la señora Hardy y empezar a caminar hacia el salón del ayuntamiento, Agatha la miró de soslayo y le pareció que podría haberse tomado la molestia de vestirse un poco mejor. La señora Hardy llevaba una falda verde de tweed bastante holgada y una blusa negra debajo de un impermeable.

–No creo que sea muy buena idea –dijo la señora Hardy–. No me gusta bailar.

–Quédese un rato y tómese una copa –la animó Agatha–, y luego, si ve que sigue sin gustarle, siempre puede volver a casa.

La luz salía a raudales del salón del ayuntamiento y oían ya el alegre bullicio de la banda del pueblo.

–Hoy la sesión será de baile antiguo, nada de disco –dijo Agatha–, ni de heavy metal.

–¿Se refiere a *Pride of Erin*, bailes por filas de parejas al son de marchas militares, cosas así?

–Sí.

–Oh, ésos me los sé –dijo la señora Hardy–. No creí que nadie tocara ese tipo de bailes todavía. Pensaba que se tomaban unas pastillas de éxtasis y se lanzaban a dar vueltas como derviches.

Dejaron los abrigo en el guardarropa improvisado del que cuidaba con fiereza digna de un soldado la anciana señora Boggle.

–Son cincuenta peniques por cabeza –dijo ésta–, y cuelguen sus abrigo.

–Es la primera vez que me cobran por el guardarropa en el ayuntamiento –comentó Agatha con suspicacia.

–No creerá que hago esto por amor al arte –gruñó la señora Boogle.

James pagó y luego condujo a sus dos acompañantes al salón.

–El siguiente baile es una danza campesina canadiense –anunció el maestro de ceremonias del baile, el vicario Alf Bloxby.

James se volvió a la señora Hardy.

–¿Quiere probar?

–Oh, no sé...

–Oh, vamos –dijo Agatha, resuelta a mostrarse caritativa y recordándose que pronto estaría de vuelta en su propia casa.

James y la señora Hardy saltaron a la pista. Agatha se acercó a la barra, en la que servía el dueño del pub, John Fletcher, tras dejar a su mujer a cargo del local.

–Un gin-tonic, John –dijo Agatha.

–Aquí tiene. ¿Cómo va la investigación del asesinato? ¿Han pillado a alguien?

Agatha negó con la cabeza.

–Es raro, ¿no? Y luego lo del asesinato de esa pobre mujer en el cine. Aunque ahora la policía no cree que los dos crímenes estén relacionados.

–¿Desde cuándo?

–No lo sé. Fred Griggs estaba contándolo el otro día.

Se dio la vuelta para servir a otro cliente.

Agatha se encontró a la señora Bloxby a su lado.

–La señora Hardy parece haber salido por fin de su cáscara –comentó la mujer del vicario.

Agatha se dio la vuelta e inspeccionó la pista de baile. La señora Hardy bailaba con una inesperada gracilidad y se reía de algo que le contaba James.

–Y, si no me equivoco, ha puesto ojitos de coqueta. Aunque –se apresuró a añadir la señora Bloxby– no es que sea rival para usted. A usted últimamente se la ve esbelta y guapa.

–Será por la cocina de James –explicó Agatha–. Hemos traído a la señora Hardy para animarla. Sólo espero que no se anime demasiado, porque puede que decida quedarse.

–Pero ¿ha recuperado su *cottage*?

–Sí, todo está conforme y firmado.

–En ese caso, ella ya no puede hacer nada.

–Espero que James no se deje llevar por mi acto de buena samaritana – dijo Agatha–. Si él le pide el siguiente baile, voy y la mato..., oh, Dios, ay que ver con qué facilidad se dicen barbaridades como ésa. Creo que nunca descubriré quién asesinó a Jimmy.

–Vamos a sentarnos en aquel rincón, lejos del ruido de la banda, y me lo cuenta todo –propuso la señora Bloxby.

Agatha vaciló. La canción había terminado, pero James le estaba pidiendo a la señorita Simms el siguiente baile.

–Muy bien –decidió.

Se llevaron las bebidas hasta un par de sillas que había en un rincón del salón.

–Me parece que ya está al tanto de una buena parte –empezó a explicarle Agatha–. Jimmy, y seguramente la tal señora Gore-Appleton, que dirigía una dudosa organización de beneficencia, se alojaron en una clínica-balneario, descubrieron los secretos que pudieron y se dedicaron a chantajear a algunos de los clientes. Creo que uno de ellos asesinó a Jimmy. –Y siguió describiéndole el resto de sus pesquisas.

La señora Bloxby la escuchó atentamente y al final dijo:

–Yo pensaría que la principal sospechosa es la propia señora Gore-Appleton.

–Pero ¡si los dos estaban juntos en esto!

–Precisamente. Pero Jimmy volvió a beber y cayó de nuevo al arroyo. Aunque emergió lo suficiente para limpiarse un poco para su boda. De manera que, y es sólo una suposición, antes de la boda tuvo que pasar un periodo relativamente sobrio, y necesitaba dinero. ¿Por qué no recurrir a su antigua protectora? Piénselo un poco: pongamos que ella no quiere tener nada más que ver con él, porque su alcohólico milagrosamente curado no está tan curado como parecía. De manera que ella lo manda a tomar viento. Pero Jimmy le ha cogido gusto al chantaje y, dado que en sus tiempos había colaborado con ella, debía de estar al tanto de que su organización era un fraude. Sabe que la policía la está buscando, así que va y le dice algo parecido a: «Paga o les diré dónde estás». Espere un momento. Eso pudo

ocurrir justo antes de que viniera aquí. Él le cuenta además que va a estar en Carsley. Ella le sigue y espera el momento oportuno, y ¿qué mejor ocasión que cuando está totalmente borracho y acaba de tener una riña con su mujer?

Agatha la miró boquiabierta y dijo:

–Todo es tan sencillo que muy bien podría haber sucedido así. Pero sin duda la policía puede dar con esa mujer, con todos los recursos de que disponen y demás.

–Ella podría haberse cambiado el nombre.

–Es una idea. Me pregunto si habrán comprobado el registro para ver si alguna señora Gore-Appleton se cambió de nombre. Maldita sea, se supone que deben haberlo hecho.

–Ella era, y sigue siendo, una criminal, Agatha. Podría conseguir fácilmente documentación falsa. Aparte de ella, durante sus pesquisas ¿han conocido a alguien que pudiera ser un asesino?

–Cualquiera de ellos. Las huellas de hombre que había cerca del cadáver podían ser una tapadera. Yo tengo la corazonada de que fue una mujer. Esa secretaria, Helen Warwick; no me fío de ella en lo más mínimo.

–Se requiere cierta fuerza para estrangular a un hombre.

–La señora Comfort comentó algo raro acerca de la señora Gore-Appleton. Dijo que tenía aspecto masculino.

–¿Quiere decir que ella podría ser él, que fingía ser una mujer?

–A estas alturas, cualquier cosa me parece posible.

–Aquí estás –dijo James–. ¿Bailas, Agatha?

–Siéntate un momento –contestó ésta–. La señora Bloxby ha tenido algunas ideas.

Cuando la mujer del vicario acabó de esbozarlas, su marido estaba anunciando que en el siguiente baile las mujeres elegían pareja y, para consternación de Agatha, la señora Hardy se acercó, le dio unas palmadas en el hombro a James y se lo llevó por delante casi como si fuera una policía militar arrestando a un desertor.

–Ojalá esa mujer volviera a meterse en su cáscara –murmuró Agatha.

Empezaba a tener la vieja sensación de ser la fea del baile. Entonces se acordó de que podía elegir y fue a buscar a uno de los granjeros para bailar.

La señora Bloxby la miró y le pareció que Agatha estaba casi guapa. Sus ojos eran muy pequeños y su figura, por más que adelgazara, siempre parecía un poco rechoncha, pero tenía unas piernas espléndidas y su pelo castaño brillaba saludable.

Agatha empezó a olvidarse del asesinato y a disfrutar de la velada. James le pidió el siguiente baile y luego fueron a la barra para tomar unas copas con los demás. La señora Hardy bailó todos los bailes, con la cara sonrojada y los ojos brillantes.

—¿Quién habría imaginado que esa vieja bruja fuera tan agradable? No sé si me entiendes —comentó Agatha.

El baile del pueblo acabó, como siempre, a medianoche. Todos se despidieron y Agatha se fijó en que, tras cobrar, la señora Boggle se había ido dejando los abrigos sin vigilancia.

Volvieron andando a casa, con la señora Hardy colgada del brazo de James, para irritación de Agatha, y diciendo que había sido una velada estupenda. Acababan de doblar en la esquina para entrar en Lilac Lane cuando una figura oscura emergió de la zona menos iluminada de los arbustos.

A la tenue luz de la luna, vieron horrorizados que un hombre enmascarado se cruzaba en su camino blandiendo una pistola.

—Esto es un aviso —dijo rechinando los dientes—. Dejen de entrometerse. Y para asegurarme de que entienden que hablo en serio...

Bajó la pistola para apuntar a las piernas de Agatha.

Durante una fracción de segundo todos se quedaron paralizados; entonces, el pie de la señora Hardy salió disparado como el de un experto karateka y, de una patada, le quitó la pistola de la mano al asaltante. El hombre se dio la vuelta y huyó a la carrera. La señora Hardy salió tras él, pero tropezó y se cayó de bruces, obstaculizando la persecución de James, que tropezó a su vez con ella y se quedó despatarrado en la calle.

Agatha recuperó la voz y empezó a gritar pidiendo ayuda.

Más interrogatorios policiales. Agatha, lívida y temblando, se alteró más si cabe al enterarse de que el arma era falsa. Encomiaron el valor de la señora Hardy, pero le dijeron que había cometido una locura. Podría haber sido un arma de verdad.

–¿Dónde aprendió a dar patadas así? –preguntó Bill Wong.

La señora Hardy se rio.

–Viendo esas películas de Kung Fú por la tele. Supongo que fue una tontería por mi parte, y que fue pura suerte que le quitara la pistola de las manos con la patada.

–Tenga en cuenta –la advirtió Bill– que si esa arma hubiera sido de verdad y hubiera estado cargada, podría haberse disparado sola.

–Bueno, pues yo creo que ha sido muy valiente –dijo Agatha, aferrada a una taza de té dulce y caliente.

Mientras interrogaban de nuevo a James y la señora Hardy –¿cómo había sonado la voz del hombre, qué estatura tenía, qué ropa llevaba?–, Agatha empezó a pensar en Helen Warwick. Justo después de visitarla, habían intentado incendiar la casa de James, y ahora esto.

Tenía que haber alguna relación.

Pero cuando los detectives se fueron para unirse a los numerosos agentes que peinaban la zona –agentes armados, agentes con perros y hasta helicópteros de policía–, y la señora Hardy volvió por fin a su *cottage*, Agatha expuso sus sospechas sobre Helen Warwick a James. Él se encogió de hombros y repuso:

–Eso es absurdo.

–¡No es absurdo! –gritó Agatha.

–Te has llevado un buen susto –dijo James intentando aplacar su ira–. Mañana tengo que ir a Londres a ver a un viejo amigo. Te sugiero que te pases el día descansando en la cama para recuperarte. No, no me digas nada más. No estás en condiciones para pensar con lucidez.

Agatha se despertó a las nueve y se encontró con la casa vacía y que el coche de James ya no estaba. De repente se enfadó. Maldita sea, ella también iría a Londres y le preguntaría a Roy Silver si aquella detective que había

contratado había descubierto algo más.

Llamaron al timbre. Corrió a abrir, con la esperanza de que James hubiera vuelto. Pero la que estaba en el umbral era la mujer del vicario.

–Oh, señora Bloxby. Pase. Estaba a punto de ir a Londres.

–Ya sabe, insisto en que me llame Margaret. Y ¿no debería estar descansando?

–¿Han detenido a alguien? –preguntó Agatha por encima del hombro mientras se dirigían a la cocina.

–No hay ni rastro de él. Siguen buscando. Los bosques de la zona alta del pueblo están llenos de policías y perros. ¿El hombre llevaba guantes?

–Creo que sí, ¿por qué?

–Por las huellas dactilares.

Agatha sacó la jarra de café de la cafetera. De repente le tembló la mano y la jarra se le cayó, y aunque no se rompió rebotó por el suelo derramando el café y salpicando los aparadores. Agatha se sentó y rompió a llorar.

–Déjeme a mí –dijo la señora Bloxby, que la acercó a la mesa–, ahora siéntese y yo limpiaré todo esto.

–James... James es tan... tan quisquilloso –sollozó Agatha–. Se pondrá hecho una furia.

–Cuando haya acabado de recoger –dijo la mujer del vicario mientras se quitaba el abrigo–, ni se enterará de que aquí ha pasado algo.

Abrió el armario de debajo del fregadero y sacó el material de limpieza y un paño para el suelo. Mientras Agatha se sonaba compungida con un pañuelo, la señora Bloxby empezó a proceder con calma y eficacia. Luego encendió el hervidor y dijo:

–Creo que le sentará mejor un té. Sus nervios ya han sufrido bastante. Me sorprende que James se haya marchado. ¿Por qué?

–Dijo que tenía que ver a un viejo amigo. –Agatha, que por un momento parecía haber podido controlarse, notó que de nuevo se le saltaban las lágrimas–. Pero no creo que haya sido por eso, más bien me parece que ha ido a visitar a esa asesina, Helen Warwick.

–Prepararé el té y me lo cuenta.

Cuando se sentaron a la mesa, Agatha le explicó la visita a Helen Warwick y cómo después alguien había intentado abrasarlos vivos y luego, la noche anterior, el enmascarado había estado a punto de dispararle en las piernas, lo cual habría hecho si la señora Hardy no le hubiera quitado el arma de las manos de una patada.

–Me he enterado de lo de anoche. Fue un gesto muy valiente por parte de la señora Hardy. Que sirve para demostrar, Agatha, que su acto cristiano de llevarla al baile del ayuntamiento tuvo su recompensa. Siempre refuerza mi confianza en la bondad de las personas el que un pequeño gesto amable reciba una recompensa.

Agatha se las apañó para esbozar una sonrisa llorosa.

–Pues no parece funcionar con los Boggle.

–Oh, éstos, bueno... Siempre hay una excepción. Pero el interés de James por Helen Warwick está motivado tan sólo por el caso, ¿no es así?

–James tiene un gusto espantoso para las mujeres –repuso Agatha con tristeza–. ¿Se acuerda de Mary Fortune?¹

–Usted no estaba aquí por entonces –señaló la señora Bloxby–. ¿Han venido periodistas a hacer preguntas?

–¿Sobre el intento de dispararnos? No. Creo que la policía quiere mantener a la prensa alejada y se las ha ingeniado no sé cómo para que el incidente no trascienda por el momento. Los del pueblo también están hartos de la prensa, así que ninguno va a llamar a un periódico. Me acercaré a Londres y veré si Roy Silver ha descubierto algo; se me ha ocurrido una cosa. Es posible que pase allí la noche. Más vale que le deje una nota a James.

–¿No sería mejor que se quedara por aquí? Seguramente la policía vendrá a verla.

–Pueden hablar con la señora Hardy. Y de todos modos, me apetece un cambio de escenario.

–Creo que debería andarse con cuidado, Agatha. Hay alguien que parece más preocupado por sus investigaciones que por las de la policía.

–Empiezo a pensar que alguien se ha vuelto loco. Mire, fue un hombre el que nos asaltó anoche. La señora Comfort comentó algo acerca de que la señora Gore-Appleton tenía aspecto masculino. A lo mejor es que nunca

existió una señora Gore-Appleton. Tal vez siempre se trató de un señor Gore-Appleton, un hombre que se hizo pasar por mujer como parte de ese timo de la organización de beneficencia.

–Con todo, sigo pensando que debería quedarse aquí y descansar, Agatha.

–No. Me voy. Me sentiré mejor cuando haya salido del pueblo.

Pero Agatha se olvidó de dejar una nota a James.

En cuanto llegó a Londres, Agatha se vio conduciendo hacia Kensington, a Gloucester Road. Tenía que convencerse de que James había ido en realidad a ver a un amigo y no estaba con Helen Warwick. Mientras conducía en dirección a la manzana de apartamentos donde ésta vivía, fue repasando todos los coches estacionados. Por descontado, sabía que James podía haber aparcado en cualquier sitio. Incluso en las mejores horas, era difícil encontrar plaza de aparcamiento en Kensington. Podría haberlo estacionado en Cromwell Gardens o en Emperor's Gate o en cualquier otra parte que ella no pudiera ver. Pero de repente lo vio: allí estaba, en un aparcamiento de pago, a unos metros del edificio de Helen. Y, como el clavo definitivo en el ataúd de Agatha, allí mismo, tras salir de los apartamentos, se acercaban a ella James y Helen, riéndose y charlando como harían dos viejos amigos. El coche que Agatha tenía detrás y que no circulaba ni a diez por hora dio unos bocinazos impacientes. Agatha aceleró. Tenía ganas de dar la vuelta, ponerse a la altura de aquellos dos y cantarle las cuarenta a James desde la ventanilla. Pero, en lugar de eso, condujo por Palace Gate, giró a la izquierda en Kensington Gardens y se dirigió a la City.

Roy estaba en su oficina. Casi se escondió detrás de la mesa cuando vio la expresión sombría en la cara de Agatha.

–¿Qué has estado haciendo, querida?

Agatha le contó lo del incendio, la tentativa de dispararle y sus pesquisas. Roy se relajó visiblemente, suponiendo que la causa de la cara de cabreo de Agatha era todo ese lío y no algo que tuviera que ver con él.

–Tal vez al final sea la tal Hardy –sugirió cuando Agatha hubo terminado su relato–. Llegó a Carsely salida de la nada. ¿Y si en realidad ella es la señora Gore-Appleton? Quiero decir que coincidencias más raras se ven todos los días. Mucha gente decide instalarse en los Cotswolds y de repente se encuentra viviendo al lado de alguien al que ha procurado evitar durante toda su vida. Así que repasemos los hechos. Ella te compra el *cottage*. El hecho de que te apellides Raisin y seguramente seas la mujer de Jimmy le parece divertido. No es un apellido demasiado frecuente. Ella sabe de tu boda con James, pero imagina que estás divorciada. Es posible que Jimmy ni siquiera te mencionara. Entonces, él, durante sus merodeos, borracho y aturdido, se tropieza con ella, la reconoce como su vieja compinche e intenta apretarle los tornillos. Ella se lo quita de encima. Luego va a aquel cine de Mircester y allí, en la sala, ve a la señorita Purvey y, lo que es peor, la señorita Purvey la ve a ella, así que hay que silenciar a la vieja...

»Bien, entonces se asusta. Así que intenta quemaros vivos a los dos, pero un vecino empieza a gritar “¡Fuego!”, y ella ve la luz de tu dormitorio encendida en la planta de arriba y te oye gritar “¡James!” o algo así, y entonces decide que, dado que no vais a morir, más vale que empiece a llevar cubos de tierra para asegurarse de que no la consideren sospechosa. Entonces trama otro plan para despistaros definitivamente: contrata a un actor o a un matón para representar ese asalto y daros un susto, y a la vez, presentarse como la heroína de la historia. Y ¿quién sospecha de una heroína?

–Es una buena historia, Roy, y ojalá se sostuviera, pero el hecho es que James y yo entramos en su *cottage* (todavía conservo las llaves) y revisamos sus documentos. Es exactamente quien dice ser.

–Mierda.

–Tu detective parece tener mano con los indigentes, una cualidad de la que carece la policía.

–El problema con Iris es que está muy ocupada en este momento. Anda desbordada de trabajo. Hay un par de esposas maltratadas en su lista de espera.

–A ver si puedes conseguir sus servicios. Yo le pagaré.

Agatha se acercó a la ventana y miró sin ver el desorden de los tejados y pináculos de la City. Entonces se dio la vuelta.

–Ya sé, iremos a ver qué podemos averiguar.

–¿Nosotros, rostro pálido? Yo tengo trabajo aquí, ¿te acuerdas?

Se abrió la puerta y Bunty, la antigua secretaria de Agatha, asomó la cabeza por la puerta.

–Oh, hola, señora R. Roy, el señor Wilson quiere verle.

–Te esperaré aquí –dijo Agatha.

Roy salió alisándose la chillona corbata y preguntándose si no sería demasiado vistosa para un joven y prometedor ejecutivo.

El señor Wilson examinó a Roy durante un instante y dijo:

–¿Está ahí la Raisin?

–Se ha pasado sólo para charlar un momento.

–Ésa nunca se pasa sólo para charlar. ¿Qué quiere? ¿Retorcerle el pescuezo por haberle fastidiado su vida amorosa?

–No, quiere mi ayuda. Está loca. Quiere que vayamos a ver a indigentes para averiguar algo más del pasado de su marido.

–Pues hágalo.

–¿Qué?

–He dicho que lo haga. Es posible que Agatha Raisin sea la mujer más desagradable y tocapelotas con la que me he cruzado en la vida, pero también es la mejor relaciones públicas de este negocio y me gustaría tenerla en nómina. Quiero que sea muy amable con ella. Quiero que le recuerde que, desde que se ha jubilado, su vida no ha sido más que una estresante sucesión de asesinatos en ese pueblo. Déjele caer que podría ganar una buena suma. Incluya a Raisin entre sus deberes como empleado de esta empresa.

–Pero esta tarde tengo una reunión con Allied Soaps.

–Patterson puede encargarse de eso. Y ahora váyase y ocúpese de que nuestra muchachita esté contenta.

Roy regresó deprimido a su despacho. Allied Soaps era un cliente importante y a Patterson le encantaría echarle el guante. La vida era injusta.

Abrió la puerta del despacho y clavó una sonrisa resuelta en la cara de Agatha.

–¿Sabes qué? Tengo un día tranquilo, así que podemos irnos.

Ella lo miró con suspicacia.

–¿Qué quería Wilson? ¿No será que intentes volver a ponerme en su nómina?

–No, no. –Roy sabía que si le contaba a Agatha que ésa era la única razón por la que accedía a ayudarla, ella lo tacharía de su lista para los restos.

–Bueno, pues más vale que busquemos algo de ropa vieja y asumamos el papel.

–¿Tenemos que disfrazarnos?

–No te preocupes. Yo iré a buscar lo necesario. Nos vemos aquí mismo dentro de una hora.

Un poco más tarde, delante de Pedmans, en Cheapside, un par de tipos harapientos intentaba parar un taxi. Agatha había ido a una tienda de Oxfam a comprar la ropa que vestían. Roy llevaba unos vaqueros que Agatha había desgarrado por las rodillas, una camisa también vaquera y una chaqueta vieja de tweed. Ella se había puesto una falda larga con motivos florales y dos chaquetas de punto basto por encima de una blusa, y cargaba con varias bolsas de plástico. Los dos apestaban a licor fuerte, que Agatha había vertido deliberadamente sobre la ropa. También había ensuciado la cara de ambos.

–Esto no pinta bien –dijo Roy mientras el tercer taxi libre pasaba a su lado sin detenerse.

Agatha volvió a Pedmans y llamó al portero.

–¿Qué quiere? –gruñó el hombre.

–Soy yo, Agatha Raisin –le espetó ella–. Salga a la calle y páreme un taxi.

El portero, que detestaba a Agatha, la miró con desprecio mientras esbozaba una sonrisa. Así que la vieja bruja lo estaba pasando mal. Pues que se buscase su taxi sola.

–Piérdete –dijo–. Por aquí no queremos a gente como tú.

Agatha abrió la boca para replicarle, pero una voz tranquila dijo tras el portero:

–Jock, búscale un taxi a la señora Raisin, y rápido.

Era el señor Wilson.

–¿Va a una fiesta de disfraces, señora Raisin?

–Usted lo ha dicho –respondió Agatha.

Jock salió corriendo a la calle, paró un taxi, y, apartando la mirada, mantuvo la puerta abierta para que subieran Agatha y Roy. Agatha le puso algo en la mano y él se tocó el sombrero. Cuando el taxi arrancó, Jock abrió la mano. ¡Un penique! Lo tiró a la alcantarilla y entró en el edificio.

–¿No has traído tu bolso? –preguntó Roy.

–No, se lo he dejado a tu secretaria. Está en su mesa. Tú habrás dejado tu cartera en la oficina, ¿no?

–Sí, pero ¿quién va a pagar el taxi?

–¡Tú!

–Pero si me he dejado todo el dinero en la oficina.

–Y yo. A ver, debo de llevar una libra en calderilla, pero con eso no llega para la carrera hasta Waterloo.

–¿Y qué hacemos? –lloriqueó Roy–. De todas las tonterías...

–Esperemos que no sea uno de esos taxis en los que se bloquean las puertas por dentro. –El taxi frenó y se detuvo ante un semáforo.

–¡Ahora! –dijo Agatha.

Abrió la puerta de un tirón y saltó a la calle, con Roy pegado a sus talones, seguidos ambos por los gritos iracundos del taxista.

–Vaya, todavía puedes correr –dijo él jadeando cuando por fin se detuvieron.

Agatha se agarraba un costado.

–Me duele. Tengo que volver a ponerme en forma. –Empezaron a caminar, despidiendo un aroma a alcohol metílico–. Creo que más nos valdría mendigar –dijo Agatha deteniéndose en medio del Puente de Londres.

–No llamamos suficiente la atención. Necesitamos un perro o un niño.

–Pues no lo tenemos. ¿Sabes cantar o algo así?

–Nadie oiría ni una nota en medio del ruido del tráfico. Los mendigos que consiguen dinero o dan pena o dan miedo.

–Muy bien. –Agatha se puso delante de un hombre con pinta de ejecutivo y extendió la mano–. Dinero para comida –dijo–, porque si no...

Él hombre se detuvo y la miró de arriba abajo.

–Si no... ¿qué?

–Si no le daré un botellazo.

–Apártate de mi vista o llamaré a la policía, escoria. Sois los parásitos como vosotros los que estáis hundiendo este país. Ya sois demasiado viejos para trabajar, pero para algo se tienen hijos, para echar una mano.

Roy se rio con malicia.

El ejecutivo se volvió hacia los transeúntes.

–¿Quieren creérselo? Están mendigando con amenazas.

–Vamos, Aggie –suplicó Roy, cada vez más asustado al ver que una pequeña multitud se congregaba a su alrededor.

–¡Policía! –gritó una mujer–. ¡Policía!

Se dieron la vuelta y echaron a correr otra vez, abriéndose paso a trompicones por el puente hasta dejar atrás al grupo.

–Tanto correr, pedazo de memo –le soltó Agatha–, tendríamos que haber vuelto a la oficina y coger algo de dinero.

–Bueno, ya no estamos lejos –dijo Roy–, acabemos con esto de una vez.

Empezaba a anochecer. El estruendo del tráfico de los que volvían a casa retumbaba en sus oídos. Agatha se acordó de James y se preguntó qué estaría haciendo.

James se sentía culpable. Había llevado a Helen Warwick a comer y luego había aceptado su invitación para volver a su piso para el café. Ella se había tomado el día libre, le había explicado. La vida era tranquila cuando la Cámara de los Comunes no celebraba sesión.

Tal vez porque ella no tenía nada más que contarle de lo que ya les había explicado, tal vez porque ni de lejos parecía tan encantadora como la había juzgado cuando se conocieron, James se dio cuenta de que esa visita estaba motivada más por su deseo de no dejar que Agatha dominara su vida que por cualquier posible interés hacia Helen. Ésta era muy lista cuando trataba de obtener información, y la información por la que mostraba un mayor interés era el tamaño de su cuenta bancaria. No planteaba ninguna pregunta directa ni vulgar. Hablaba de acciones e inversiones, de si había sufrido con los desastres en bolsa de Lloyd's o Barings, cosas así. Y James empezó a tener la

impresión de que los amigos que, se suponía, compartían, ella simplemente los había conocido superficialmente en fiestas o en su trabajo, pero que en realidad no tenía ninguna intimidad con ellos.

–¿Te importa si hago una llamada? –dijo por fin–. Y tendré que irme.

–Adelante.

Él marcó el número de casa y dejó que sonara durante un buen rato.

–No contestan –dijo con una sonrisa triste.

–¿Llamabas a la señora Raisin?

–Sí.

–Oh, está en la ciudad.

–¿Cómo lo sabes?

–La vi pasar en coche cuando volvíamos de comer.

–¿Por qué no me dijiste nada?

–Iba a comentártelo, pero tú estabas hablando de algo y se me fue de la cabeza.

En ese momento James se sintió como un marido culpable al que habían pillado con las manos en la masa cometiendo adulterio. Pero al instante se enfadó, porque estaba convencido de que Agatha había ido a la ciudad con la única intención de espiarle.

–Será mejor que me vaya. Gracias por el café.

–Oh, quédate –dijo Helen–. No tengo ningún plan para esta noche.

–Lo siento, pero tengo que irme.

Ella se levantó y se le acercó. Él se echó hacia atrás y se encontró con las piernas apretadas contra el sofá. Ella levantó los brazos para echárselos alrededor del cuello mientras una lenta y seductora sonrisa asomaba en su rostro. James la esquivó, se levantó del sofá y empezó a andar de espaldas con sus largas piernas, directo a la puerta.

–Adiós –se despidió, abrió la puerta y corrió escaleras abajo–. Pobre idiota –dijo en voz alta, pero se refería a sí mismo, no a Agatha Raisin.

Agatha había sido lo bastante previsora como para comprar dos botellas de un vino dulce barato llamado Irish Blossom. Eran de esas con tapón de rosca en lugar de corcho. Roy y ella encontraron a un grupo de indigentes cerca de

donde solía merodear el difunto Jimmy Raisin. Era una pandilla variopinta, aunque la mayoría parecían alcohólicos clásicos más que drogadictos, porque éstos tendían a ser más jóvenes y preferían rincones mejores. Predominaban los de origen celta, escoceses e irlandeses, lo que hizo que Agatha se planteara si sería cierto que el alcoholismo aumentaba a medida que se iba hacia el norte del planeta.

Ninguno pareció mostrar el menor interés hacia ellos dos hasta que Agatha rebuscó en las bolsas de plástico y sacó una de las botellas de vino.

Todos se congregaron a su alrededor y Roy pasó la botella, que no tardó en vaciarse. Se les acercó un viejo. Traía dos botellas de sidra que al instante compartió con los demás. Su tono era educado, y les contó a los otros que había sido profesor. Al poco, todos empezaron a hablar y Agatha y Roy descubrieron que estaban rodeados de pilotos de avión, futbolistas famosos, neurocirujanos y magnates.

–Se parecen un poco a esas personas que creen que han sido otros en una vida anterior –murmuró Agatha–; siempre son Napoleón o Cleopatra o alguien así.

–Se creen lo que dicen –susurró Roy–. Han contado las mismas mentiras tantas veces que han acabado por creérselas.

Agatha levantó la voz:

–Teníamos un colega que se movía por esta zona –dijo–, Jimmy Raisin.

El hombre de tono educado, al que llamaban Charles, contestó:

–Alguien dijo que lo habían matado. En buena hora se ha ido ese desgraciado, menuda sabandija.

Debían de haberse enterado del asesinato por el boca a boca, pensó Agatha. Supuso que pocos de ellos le echaban un vistazo a un periódico.

–¿Qué fue de sus cosas? –preguntó Roy.

–Perlice se las llevó –explicó una mujer delgada con una de esas caras ansiosas y ojos brillantes propios de los dibujos de Hogarth–. Se llevó su caja de cartón y lo demás. Pero Lizzie se quedó con la bolsa que tenía sus cosas.

–¿Qué cosas? –preguntó Roy con voz inquisitiva.

–¿Y quién coño eres tú? –preguntó Charles.

Agatha fulminó a Roy con la mirada.

–Yo te diré quién soy –dijo Roy, con la voz un tanto pastosa–. Soy un gran ejecutivo de la City. Sólo vengo aquí por las noches porque me gusta la compañía.

El comentario provocó una relajación general de la tensión cuando los neurocirujanos, pilotos y magnates vieron que tenían delante a alguien a quien tomaron por uno de los suyos.

–Y os diré algo más –Roy buscó en el espacioso bolsillo interior de su chaqueta de Oxfam–, saqué esta botella de whisky escocés de la mesa antes de venir hacia aquí.

Eso era verdad, pero en lo más hondo de los recovecos mal iluminados de su cerebro los otros lo aceptaron como un colega mentiroso más. Se pasaron el escocés. Dado que todos, salvo Agatha y Roy, iban ya cargados de su última curda, el whisky tuvo el efecto de sumirlos casi inmediatamente en un sopor alcohólico.

Agatha descubrió que la mujer de cara ansiosa se llamaba Clara y se acercó a ella.

–Te contaré un secreto –le susurró.

Clara la miró, con sus ojos brillantes un tanto borrosos.

–Yo estaba casada con Jimmy –dijo Agatha.

–¡Anda ya!

–Es la pura verdad. Así que esa bolsa que se llevó Lizzie me pertenece. ¿Dónde está?

–Aparecerá cuando quiera.

Así que Agatha y Roy se dispusieron a esperar. Vinieron más indigentes. Corrió más bebida barata. Un hombre encendió una hoguera en un viejo bidón de gasolina. Clara empezó a canturrear, borracha.

Era una forma de vida casi atractiva, pensó Agatha, siempre que no hiciera demasiado frío. Todo consistía en olvidarse de la realidad, despedirse del trabajo, de la familia, de la responsabilidad, mendigar durante el día y emborracharse hasta perder el sentido por la noche. Sin convenciones que te atasen, sin cobros ni gastos, sin agobios.

–Yo no era así para nada –farfulló Charles en un momento dado–. Yo era profesor en Oxford.

Tal vez lo fuera, pensó Agatha sintiendo una repentina punzada de compasión. Pero fuera lo que fuese Charles en el pasado, a todas luces era algo mejor que sentarse bajo los arcos de Waterloo desgastando lo poco que quedara de su cerebro.

La noche iba pasando. Hubo peleas. Las mujeres gemían con estridentes sollozos, llorando por los hombres y los hijos perdidos. «No, no es una forma atractiva de vida –pensó Agatha–. Es un anticipo del infierno.» Hubo cierto movimiento cuando llegó la furgoneta de la Fundación Silver Lady, con sándwiches y café caliente, y algunos intentaron intercambiar los sándwiches y el café por otro trago.

Poco a poco, fueron arrastrándose como animales hasta sus cajas de cartón. Pero la tal Lizzie todavía no había llegado.

El alba se alzaba sobre un Londres mugriento. Un mirlo se posó en un tejado y los despertó con un coro de cantos espléndidos, subrayando la degradación, la miseria y las vidas malbaratadas de los que estaban en los cartoneros.

Agatha se puso en pie, envarada.

–Ya he tenido bastante, Roy. Encarga a tu mujer detective el trabajo de encontrar a Lizzie y dóblale la tarifa. Me voy a casa.

–¿Entre los dos no tenemos bastante ni siquiera para el metro? – preguntó Roy.

Agatha rebuscó en los bolsillos y finalmente reunió una libra.

–Con esto basta para que yo pueda cogerlo –dijo sin vacilar.

–Tendrás que quedarte conmigo, querida, si quieres entrar en la oficina para recuperar el bolso y las llaves del coche. Yo tengo las llaves del despacho.

–Dámelas.

–No.

–¿Quieres decir que vas a obligarme a hacer todo el camino de vuelta a pie?

–Sí.

Sin hablarse, cada uno agarrotado por cómo había dormido, dolorido y agotado tras la larga noche y con náuseas por la horrorosa combinación de alcoholes que habían bebido, se encaminaron hacia Waterloo Station.

Un hombre bien vestido con un traje de noche se les acercó. Se puso delante de ellos, impidiéndoles avanzar, con una expresión que era una mezcla de compasión y repugnancia. Se metió la mano en el bolsillo, sacó su cartera y extrajo un billete de diez libras.

–Por el amor de Dios –le dijo a Roy–, dale a tu madre un desayuno decente y no te lo gastes en alcohol.

–Oh, gracias, muchas gracias. –Roy echó mano al billete.

–¡Taxi! –gritó y, milagrosamente, un taxi se detuvo. Roy empujó a Agatha adentro y gritó–: A Cheapside.

El taxi arrancó.

El hombre con traje se quedó mirándolos enfurecido. «Ésta es la última vez que tiro el dinero en gente como ésa», pensó.

James también había pasado una noche insomne. Al principio creyó que Agatha se había quedado a dormir fuera para vengarse, pero luego empezó a pensar en que tal vez le había sucedido algo. Al final se acomodó en un sofá delante de la ventana del *cottage* y se ponía en pie de un salto cada vez que oía el sonido de un coche, pero eran tan sólo el lechero, a primera hora, y luego la señora Hardy que se iba temprano a alguna parte.

Los ojos empezaron a pesarle cada vez más. ¿Por qué ni siquiera había llamado?

Finalmente se quedó dormido y, en sueños, se casaba con Helen Warwick. Sólo sabía que no quería casarse con ella, pero, de algún modo, Helen le había chantajeado para obligarle. Estaba ante el altar, esperando que Agatha Raisin apareciese y lo rescatase, cuando el ruido de una llave en la cerradura le hizo abrir los ojos de golpe.

Se puso en pie de un salto.

–¡Agatha! ¿Dónde has estado, por el amor de Dios?

Agatha no se había molestado en cambiarse su atuendo de indigente. James miró al pingajo que tenía delante, las ojeras negras y el espantoso hedor a licor rancio mezclado con el alcohol metílico con el que ella había salpicado la ropa al principio de la farsa.

–Oh, Agatha –dijo mirándola mientras la compasión sustituía al enfado en sus ojos–. Creía de verdad que Helen Warwick podía contarme algo más, algo útil. Pero si hubiera sabido que te afectaría tanto...

Agatha se sentó, agotada.

–La vanidad de los hombres no deja de asombrarme. No salí y me emborraché porque tuviera el corazón roto, James, querido. Roy y yo nos disfrazamos y fuimos a los cartoneros donde viven los indigentes de Waterloo, y allí pasamos la noche. Descubrimos algo útil. Jimmy tenía una bolsa con cosas que se llevó una mujer llamada Lizzie. Vamos a encargar a la detective de Roy que intente encontrarla. Y ahora lo único que quiero es dormir. Casi me salgo de la carretera mientras volvía en el coche. ¿Te lo pasaste bien con Helen?

–No –respondió James con brusquedad–. Fue un gran error. Es una cazafortunas.

Agatha esbozó una sonrisita y se dirigió a las escaleras.

–Y quema esa ropa –gritó James a sus espaldas.

OCHO

De repente a Agatha le pareció que, tras aquella aventura, todo volvía a la normalidad. La señora Hardy le pidió una semana más de margen antes de mudarse. Había encontrado un piso en Londres, pero aún tardaría unos días en estar a su disposición. *The Bugle* se enteró por fin del incidente con el arma y publicó parte de la entrevista original con Agatha. Al principio había esperanzas de que alguien que supiese algo de la señora Gore-Appleton diera alguna información, pero nadie parecía saber nada de la menor utilidad. De hecho, varias personas se pusieron en contacto con la policía, gente que había trabajado como voluntaria en su organización de beneficencia. Pero sus descripciones apenas añadieron nada a lo que la policía ya sabía. En el ínterin, Bill Wong pensaba que la señora Gore-Appleton se habría establecido cómodamente en algún país extranjero en el que no pudieran tocarla.

Una noche fue a visitar a Agatha y James, y en un tono sombrío les confesó que, personalmente, empezaba a creer que nunca la detendrían.

—¿Qué es lo que anda contando por ahí Fred Griggs acerca de que el asesinato de la señorita Purvey no está relacionado con el caso?

—Ha habido un par de apuñalamientos en ese cine y hemos detenido a un pirado. Afirma que estranguló a la señorita Purvey.

—¿Y le creéis?

—Yo no, pero todos los demás parecen decididos a dar como resuelto uno de los asesinatos. ¿Vosotros habéis descubierto algo?

James miró a Agatha, que a su vez le devolvió la mirada. Todavía estaba recelosa por el incidente con Maddie y no sabía que ya la habían apartado del caso. Si le contaba a Bill que la detective de Roy iba a buscar a la misteriosa Lizzie, la policía se metería de por medio, Maddie podría ponerse alguna medallita y eso Agatha sería incapaz de soportarlo.

—No, nada —dijo—. Vuelvo a instalarme en la casa de al lado.

–¿Cuándo?

–Dentro de menos de tres semanas. Me habría mudado antes, pero la señora Hardy me pidió un poco más de tiempo. Ha encontrado piso en Londres.

–¿Y ese artículo del periódico no hizo que nadie se presentara con información sobre la señora Gore-Appleton? –preguntó James.

–Sí, varias personas lo hicieron. Casi todas mujeres jubiladas y ricas que trabajaron como voluntarias para ella. Algunas incluso habían contribuido con bastante dinero a la obra de beneficencia, pero otras cerraron bien los bolsos en cuanto se percataron de que la señora Gore-Appleton sólo hacía esporádicas visitas, más bien simbólicas, a los sin techo de Londres para repartir ropa y comida. La descripción se ajusta a la que ya teníamos: curtida, de mediana edad, musculosa, rubia.

–¿Y ninguna de esas señoras era amiga suya?

–No, sólo la veían durante el horario de oficina. Todas recuerdan a Jimmy Raisin. La señora Gore-Appleton estaba muy orgullosa de él, dijeron. Afirmaba que Jimmy era una prueba de lo que podía conseguirse con un poco de amabilidad y afecto. Dos de las señoras creían que la señora Gore-Appleton y Jimmy eran amantes.

–Bueno, no podemos responsabilizar a Jimmy de haberla corrompido porque ya dirigía una organización fraudulenta cuando se conocieron. ¿Cómo pudo salirse esa mujer con la suya? Tendría que haberse registrado en la Comisión de Organizaciones de Beneficencia.

–Nunca lo hizo. Simplemente montó el tinglado y no perdió el tiempo en publicidad pidiendo voluntarios, se limitó a hacer proselitismo en algunas iglesias. En cierto sentido, fue un gran timo. Una mujer le donó quince mil libras, y es la única que lo reconoce y da cifras de la suma que entregó, así que sabe Dios cuánto le sacaría a las demás.

Agatha pensó en los seres humanos malogrados con los que había compartido la noche bajo los arcos, todos hijos perdidos del Señor, y tuvo un ataque de rabia. La señora Gore-Appleton, a su modo, había estado robando a los pobres.

–No puedo soportar la idea de que se haya salido con la suya. Por el momento, los del pueblo han descartado la idea de que James o yo lo hiciéramos, pero el otro día me encontré a la espantosa señora Boggle en la tienda y me hizo el desagradable comentario de que «hay quienes se libran de que los castiguen por un asesinato». Si el caso no se resuelve, ¿quién sabe? Todo el mundo podría volver a pensar como ella.

–Os mantendré informados de todo lo que pueda –dijo Bill.

–Y ¿cómo van las cosas? –preguntó Agatha–. A ti personalmente, me refiero.

–¿Con Maddie? Oh, eso se acabó. Mi madre está bastante contenta, y también mi padre. Creí que se sentirían decepcionados porque los dos tenían la esperanza de verme casado.

Para sus adentros, Agatha pensó que el señor y la señora Wong harían cuanto estuviera en sus manos para espantar a cualquier chica mínimamente interesada en su precioso hijo, pero no dijo nada, lo que venía a corroborar que había cambiado un poco para mejor. La Agatha de antes, ciega y sorda, no habría tenido ningún miramiento con los sentimientos ajenos.

Pero aun así atisbó el dolor en el fondo de los ojos de Bill y sintió una punzada de odio hacia Maddie.

–Y ¿qué pasa ahora con vosotros? –preguntó Bill.

Siguió un silencio incómodo y luego Agatha dijo animadamente:

–Pronto volveremos a la normalidad: yo en mi pequeño *cottage* y James en el suyo. Siempre podremos saludarnos con la mano por encima de la valla.

–Oh, bueno, estoy convencido de que se os ocurrirá algo –repuso Bill–. Me alegro de ver que habéis dejado de investigar los asesinatos. No es que no nos hayas ayudado en el pasado, Agatha, pero era sobre todo porque al meter tanto la pata hacías que pasaran cosas.

Ella le miró, encolerizada:

–Se te da bien despreciar a la gente, ¿lo sabes?

–Lo siento, era una broma. Pero en el pasado estuviste a un paso de conseguir que te mataran. No lo repitas. –Se le iluminó la cara–. No me gustaría nada perderte.

De repente, Agatha sonrió.

–Hay veces que me gustaría que fueras mucho mayor, Bill.

Él le devolvió la sonrisa.

–Y hay veces que a mí también me gustaría, Agatha.

–¿Te apetece un café, Bill? –preguntó James, cortante.

–¿Qué? Oh, no, tengo que irme.

Agatha le acompañó hasta la puerta.

–No tardes tanto en volver. Cuando me haya reinstalado en mi casa, pásate algún día a comer.

–Es una cita. Y nada de comida de microondas.

Él la besó en la mejilla y se fue silbando.

–Oh, Dios –dijo Agatha al volver al salón, en el que James le daba patadas malhumorado a la alfombra, delante de la chimenea–. Acabo de acordarme de que hoy recibimos a las miembros de la sociedad femenina de Ancombe. Será mejor que vaya al salón del ayuntamiento. Y se me ha ocurrido una idea: me pasaré a ver si la señora Hardy quiere venir.

–Haz lo que quieras –masculló James.

Agatha le miró fijamente.

–¿Te pasa algo?

–Hace mucho que no escribo –dijo James, que fue a sentarse delante del procesador de textos y lo encendió.

Agatha se encogió de hombros y subió a la planta de arriba. A veces, el amor llega en oleadas, como un resfriado, pero por el momento se había curado de la enfermedad y esperaba que fuera para siempre.

Volvió a bajar más tarde silbando la misma melodía que le había oído a Bill al marcharse. James miraba con el ceño fruncido la pantalla del procesador.

–Me voy –dijo Agatha alegremente.

No hubo respuesta.

–Bill ha sido muy amable pasándose por aquí. –Se le escapó una risita–. A veces me pregunto por qué se preocupa tanto por mí.

–Viene –respondió James con acritud– para broncearse con la luz brillante que sale del agujero de tu trasero.

Agatha miró fijamente a James, boquiabierta. Él se sonrojó.

–Estás celoso –dijo Agatha despacio.

–No seas ridícula. La simple idea de que estés con un hombre tan joven como Bill Wong resulta repugnante.

–Pero sin duda también fascinante –repuso Agatha–. Hasta luego. –Y salió con una desacostumbrada sensación de poder.

La señora Hardy estaba en casa y, tras mostrar cierta reticencia, accedió a acompañar a Agatha al salón del ayuntamiento.

–¿Qué suele hacerse en esos actos? –preguntó la señora Hardy.

–Pues, la verdad, no sabría decirle –respondió Agatha–. Por lo general, suelo participar más en los preparativos, pero con todos los sustos y tantas vueltas de aquí para allá, esta vez no me he implicado. En cualquier caso, sea lo que sea, seguro que se lo pasará bien.

A Agatha se le cayó el alma a los pies cuando entraron en el salón y la señora Bloxby les dijo que la Carsely Ladies' Society iba a dar un concierto.

–¿Cómo? –preguntó Agatha en voz baja–. No creía que ninguna supiera tocar nada.

–Me parece que va a llevarse una sorpresa –contestó la señora Bloxby, y se alejó para ayudar a la gruñona señora Boggle a quitarse la ropa de abrigo.

A Agatha y a la señora Hardy les dieron unos programas hechos a mano.

La primera intérprete sería la señorita Simms, la secretaria de la sociedad, que estaba previsto que cantara «You'll Never Walk Alone».

En el número inicial participaban las señoras del pueblo formando una fila para bailar un charlestón, todas vestidas con ropa de los años veinte. Agatha parpadeó. ¿De dónde demonios había sacado la corpulenta señora Mason aquel vestido de cuentas? La señora Mason, recordó Agatha, había amenazado con marcharse del pueblo después de que se descubriera que su sobrina había cometido un asesinato, pero al final había optado por quedarse y nadie mencionaba jamás aquel episodio¹. Las señoras lo hicieron bastante bien, sin contar con algún que otro tropezón entre ellas en el reducido escenario.

Entonces, la señorita Simms se adelantó y ajustó el micrófono. Seguía vistiendo el corto vestido de *flapper* de los años veinte que había lucido en el número inicial. Abrió la boca. Su voz era fina y aflautada, chirriaba en las notas agudas y desaparecía por completo en las graves. Agatha nunca se había percatado hasta ese momento de lo larga que era esa canción.

Misericordiosamente, llegó a su final. Entonces Fred Griggs entró en escena y se situó delante de una mesa llena de anillos y bufandas. A Fred le encantaba hacer de ilusionista. Fue una actuación tan desastrosa que el amable público de Carsely concluyó que lo hacía a propósito y le regaló unas risas. La única persona que no se reía era el propio Fred, que cada vez parecía más angustiado. Al final, una caja inmensa como un armario de ruedas fue situada en el centro del escenario, y Fred pidió con visible nerviosismo una voluntaria para el truco de la dama que desaparece.

La señora Hardy recorrió erguida el pasillo y subió al escenario.

Fred le susurró algo, ella entró en la caja y él cerró la puerta.

–Señoras y señores –anunció Fred–, a continuación haré desaparecer a esta dama.

Agitó su varita y dos niños de la escuela hicieron girar la caja varias veces.

Entonces Fred, con una floritura, abrió la puerta. La señora Hardy había desaparecido.

Hubo una cálida ovación.

Fred sonrió aliviado y le hizo un gesto a los escolares, que de nuevo hicieron girar la caja.

–¡Viola! –gritó Fred. En realidad quería decir «voilà», convencido de que el francés era un idioma mágico.

Abrió la puerta. La cara se le ensombreció, cerró la puerta de golpe y dijo algo entre murmullos a los escolares, que volvieron a girar la caja.

Y Fred gritó de nuevo «Viola» y abrió la puerta.

Ni rastro de la señora Hardy.

Debía de formar parte del número, pensaba el público, mientras Fred, con la cara enrojecida y sudando, empezaba a revisar la caja por dentro.

–No fuiste capaz de encontrar a mi gato –gritó la señora Boggle–; no es raro que no encuentres a esa mujer. Ni en los mejores días encuentras tu sesera, Fred.

Fred la fulminó con la mirada y luego hizo una reverencia. Los escolares corrieron a recoger sus cosas del escenario y un vecino llamado Albert Grange subió y empezó a tocar las cucharas.

Agatha se levantó con sigilo de su butaca y salió rápidamente del salón antes de correr hacia Lilac Lane. Se preguntaba si le habría sucedido algo malo a la señora Hardy.

Y entonces, al doblar la esquina para entrar en la calle, vio la figura rechoncha de la señora Hardy un poco más adelante.

–¡Señora Hardy! –la llamó Agatha.

Ella se dio la vuelta.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Agatha acercándose a ella.

–Era tan aburrido e inaguantable –dijo la señora Hardy con una sonrisa– que salí por la parte trasera de la caja y me fui por la parte de atrás del salón.

–Pero... el pobre Fred –se quejó Agatha.

–¿A qué preocuparse? La había pifiado tanto en todo lo demás que me pareció que no importaba otra pifia más.

Agatha la miró con suspicacia.

–A mí me parece un poco cruel.

–Me cuesta comprenderla –repuso la señora Hardy–. Sé que dirigía una agencia de relaciones públicas con éxito y aquí está, pudriéndose, perdiendo su tiempo y sus energías asistiendo a un espectáculo tan aburrido como ése. ¿Cómo es capaz de soportarlo? No había conocido a una pandilla de patanes como ésa en toda mi vida.

–¡No son aburridos! Son muy amables y buenas personas.

–¿Qué? ¿Personas tan buenas como esa vieja hedionda, la señora Boggle? ¿Esas patéticas pueblerinas haciendo cabriolas en un charlestón? ¡Despierte!

Agatha entrecerró los ojos.

–Empezaba a pensar que era usted una buena persona. Pero no lo es. Me alegro de que se vaya de Carsely; no hay sitio aquí para alguien como usted.

–Nadie cuyo cerebro no se haya licuado tiene sitio en este pueblo.

–¡En los Cotswolds hay gente muy inteligente! Escritores.

–¿Mujeres menopáusicas de mediana edad que escriben inacabables sagas familiares sobre las guarradas que imaginan en la vicaría? ¿Antiguallas y viejas de geriátrico dedicadas a hacer arreglos con flores secas y a pintar pésimas acuarelas mientras fingen que son de clase alta?

–La señora Bloxby es un buen ejemplo de todo lo bueno que hay en este pueblo.

–¿La mujer del vicario? Una triste criatura que vive a través de las vidas ajenas porque no tiene vida propia. Oh, pero no discutamos por esto. A usted le gusta. A mí, no. Nos vemos más tarde.

Agatha regresó despacio al salón del ayuntamiento.

Una mujer a la que sólo conocía superficialmente estaba al micrófono cantando «Feelings». El señor y la señora Boggle se habían quedado dormidos.

Agatha se sentó y miró a su alrededor. Las palabras de la señora Hardy se filtraban como un veneno en su cerebro. Qué triste y desvencijado le parecía ahora aquel salón. Había empezado a llover, y el agua emborronaba las ventanas altas. No le cabía duda de que había algo *más* en la vida. Tal vez la soledad la había llevado a contemplar todo aquello a través de un par de lentes distorsionadas de color de rosa. Y ¿qué decir de su no-relación con James? Una mujer mínimamente madura, con un poco de valor y agallas, le habría abandonado por ser un mal partido. Y ¿cómo habría sido su vida de casada con él? Era apuesto e inteligente, pero tan reservado, tan *frío*, que, incluso si se casaran, la vida apenas cambiaría nada. ¿Y el sexo? ¿No lo echaba él en falta? ¿No pensaba nunca en las noches que habían pasado juntos?

A Agatha le dio la impresión de que él prefería volver a su vida de célibe, un celibato interrumpido por algunos líos esporádicos.

En realidad, Agatha no le había dado ninguna oportunidad a Londres. Sí, allí no había tenido amigos, pero eso se debía a cómo era ella entonces. Ahora había cambiado. Había invertido muy bien el dinero de la venta de su empresa. No tendría que trabajar si volvía a Londres.

Afortunadamente, el concierto llegó a su final con todo el elenco cantando «That's Entertainment».

Siguió un movimiento general cuando se apartaron las sillas y se colocaron mesas para la comida en honor de las señoras de Ancombe. Agatha se estremeció. Hacía frío en el salón. Inevitablemente, habían preparado quiche y ensalada. Ni siquiera había vino casero para ayudar a bajar la comida, como solía pasar en estas funciones, sólo un té bastante rancio.

Las conversaciones eran dispersas. Agatha miraba a su alrededor. «¿Qué he hecho? –se preguntaba–. ¿Cómo ha podido pasármese siquiera por la cabeza que yo podría encajar aquí? No es mi sitio. No nací en un pueblo. Nací en un barrio pobre de Birmingham, en el que los árboles y las flores eran cosas que arrancabas de la tierra en cuanto se atrevían a enseñar una hoja.» Bien pensado, había mucho que decir a favor de Londres. Tal vez Bill Wong iría a visitarla de vez en cuando. Y bueno, también, quizá, la señora Bloxby. En cuanto a James..., bueno, ella, Agatha Raisin, se merecía algo mejor que James Lacey. Quería un hombre con sangre en las venas, un hombre capaz de mostrar intimidad, calor y afecto.

–¿Malos pensamientos?

La mujer que había estado sentada junto a Agatha en una de las largas mesas se había ido. La señora Bloxby había ocupado la silla.

–Éste no es mi sitio –declaró Agatha, abarcando la sala con un gesto de la mano–. Y ¿sabe qué le digo? Me merezco a alguien mejor que James. Quiero a alguien capaz de abrirse. No me refiero al sexo. Me refiero al cariño y el calor humanos.

La señora Bloxby la miró con cierta reserva.

–Yo creía que tal vez lo que le atraía de James era que carecía de esas cualidades. Con esa carencia, a la relación le falta un verdadero compromiso. Hace poco se me pasó por la cabeza que ustedes dos se parecían más a dos solteros viviendo juntos que a un hombre y una mujer casados. Y me pregunté cómo llevaría la convivencia con un hombre que le exigiera intimidad, amor y afecto a usted, señora Raisin.

–Agatha.

–Sí, claro, Agatha.

–Creería que vivo en el séptimo cielo.

–¿Y a qué viene esta repentina aversión a Carsely y a todos los que pululan por aquí?

Agatha se mordió el labio. No le apetecía reconocer que se debía a la influencia de la señora Hardy.

–Simplemente lo he estado pensando –respondió.

Durante un momento, la mujer del vicario estudió la cara que ella había vuelto y dijo:

–He visto que se iba del salón poco después de que la señora Hardy desapareciera. ¿Dio con ella?

–Sí, se iba a casa.

–¿Y le dio alguna explicación de por qué humilló a Fred Griggs de ese modo?

Agatha seguía sin querer repetir ninguno de los comentarios de la señora Hardy sobre el pueblo y sus vecinos.

–Creo que la señora Hardy pensaba que Fred ya se había humillado bastante; quería irse de aquí y vio una oportunidad de hacerlo.

–Ah –dijo la señora Bloxby–, tal vez la primera impresión que me hice de ella no andaba desencaminada.

–¿Qué impresión?

–Que era una mujer infeliz y desagradecida.

–Oh, no, yo creo que se parece un poco a mí; está acostumbrada a un ritmo de vida más rápido.

–¿Es eso lo que ella ha querido que piense?

–A mí no me afecta lo que me digan los demás –replicó Agatha en tono desafiante.

–Y sin embargo parecía encontrarse bastante cómoda entre nosotros, estos pueblerinos, hasta ahora.

–Tal vez es por el frío que hace en este salón y el tiempo en la calle, y porque ha sido un concierto espantoso –dijo Agatha.

–Sí, sí que lo ha sido, ¿verdad? Pero el de las de Ancombe también fue terrible.

–¿Por qué se castigan así unas a otras?

–A todo el mundo le gusta pasar un rato en el escenario. Todos llevamos un actor frustrado dentro. En estos actos de pueblo, todo el mundo tiene ocasión de actuar, tanto da lo mal que lo hagan. La gente aplaude y es amable porque todos quieren tener su momento de gloria bajo los focos.

Los viejos radiadores de vapor que estaban pegados a las paredes empezaron a traquetear.

–Ahí lo tiene –dijo la señora Bloxby–, la calefacción se ha puesto en marcha. Y mire, las señoras de Ancombe han traído una caja de aguardiente de manzana, así que podremos tomarnos una copita durante los discursos. La

atmósfera no tardará en relajarse.

La combinación de calor y aguardiente de manzanas hizo maravillas. Agatha empezó a relajarse. En lugar de mantenerse fuera mirando al interior, se sintió de nuevo parte de lo que sucedía. La presidenta de la Ancombe Ladies' Society dio un discurso y contó varios chistes que fueron recibidos con ruidosas carcajadas.

«Que le den a Londres y a la señora Hardy –pensó Agatha–. Aquí soy feliz.»

Esa noche, James y Agatha salieron a cenar. James parecía haber recuperado su buen humor y quería charlar de «nuestro caso de asesinato». Agatha estaba demasiado contenta por haber recobrado la confianza de sentirse en casa en el campo como para anhelar una conversación más personal, pero James empezó por pedirle que recordase cuanto pudiera acerca de su difunto marido.

–Por ejemplo, ¿cómo le conociste?

Agatha casi se había olvidado de que, por arrogancia, le había ocultado a James su infancia pobre y siempre, aunque sin decirlo, había dado a entender que procedía de una familia de clase media y había asistido a una escuela privada.

–¿Que cómo conocí a Jimmy? –Agatha suspiró, dejó el cuchillo y el tenedor en la mesa y se puso a recordar el pasado–. Déjame pensar. Yo acababa de fugarme de casa.

–¿Tu casa de Birmingham, te refieres?

–Sí, uno de esos edificios de pisos en lo que ahora llaman «ciudad interior» y antes llamaban «barrio pobre». –Estaba tan concentrada en sus recuerdos que no percibió el parpadeo de sorpresa en los ojos azules de James–. Mi padre y mi madre siempre parecían estar borrachos. No querían que siguiera yendo a la escuela después de cumplir los quince, y eso que los profesores les suplicaron que me dejaran acabar mi educación. Me pusieron a trabajar en una fábrica de galletas. Dios, aquellas mujeres parecían brutales, toscas. Por aquel entonces yo era una chica tímida, sensible y delgadita.

»Ahorré todo lo que pude y me fui a Londres una noche que mis padres se emborracharon los dos. Estaba resuelta a ser secretaria. Las secretarias que había visto hasta entonces en las oficinas de la fábrica de galletas me habían parecido criaturas fabulosas, comparadas con las mujeres con las que trabajaba en la planta de producción. Así que encontré empleo como camarera y me matriculé en una academia de secretariado por las noches para aprender taquigrafía y mecanografía. Trabajaba siete días a la semana, y mi ambición era tanta que no creo que los pies me dolieran ni una sola vez. No era un restaurante demasiado elegante. En aquellos años, los restaurantes con clase sólo contrataban camareros varones. Se trataba de un local un poco al estilo de los típicos Lyon's Corner Houses. Buena comida, pero no francesa, no sé si me entiendes.

Los ojos de Agatha parecían cada vez más perdidos en el recuerdo.

–Jimmy entró una noche en el local. Iba con una rubia con bastante pinta de golfa, un poco mayor que él. Discutían. Luego él empezó a coquetear conmigo y eso la irritó a ella todavía más. Yo no creí que le interesara; pensé que sólo se comportaba así para vengarse de su novia por el motivo que fuera.

»Pero cuando esa noche salí del trabajo por la puerta de atrás, él me estaba esperando. Dijo que me acompañaría a casa. Yo había trabajado en los turnos vespertinos, además de los diurnos, mientras la academia de secretariado cerraba durante las vacaciones de verano. Él era muy..., muy divertido. Muy alegre. Nunca había conocido a nadie como él hasta entonces.

»Fuimos a mi casa, un estudio en Kilburn. Le pregunté dónde vivía y él me contestó que no tenía a donde ir porque acababan de echarlo de su pensión. Le pregunté dónde tenía sus cosas y dijo que había dejado su maleta en Victoria Station. Cuanto tenía en el mundo cabía en una maleta.

»Le dije que podía quedarse a dormir en el sofá, pero sólo una noche. Lo hizo. Pero al día siguiente era uno de esos raros días en que yo libraba, así que fuimos al zoo. Es curioso. Nunca me han gustado los zoológicos y siguen sin gustarme, pero había estado muy sola y de repente me encontraba allí con un apuesto joven que me dedicaba toda su atención, y todo me parecía maravilloso. Ya no me acuerdo de cómo, pero el caso es que convinimos en que se instalara en mi piso. Por descontado, él quiso acostarse conmigo, pero

la píldora todavía no se había popularizado por entonces y a mí me aterrorizaba la posibilidad de quedarme embarazada. Él se rio y dijo que nos casaríamos. Y nos casamos. Fuimos a Blackpool de luna de miel.

De repente, Agatha miró a James y se dio cuenta de que le había revelado toda la verdad de su pasado. Entonces se encogió levemente de hombros y prosiguió su relato.

–Él consiguió un empleo cargando periódicos en Fleet Street. Yo seguía trabajando de camarera y yendo a la academia. Al cabo de un mes de casada me percaté de que había saltado de la sartén para caer en el fuego, es decir, me había escapado de un hogar familiar de borrachos para acabar casada con un borracho.

»Ni siquiera hoy sé por qué se casó él conmigo. Quiero decir que era un hombre muy atractivo para las mujeres. Empezó a pegarme. Yo le devolvía los golpes porque, aunque delgada, era fuerte. Y, además, él estaba borracho y yo no.

»Él perdió el empleo y fue saltando de uno a otro, aunque casi siempre estaba sin trabajo. Yo aguanté dos años. Pero había encontrado un empleo en una empresa de relaciones públicas como secretaria y quería dinero para comprarme ropa decente y no para mantener a un borracho. Una noche, al volver a casa, lo encontré tumbado en la cama, roncando, con la boca abierta. Sobre el colchón estaba esparcida la correspondencia sin abrir, entre ella, un paquete con textos de Alcohólicos Anónimos que yo había pedido. Se lo enganché al pecho, hice las maletas y me fui.

»Jimmy sabía dónde trabajaba y yo esperaba, claro, que viniera a buscarme, a pedirme dinero. Pero no apareció. Poco a poco fueron pasando los años, y yo estaba convencida de que había muerto. Pensaba que nadie podía beber tanto como él y sobrevivir. La ambición se adueñó de mí. Así que, ¿qué sabía yo de Jimmy? Era un hombre con mucho encanto. Ahora resulta difícil imaginarlo. Cuando lo conocí, sabía hacerme sentir como si fuera la única mujer del mundo que le importaba, y él era el único hombre de mi vida que me había hecho sentir bonita. Nunca hacía comentarios especialmente inteligentes y sus chistes eran malos, pero, antes de que todo se agriara, me hacía sentir bien, me levantaba el ánimo, como si el mundo fuera un lugar divertido en el que nada importara demasiado. –Agatha emitió

un leve suspiro—. ¿Era ése el verdadero Jimmy Raisin? No lo sé. Al principio, tras cada borrachera él se mostraba sinceramente contrito. Sí, ya, ya lo sé. Siempre hablaba de que ganaría dinero y estaba seguro de que lo conseguiría. Supongo que vivía de sueños.

—Y supongo —dijo James con severidad— que ya era un timador en ciernes cuando le conociste. Demasiado vago para trabajar. Gracias a ti probó lo agradable que era que te mantuviera una mujer. Tú te volviste demasiado inteligente para él. Así que seguramente permaneció sobrio el tiempo necesario para conseguir a otra. Acabas de describir a un hombre egoísta y avaricioso. Un chantajista nato.

—Supongo que no te he contado nada que no supieras ya —dijo Agatha con una vocecita.

—Pues a decir verdad, no. Con la salvedad de que no sabía que habías tenido una vida tan difícil.

—¿Te lo parece? La ambición es una droga muy potente, ¿sabes? Yo simplemente fui avanzando paso a paso, sin parar. Nunca miraba atrás, al ayer. En cualquier caso, volviendo a este asesinato, o asesinatos, debió de cometerlo una de las personas que Jimmy conoció en la clínica. He retomado esa idea inicial. Ojalá no se nos hubiera escapado la señora Comfort. Creo que nos mintió.

—No cabe duda de que hubo algo en nuestra visita que la hizo salir corriendo para España —dijo James—. Y luego está su ex. Fue muy agresivo.

—Pero él ni siquiera estuvo en la clínica —objetó Agatha—. ¿Cómo iba a saber el aspecto que tendrían Jimmy o la señorita Purvey?

—Podría tratarse de algo que Gloria no nos contó. Tal vez Jimmy no escribió al señor Comfort, sino que fue a visitarlo.

—Vale. ¿Y qué me dices de la señorita Purvey?

—Si el asesinato de la señorita Purvey no estuviera relacionado con el de Jimmy, todo sería más fácil de aclarar.

—Creo que nuestra única esperanza es que la detective de Roy encuentre algo en esa bolsa que se llevó la misteriosa Lizzie.

Agatha estornudó.

—¿Te estás resfriando? —preguntó James.

–No lo sé. Puede que haya cogido algo de frío. El salón del ayuntamiento estaba helado hoy durante el concierto.

–En ese caso, a casa y a la cama. Mañana seguiremos pensando.

Cuando entraban en Carsely, se cruzaron con un coche que salía. James frenó en seco.

–¡Me ha parecido que era Helen Warwick! Debe de haber ido a vernos.

–A verte, querrás decir –dijo Agatha.

–Más vale que la alcance. –James giró el volante.

–¿Para qué? –preguntó Agatha mientras aceleraban siguiendo a Helen Warwick–. Dijiste que no tenía nada más que contarnos.

–Pues sí debía de tenerlo; si no, ¿a santo de qué habría hecho todo este trayecto para vernos?

–Para asesinarlos en nuestras camas –dijo Agatha con voz lúgubre.

Durante todo el descenso de la colina, camino de Moreton-in-Marsh, James buscó el coche de Helen, un BMW. Vio uno en la primera rotonda de Moreton y consiguieron alcanzarlo en Oxford Road, pero descubrieron que lo conducía un hombre mayor, no Helen Warwick.

Avanzaron unos kilómetros más hasta que James reconoció a regañadientes:

–Bueno, es lo que hay. La hemos perdido.

–Pues no lo lamento –repuso Agatha–. Solo ha ido a Carsely a ver si te cazaba.

–Seguramente es verdad –convino James, y Agatha le miró frunciendo el ceño en la oscuridad.

Cuando llegaron a casa, ella tosía, le costaba respirar y la cabeza le ardía como si estuviera quemándose. A instancias de James, se tomó dos aspirinas, se acostó y se sumió en un infierno de sueños ruidosos, incendios con llamas vivas, disparos y una carrera interminable por el Embankment de Londres con Roy pegado a sus talones, huyendo de alguien a quien no conocían.

Al día siguiente, Agatha se sentía horriblemente mal para que algo le importara. Se pasó el día en la cama, durmiéndose y despertándose cada poco. James le llevó unos bocados en bandejas y botellas de agua mineral.

Agatha se negó a permitirle que llamara al médico, afirmando que sólo tenía un fuerte resfriado y que si hubiera en el mercado un remedio para el resfriado común, ya habría sido titular de primera plana.

A las siete de la tarde oyó que llamaban al timbre y luego el sonido de voces. Entonces James exclamó, sorprendido:

–¡Qué!

Agatha gruñó y, tambaleándose, buscó su bata. Con resfriado o sin él, con la nariz enrojecida o no, tenía que enterarse de qué estaba pasando.

Bajó las escaleras y entró en el salón. Al principio creyó que la escena que se desarrollaba ante ella era parte de una alucinación inducida por la fiebre. Ahí estaba Wilkes, flanqueado por Bill Wong y dos agentes.

Parpadeó, comprobó que ciertamente estaban ahí y preguntó:

–¿A qué han venido, James?

Éste estaba serio y taciturno.

–Helen Warwick ha sido asesinada.

Agatha se sentó de golpe.

–Oh, no. ¿Cuándo?

–Hoy. Estrangulada con una de sus bufandas. Y anoche intentó vernos, Agatha. Estuvo aquí, en Carsely, anoche, y ahora está muerta.

–Por desgracia, nadie del edificio en el que vive vio nada –intervino Wilkes–. Suponemos que el asesinato se ha cometido a media tarde. Estamos tomando declaración a todos los que la conocían.

–Como ustedes mismos pueden ver –dijo James señalando a Agatha–, la señora Raisin no está en condiciones de ir a ninguna parte, y yo la he estado cuidando. Fui dos veces a la tienda del pueblo a comprar comida. Allí lo corroborarán.

–Vosotros fuisteis a verla –soltó Bill Wong de repente. Era una afirmación, no una pregunta–. ¿No podríais haberlo dejado en nuestras manos?

En un tono hastiado, James respondió:

–Sinceramente, no creo que nuestra visita fuera muy distinta de las que hacéis vosotros.

Le preguntaron a James una y otra vez acerca de lo que Helen había dicho, y luego por qué había vuelto. Agatha tosía y temblaba. Empezaba a sentirse demasiado enferma para que todo aquello le importara.

Finalmente, los policías se marcharon.

–Vuelve a la cama, Agatha –dijo James–. Esta noche no podemos hacer nada.

Pero Agatha se pasó un buen rato removiéndose y dando vueltas sobre el colchón. Un asesino andaba suelto, un asesino que había intentado quemarlos vivos una vez y bien podía intentarlo de nuevo.

James estaba a punto de subir a acostarse cuando sonó el teléfono.

Roy Silver estaba al otro extremo de la línea, y su voz sonaba tensa y nerviosa.

–¿Está Agatha?

–Agatha ha cogido un fuerte resfriado. ¿Quiere que le diga algo?

–Es por esa mujer, Lizzie. Iris la ha encontrado. Tiene las cosas de Jimmy.

–Bien, ¿y qué hay?

–No lo sé. La vieja bruja me pide cien libras.

–Bueno, pues déselas, maldita sea.

–No tengo efectivo, James.

–¿Cómo han acordado el pago?

–Estará en la estación de metro de Temple mañana a mediodía.

–Allí estaré, con el dinero.

–Iris también irá, conmigo. Ella nos indicará quién es la vieja. ¿De verdad que no puedo hablar con Aggie?

–No, está demasiado enferma. Nos vemos mañana.

James colgó y subió a la planta de arriba.

–¿Quién era? –le preguntó Agatha desde la cama.

James sabía que si le decía la verdad, ella se empeñaría en ir.

–Un periodista del *Daily Mail* –respondió con voz tranquilizadora–. Procura dormir.

Al día siguiente, cuando Agatha tuvo fuerzas suficientes para bajar al salón, vio una nota de James en la mesa en la que le decía que había ido a la comisaría de Mircester. Éste no quería correr el riesgo de que a Agatha se le ocurriera seguirle a Londres.

Agatha se dirigió con paso cansino a la cocina y se preparó una taza de café. El *cottage* parecía silencioso y siniestro sin James, y aún olía a madera y pintura quemadas por el incendio. La puerta provisional de tablones que había colocado el carpintero hasta que el seguro aceptase la reclamación de James parecía una barrera demasiado endeble frente al mundo exterior.

Dejó salir los gatos al jardín y les dio de comer. Sentía las piernas como si fueran de gelatina. Se tomó otro café y se fumó un par de cigarrillos, que le supieron a rayos, y luego se arrastró de vuelta a la cama.

James se acercó a la estación de metro de Temple con una sensación de nerviosismo. Ojalá hubiera algo, entre las cosas de Jimmy, que le diera una pista. Le inquietaba haber dejado sola a Agatha. Llegó a la estación a las doce menos diez. Llevado por un impulso, llamó a la señora Hardy y le pidió que telefonara a Agatha o se pasara por casa para ver si estaba bien. La señora Hardy respondió animadamente que no tenía nada que hacer y que le encantaría cuidar de ella, así que, tranquilizado, James colgó.

Al darse la vuelta vio a Roy y a su magnífica detective esperándole. Roy se encargó de las presentaciones.

–Bien, ¿dónde está esa mujer? –preguntó James mirando a su alrededor–. ¿Y si no se presenta?

–Vendrá –repuso Iris–. Piense en todo el licor que calcula que podrá comprar con cien libras.

–Aggie debería estar aquí –dijo Roy–. ¿Cómo se encuentra?

–No muy bien –contestó James–. No le conté nada de todo esto; habría venido corriendo a Londres y no está en condiciones.

–Aquí la tenemos –dijo Iris.

Una mujer menuda envuelta en varias capas de ropa harapienta entraba en la estación. Tenía los ojos hundidos y estaba desdentada. Se la veía encorvada y envejecida, y las manos con las que aferraba dos bolsas de

plástico estaban retorcidas y deformadas por la artritis.

–Hola, Lizzie –saludó Iris con energía–. Danos la bolsa.

–El dinero primero –dijo Lizzie–. Quiero mil libras.

Antes de que James o Roy pudieran decir algo, Iris respondió:

–Bueno, hasta ahí podíamos llegar, Lizzie. Nos iremos con nuestras cien libras. Dudo que ahí dentro haya nada que valga ni un billete de cinco.

Y James vio en la expresión que asomó a los ojos de Lizzie que había revisado las pertenencias del difunto Jimmy Raisin y sabía que Iris tenía razón.

–Eh, aguarda un momento. –Una mano que parecía una garra aferró la manga de Iris–. ¿Tienes el dinero?

Iris hizo un gesto con la cabeza a James, que sacó su cartera y extrajo cinco billetes de veinte libras. A Lizzie le brillaron los ojos.

–La bolsa, Lizzie –la apremió Iris.

–El dinero –insistió Lizzie.

–Ah, no. ¿Es ésta la bolsa? –Iris se la quitó de las manos–. Antes le echaré un vistazo rápido. Podría no haber más que periódicos viejos.

Iris miró dentro y rebuscó. Todos los bienes mundanos de Jimmy parecían consistir en unas cuantas fotografías, un sacacorchos, algunas cartas y una cartera ajada.

–Muy bien –dijo Iris.

James le dio el dinero.

–Espero que se compre algo de comida con esto.

Lizzie le miró como si estuviera loco, agarró el dinero, se lo guardó en algún sitio entre las capas de ropa y se fue arrastrando los pies.

–Vamos a algún sitio a ver qué tenemos –propuso James.

–Sí, a mi oficina –dijo Iris–. Pero va a llevarse una decepción. No parece haber más que recortes de periódicos y unas fotografías.

Tomaron un taxi hasta la oficina de Iris en Paddington y, al llegar, volcaron el contenido de la bolsa sobre la mesa.

Había cartas de amor de diversas mujeres, húmedas, arrugadas y manchadas. Jimmy seguramente las conservaba para alardear. Encontraron también una fotografía de una chica delgada con ojos pequeños y un tupido pelo castaño oscuro. Era lo único que contenía la cartera.

–Dios mío –dijo James–. Es nuestra Agatha de joven. Cuesta trabajo reconocerla.

Había varias fotografías más de mujeres, y una de Jimmy en una playa. Una mujer de mediana edad en bañador le echaba aceite por la espalda. Era delgada y musculosa. Mantenía la cara apartada de la cámara.

–Maldita sea, ojalá se la viera –murmuró James–. Seguro que es la señora Gore-Appleton.

–Déjeme ver otra vez las demás fotos. –Iris inclinó la cabeza y las revisó–. Ahí –dijo en un tono triunfante–, ésa es la misma mujer.

James vio entonces a una rubia de rostro curtido, con una cara delgada y agresiva.

Y entonces, mientras miraba fijamente la foto, estuvo seguro de haberla visto antes. Agatha había cambiado asombrosamente desde que era joven. La gente cambiaba. Las mujeres cambiaban al llegar a la mediana edad, a menudo engordaban.

Y de repente supo quién era. Si dejabas crecer ese pelo rubio y añadías unos kilos de más, ahí tenías a la señora Hardy. Sí, la boca era la misma, y también aquellos ojos fríos.

–Oh, Dios mío –dijo–. Y le he pedido que cuidara de Agatha.

–¿A quién? –chilló Roy.

–A la señora Hardy. Ésa es la señora Hardy, nuestra vecina.

–Ya le dije a Agatha que seguramente era ella, desde el principio –dijo Roy.

James llamó a casa. No hubo respuesta. Luego llamó a la señora Hardy. Daba señal de comunicar. Le embargó un sudor frío mientras llamaba a Bill Wong y empezaba a hablar con él desesperado.

NUEVE

Agatha decidió que si se tomaba un baño y se vestía, se sentiría mejor. Estuvo un largo rato en la bañera y luego, al volver a su habitación, se puso unos pantalones y un suéter grueso, ansiando que llegara el día en que pudiera volver a su *cottage* y encender la calefacción central y ponerla a la temperatura que deseara. James tenía la calefacción regulada por un temporizador para que los radiadores dieran calor dos horas por la mañana y otras dos por la noche, lo que a Agatha le parecía muy cicatero.

Sonó el teléfono. Era la señora Hardy. James le había dicho que estaba enferma. ¿Quería que le preparara algo de comer o necesitaba cualquier otra cosa?

Agatha sintió de golpe ganas de salir de casa, aunque sólo fuera un rato.

–Me apetece una taza de café –dijo–. Estaré ahí dentro de un momento.

Hizo entrar a los gatos que estaban en el jardín, volvió a darles de comer, se metió unos cigarrillos en el bolso, salió y se encaminó a la puerta de al lado.

Sólo cuando estuvo dentro y acomodada en la cocina, Agatha lamentó haber ido. Le volvieron a la cabeza todos los comentarios de la señora Hardy sobre el pueblo y los vecinos. Además, Agatha empezaba a sospechar que la señora Hardy la consideraba no sólo un objeto digno de compasión, sino también un divertimento. Había un destello burlón en sus ojos cuando la miró, aunque su voz sonó amable mientras le ofrecía una taza de café y decía:

–Tome. Es café brasileño del bueno, de Drury's. La verdad es que no tiene usted muy buen aspecto. ¿Está segura de que ha hecho bien levantándose?

–Sí, bueno, me encuentro mejor de lo que refleja mi aspecto –contestó Agatha, que recorrió con mirada de propietaria la cocina. El *cottage* entero no tardaría en ser suyo de nuevo.

–¿A qué ha ido el señor Lacey a Londres? –quiso saber la señora Hardy.

–Oh, no está en Londres. Ha ido a la comisaría de Mircester. Me ha dejado una nota.

–Qué raro. Me llamó y me pidió que la cuidara. En cuanto colgó, marqué el uno-cuatro-siete-uno; era un número de Londres.

–A lo mejor James decidió ir desde Mircester –dijo Agatha.

El teléfono sonó en el salón.

–Discúlpeme.

La señora Hardy fue a contestar. Agatha la escuchó decir: «No, no la he visto hoy», antes de colgar. El teléfono volvió a sonar. Agatha se dio cuenta con sorpresa de que la señora Hardy debía de haber respondido, porque en el silencio del *cottage* oía una lejana vocecita parloteando al otro extremo de la línea, y eso que la señora Hardy no respondía nada. Cuando volvió a la cocina, Agatha le dijo:

–Hay alguien en línea. Puedo oír la voz desde aquí.

–Oh, es una de esas llamadas maliciosas. Ya sabe, con la respiración entrecortada. –La señora Hardy volvió, colgó con un golpe y luego dejó el auricular descolgado.

–Acabo de acordarme de que tengo que salir –dijo después–. Pero quédese y termine de tomar el café mientras subo y recojo algunas cosas.

Agatha asintió y dio un sorbo a su café. Finalmente, aburrida, se levantó y miró en los armarios de la cocina con indiscreción. Luego abrió los cajones. En uno había algunas fotografías. Las hojeó distraídamente hasta que su mirada desconcertada se posó en una de ellas. Estaba viendo la cara de su marido, sentado junto a una mujer rubia de rasgos duros, en la terraza de un café de algún lugar de Francia.

Y mientras la miraba más de cerca, recordó que alguien le había contado algo respecto a que la tal Gore-Appleton había llevado a Jimmy al sur de Francia. Aquel rostro le resultaba familiar. Aquellos ojos con la mirada burlona, aquella boca curtida.

Cerró lentamente el cajón y se quedó agarrada al mármol de la cocina. Qué estúpidos habían sido. Era tan terriblemente sencillo. La señora Hardy era la señora Gore-Appleton. Debió de ser ella la que reconoció a la señorita

Purvey en el cine aquel día, aunque había dicho que iba a Londres. La mercenaria Helen Warwick decidió visitar a James por alguna razón, vio a la señora Gore-Appleton y la reconoció. Debieron de hablar.

La señora Gore-Appleton había cambiado tanto de aspecto que Helen podría haber dicho alguna cosa como: «¿No es usted aquella mujer que conocí en la clínica?», o algo por el estilo. Y ¿acaso la señora Gore-Appleton habría intentado sobornarla? ¿Le dijo que iría a verla a Londres? ¿Cuál era su dirección? Ese tipo de cosas. Y Helen podría habérselo tragado, con la esperanza de sacar algún dinero.

Al oír a la señora Gore-Appleton bajando las escaleras, a Agatha se le heló la sangre en las venas.

Si no hubiera estado tan confusa por la fiebre, que volvía a subirle, habría reaccionado con sensatez y se habría ido de allí inmediatamente a llamar a la policía. Pero una especie de atolondrada indignación se había adueñado de ella:

–La señora Gore-Appleton, supongo –dijo, y señaló con el pulgar por encima de su hombro–. He visto su foto con Jimmy en ese cajón.

–Veo que es una auténtica pueblerina, de esas que se entrometen en todo.

La señora Gore-Appleton permanecía de pie y bloqueaba con toda su corpulencia el umbral de la puerta.

Agatha podría haberle preguntado por qué había asesinado a tres personas, pero en lugar de eso le preguntó como una tonta:

–¿Por qué Carsely? Y ¿por qué este *cottage*?

–Quería irme de Londres, eso es cierto –respondió la señora Gore-Appleton–. Había intentado vivir en España, pero no me adapté, así que pedí a una inmobiliaria que me buscaran algo en los Cotswolds. Me mandaron varios folletos y decidí acercarme a echar un vistazo. Oí que mencionaban su nombre como dueña de una de las casas en venta. No sabía que había estado casada con Jimmy, él nunca la mencionó, ni siquiera que hubiera estado casado, pero el nombre me hizo gracia, así que la compré.

–Y entonces apareció Jimmy, la reconoció e intentó extorsionarla.

–Exacto. Yo había cambiado mi nombre a Gore-Appleton con documentación falsa. Cuando cerré la institución de beneficencia, simplemente recuperé mi antiguo nombre.

–¿Por qué no me mató a mí? –preguntó Agatha, que lanzaba miradas en todas direcciones, en busca de algo que le sirviera de arma.

–Bueno, ya sabe que lo intenté prendiendo fuego al *cottage* de Lacey, aunque, por si algún vecino me había visto en la escena de autos, tuve que fingir que intentaba apagarlo. Luego usted empezó a caerme bien, y se me ocurrió otra manera de alejar de mí cualquier sospecha contratando a alguien que interpretara el papel de asaltante. La patada que le di estaba muy ensayada.

–¿Y quién acaba de llamarla? –preguntó Agatha–. ¿La policía?

–No, era la entrometida de la mujer del vicario, que por alguna razón quería saber dónde se encontraba usted.

Agatha se abrazó los hombros. La señora Gore-Appleton no tenía ningún arma.

–Ahora, voy a pasar por su lado para llamar a la policía –anunció.

La señora Gore-Appleton se apartó.

–No voy a impedirselo, estoy harta de escapar. Al menos ya no existe la pena de muerte.

Se echó a un lado.

Agatha entró en el salón. Encajó el auricular en el aparato, luego lo cogió y empezó a marcar el número de la comisaría de Mircester.

La señora Gore-Appleton, que se había acercado sigilosamente por detrás, descargó un golpe con un atizador metálico en la cabeza de Agatha.

Con un quejido, ésta se desplomó en el suelo.

–Estúpida. –La señora Gore-Appleton le dio una patada y volvió a colgar el teléfono.

Salió al jardín trasero y al fondo del cobertizo de las macetas encontró una pala. Arrancó algunos de los mejores arbustos de Agatha, los tiró entre la hierba y empezó a excavar una tumba, agradeciendo que la tierra estuviera suelta y le facilitara así la tarea.

Luego volvió al salón y le buscó el pulso a la inconsciente Agatha. Todavía estaba viva, pero pronto se resolvería ese pequeño inconveniente cuando la enterrara, pensó la señora Gore-Appleton. Agarró a Agatha por los tobillos y la arrastró por el suelo de la cocina hasta el jardín. La herida de la cabeza de Agatha dejó un rastro de sangre en los adoquines que había más allá de la puerta. Luego la arrastró por la hierba hasta que la arrojó boca abajo en la tumba.

–RIP, querida Agatha –dijo, y echó la primera palada de tierra.

Estaba tan concentrada en la labor, dándole la espalda a la casa, que no se dio cuenta de que habían entrado hasta que Fred Griggs la cogió y la tiró al suelo mientras Bill Wong saltaba a la tumba y empezaba a quitar frenéticamente con las manos desnudas la tierra que cubría a Agatha.

Agatha recuperó la conciencia en el hospital y vio a Bill Wong sentado al lado de la cama.

–Estás bien –dijo Bill–, pero tómatelo con calma. Ya prestarás declaración más tarde.

Agatha miró a su alrededor, aturdida. Se hallaba en una habitación privada. Había flores por todas partes. Entonces abrió los ojos como platos.

–Fue la señora Gore-Appleton, todo el tiempo... ¿Qué sucedió?

–Te librate por los pelos –explicó Bill–. Te dio fuerte con el atizador, excavó una tumba en el jardín y luego intentó enterrarte viva. ¿Estás en condiciones de escuchar todo esto? Si lo prefieres, me voy.

–No, quédate –le pidió Agatha con voz débil, pero los ojos le pesaban y acabó por dormirse.

Cuando se despertó de nuevo, se sentía mucho más fuerte y se enteró por un médico que le habían rapado una buena parte del pelo para darle unos puntos de sutura en la cabeza. Tras someterla a algunas pruebas más, le dijeron que se pondría bien, siempre que descansara y estuviera tranquila. Su siguiente visita fue la señora Bloxby.

–Me alegro de verla con vida –dijo la esposa del vicario, echando un puñado de uvas en un cuenco–. ¿Sabe? Fue una coincidencia. No paraba de darle vueltas a lo que la señora Hardy (creo que la llamaré así ya que ése es

su verdadero nombre), a lo que ella había dicho, y luego me puse a pensar en el incendio y el pistolero, y, no sé, tuve un mal presentimiento. La llamé para ver si estaba allí porque antes había llamado a su *cottage*. Ella contestó que no se encontraba allí y de algún modo, no me explico por qué, yo tenía la certeza de que sí estaba. Volví a llamar y le pregunté si la había visto, y me di cuenta de que se había alejado del teléfono. Entonces me pareció escuchar su voz al fondo antes de que volviera a colgar. Me puse el abrigo a toda prisa, corrí a Lilac Lane y vi el coche de policía fuera. Intentó enterrarla viva. Qué perversidad.

En ese momento entró Bill Wong.

–Te he traído un poco de chocolate –dijo.

–Siéntate –le apremió Agatha–, y cuéntamelo todo.

–No ha parado de hablar –explicó Bill–; me parece que está un poco loca. Dirigía su organización de beneficencia ficticia cuando se cruzó con Jimmy. Él debía de estar destrozado, pero te diré una cosa: ella se enamoró de verdad de él, lo que explica su figura esbelta, el pelo rubio y las vacaciones en el sur de Francia. El chantaje después de la estancia en la clínica-balneario fue idea de Jimmy, pero ella le siguió la corriente.

»Y entonces, por pura casualidad, Jimmy la vio el día de tu boda y decidió chantajearla. Ella le dio su dirección y le dijo que fuera a verla a primera hora de la mañana. Vio la discusión que tuvisteis, pero ya le estaba esperando, vestida de hombre. Encontramos zapatos del número cuarenta y tres en su armario. Le estranguló y pensó que se habían acabado sus preocupaciones. Pero luego estranguló a la pobre señorita Purvey. Y afirma que Helen Warwick la vio cuando fue a visitar a James Lacey. La señora Gore-Appleton...

–Es más fácil llamarla señora Hardy –intervino la señora Bloxby.

–Pues la señora Hardy había convencido a Helen Warwick de que no tenía nada que ver con los asesinatos, y de que si guardaba silencio iría a visitarla con un «regalo». Si la muy tonta hubiera acudido directamente a la policía, hoy estaría viva. Y tú tienes suerte de seguir con vida, Agatha. Te golpeó en la nuca. ¿Sabías ya quién era?

–Sí, encontré una foto suya con Jimmy en el cajón de la cocina. Estaba tan resfriada (por cierto, ya casi se me ha pasado del todo) que nada me parecía demasiado real y, como una boba, me enfrenté a ella y le dije que iba a llamar a la policía. Por un momento, pareció resignada a todo. Lo que más me irrita es que Roy Silver, precisamente él, estaba convencido desde el principio de que ella era la culpable. Se pasará el resto de mi vida restregándomelo por la cara. Pero ¿qué me dices de la señora Comfort? ¿Por qué le entraron tantas prisas de salir pitando para España?

–La respuesta es sencilla y hasta vulgar. Ya ha vuelto y ha explicado que no quería verse envuelta en una investigación por asesinato. Estaba asustada de su exmarido. Dijo que al principio soñaba con él, pero que luego había conocido a Basil y descubrió que su ex se había vuelto irracionalmente desquiciado y violento, y había empezado a beber. Geoffrey se ha convertido, en el mejor de los casos, en un excéntrico y los vecinos se quejan de sus amenazas cuando se emborracha.

–Menuda estúpida –dijo Agatha con amargura–, cuánto tiempo nos hizo perder. –De repente miró angustiada a su alrededor–. ¿Dónde está James? ¿Ha llamado?

Bill y la señora Bloxby intercambiaron una mirada.

–¿Dónde está? –preguntó Agatha.

–Más vale que le digamos la verdad –decidió la señora Bloxby.

–Ella no lo ha matado, ¿no? Oh, Dios, ¿está bien?

La señora Bloxby alargó una mano para coger la de Agatha.

–Ésta perfectamente –dijo Bill–. Descubrió que la señora Hardy y la señora Gore-Appleton eran la misma persona. La detective de Roy había encontrado a la misteriosa Lizzie y James descubrió una fotografía de Jimmy Raisin y la señora Hardy entre las pertenencias de éste. Luego se dio cuenta de que la había llamado para que cuidara de ti y me llamó.

–¿Y dónde está ahora?

La señora Bloxby le apretó la mano con más fuerza.

–Prestó declaración –prosiguió Bill–, vino al hospital para comprobar que te encontrabas bien y luego partió al norte de Chipre. Dijo que sentía la necesidad de alejarse. La empresa de mudanzas que había contratado la señora Hardy vino a por sus cosas y la policía ya había recogido todas las

pruebas que necesitaba. James llevó tus cosas a tu *cottage*. Lo siento, Agatha. Tuve una pequeña discusión con él. Le indiqué que lo menos que podía hacer era esperar a que recuperases la conciencia.

–Bueno, pues se acabó –dijo Agatha de buen ánimo, aunque los ojos le brillaban–. Unas veces se gana y otras se pierde. Ahora me siento un poco cansada, así que si me disculpáis...

–Claro. –La señora Bloxby se puso en pie.

–Me pasaré mañana para tomarte declaración –dijo Bill.

Agatha esbozó una frágil sonrisa.

–No vengas con Maddie.

–Ni soñarlo.

Cuando se fueron, Agatha se echó a llorar. ¿Cómo podía haberle hecho James algo tan infame e insensible?

Estuvo llorando hasta que la venció el sueño y su último pensamiento consciente y desdichado fue que seguramente era la mujer menos amada en el mundo.

A medida que iban pasando los días, Agatha fue recuperando la fuerza, la salud y los ánimos. Roy Silver fue a verla y ella le dio instrucciones para que llamara a la empresa de almacenaje para que trajeran todas sus cosas y las dejaran en su *cottage*.

Roy estaba ansioso por ayudarla. ¿Acaso no le había prometido el señor Wilson una generosa prima si conseguía convencer a Agatha de que regresara al redil de las relaciones públicas?

Roy volvió un par de días después y le explicó animadamente que todas sus cosas estaban ya en casa y que Doris Simpson, su mujer de la limpieza, cuidaba de los gatos.

–Y he encontrado esto en la mesa de la cocina –dijo Roy entregándole una carta.

Agatha la abrió. Era de James. La apartó.

–La leeré más tarde.

–Bueno, menuda aventura –comentó Roy–. Aunque ese amigo tuyo, Bill Wong, se ha llevado toda la fama en los periódicos, y ni una palabra sobre nosotros.

–Tú merecías que te mencionaran –dijo Agatha–, pero yo no tuve nada que ver con la resolución del caso. ¡Tonta de mí! Unos cuantos cadáveres más y esa pérfida mujer habría pasado a la historia como una asesina en serie.

Roy se sentó al borde de la cama.

–Ya te digo, Aggie, la vida de este pueblo no es para ti. Demasiado siniestra y peligrosa.

Agatha sonrió.

–Ya sé lo que pretendes, Roy, y también sé a qué obedece esta actitud tan servicial. Te agradezco que me soluciones algunos problemas, pero no creo que quiera volver a trabajar otra vez.

–Diría que estás en deuda conmigo –repuso Roy–. Para empezar, ¿quién contrató a la detective?

–Tú. Y por una razón deleznable.

–Lo hice por amistad –dijo Roy, malhumorado–. Habrías acabado muerta en tu propio jardín criando malvas si no hubiera sido por este pobrecito que tienes delante. Vamos, Aggie. Ahora que esa mierda, Lacey, ha salido por fin de escena, necesitarás algo que te quite de la cabeza todo esto. ¿Qué me dices, sólo seis meses más? –le propuso, recordándole que Agatha había trabajado antes seis meses en Pedmans.

Ésta frunció el ceño. Era una posibilidad. Cada vez que pensaba en James, se le hacía un nudo en el estómago. Los corazones no se partían, pero a veces daba la sensación de que las entrañas acabarían por desgarrarse.

–Muy bien –dijo–. Pero sólo seis meses.

–Aggie, eres maravillosa. Ahora mismo voy a telefonar a Wilson para decírselo.

Cuando salió, Agatha volvió a abrir la carta. «Querida Agatha», leyó:

Sé que pensarás que soy una auténtica rata al salir corriendo para Chipre de este modo, pero me he quedado el tiempo necesario para asegurarme de que te ibas a recuperar. Lo cierto es que necesito desesperadamente pasar un tiempo solo, y me temo que si

me quedo y te veo de nuevo, acabaría por no irme, y, sinceramente, no creo que esté preparado todavía para el matrimonio. Por favor, perdóname. Creo que te amo todo lo que soy capaz de amar a alguien. Recuérdalo.

Tuyo,

JAMES

Agatha dejó la carta y se quedó mirando al vacío. La llama de la esperanza volvió a encenderse en su corazón dolorido. Releyó la parte final una y otra vez: «Creo que te amo todo lo que soy capaz de amar a alguien».

Pulsó el timbre que tenía al lado de la cama.

—¿Mañana saldré del hospital?

—Sí, señora Raisin —dijo la enfermera.

—Bueno, sea buena y tráigame los documentos de alta que tenga que firmar porque me voy hoy.

—Si cree que es sensato...

—Oh, sí, muy, muy sensato.

—Muy bien.

Cuando salía la enfermera, entró Roy Silver.

—Wilson está encantado, Agatha. ¿Empezarás dentro de un mes?

—Claro, claro —dijo Agatha, y él la miró con suspicacia—. No me mires así, Roy. En cualquier caso, estoy aquí hasta mañana. ¿No te esperan en Londres?

—Sí, pero ni se te ocurra fugarte.

—Estoy en una cama de hospital, ¿no?

Roy salió y se alejó despacio por el pasillo. Al pasar por delante de una enfermera que hablaba con un médico le oyó decir:

—La señora Raisin, de la habitación cinco, quiere irse hoy. El alta está prevista para mañana, pero supongo que no importará por un día.

Se alejaron y Roy se quedó petrificado. Luego dio media vuelta, pero se detuvo de nuevo. Si Agatha había cambiado de opinión, seguramente no se lo diría. Esperaría a que se fuera y comprobaría si iba directamente a casa.

Esperó una hora en el aparcamiento hasta que vio llegar a la señora Bloxby, la mujer del vicario. Tras otra media hora de espera, Agatha salió con la señora Bloxby y se subió a su coche. Roy las siguió en el suyo. En

lugar de dirigirse a Carsely, fueron directamente a Moreton-in-Marsh y se detuvieron delante de una agencia de viajes. Una vez más, Roy esperó a que salieran. Luego corrió a la agencia y dijo con fingida despreocupación:

–Acabo de ver a mi amiga, la señora Raisin. Se va al extranjero.

–Sí –dijo la chica de la agencia alegremente–, al norte de Chipre.

–¿Cuándo?

–Mañana. Bien, ¿qué desea, caballero?

–La vieja y astuta zorra, siempre con su doble juego –chilló Roy, pensando en la succulenta prima que acababa de perder y en lo efímero de su triunfo.

–¿Cómo ha dicho, caballero? –La empleada de la agencia, una morena elegante, le miraba horrorizada.

–Y que te den a ti también –chilló Roy–. Dios, ¡cómo odio a las mujeres!

Notas

1. Véase *Agatha Raisin y la jardinera plantada*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2015.

1. «Migas» en inglés. (*N. del T.*)

1. Mary Fortune, una divorciada que había acabado asesinada, había tenido una breve aventura con James antes de su muerte. Véase *Agatha Raisin y la jardinera plantada*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2015

1. Véase *Agatha Raisin y los Paseantes de Dembley*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2016.

Agatha Raisin y la boda sangrienta

M. C. Beaton

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Agatha Raisin and the Murderous Marriage*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Pep Boatella

© M. C. Beaton, 1996

© de la traducción, Vicente Campos González, 2017

© Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal, 2017

ARROBABOOKS

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.arrobabooks.com

Un sello editorial de Círculo de Lectores

www.circulo.es

Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-16826-12-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com